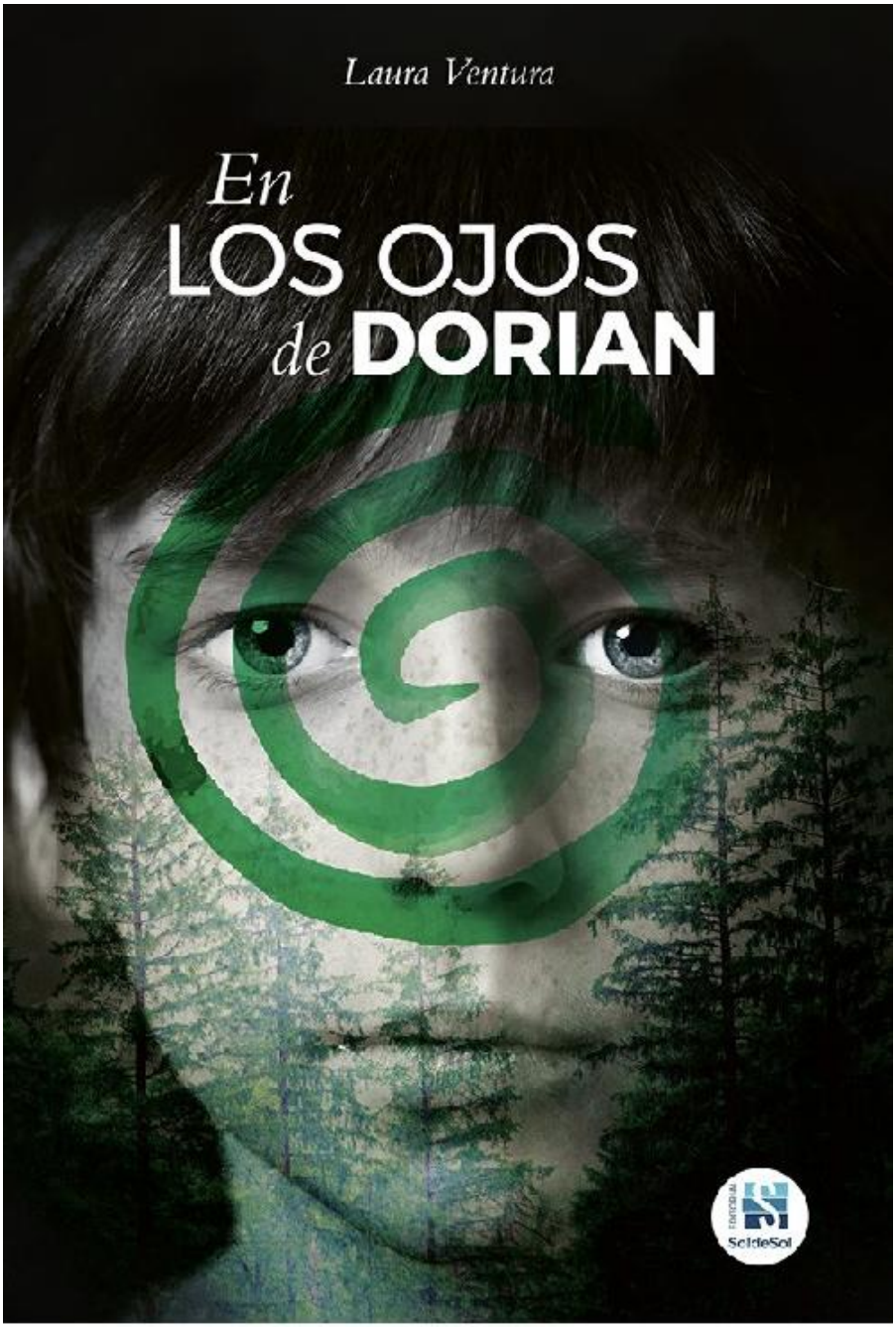
Laura Ventura

En LOS OJOS de DORIAN

EDITORIAL SoldeSol



Laura Ventura

En LOS OJOS

de **DORIAN**

SINOPSIS

«Haz honor a tu nombre y empápate de curiosidad. Abre la caja de Pandora si en ella crees que está tu verdad, aunque de ella salgan todos los males.»

Madrid, verano del 2016. ¿Qué relación puede tener la desaparición de Pandora con la muerte de su abuelo, el famoso guitarrista de los Broken Hearts? ¿Hasta dónde estás dispuesto a arriesgar para conocer la verdad? ¿Qué respuestas podrás encontrar cuando te hundes en una trepidante investigación en la que se suceden hechos que te alejan y, al mismo tiempo, te acercan a la realidad?
No estarás solo para responder a todos estos interrogantes. El inspector Izquierdo desentrañará los secretos de varias generaciones con la ayuda de Dorian, un niño de 7 años con una condición que lo hace sumamente especial. Prepárate para viajar en el tiempo y descubrir que vivimos en una sociedad en la que nada es lo que parece.

CRÉDITOS

EN LOS OJOS DE DORIAN

© 2020, Laura Ventura Burdeus

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)

© Diseño de portada: Editorial SoldeSol

Corrección: Marta Gutiérrez

EditorialSoldeSol.com

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autores. Puede dirigirse a ellos para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

EN LOS OJOS DE DORIAN

A los que creyeron en esta historia,
incluso mucho antes de leerla.
Y a mi rosa, siempre a ella.

INTRODUCCIÓN

20 de julio de 2016

«LA JOVEN MADRILEÑA desaparecida el pasado 15 de julio sigue en paradero desconocido. Recordemos que Pandora Bravo, de 21 años de edad, fue vista por última vez en el caserío de su abuelo, el guitarrista Jefferson Hume, fallecido el mismo día de la desaparición. La familia estaba pasando allí las vacaciones cuando ambos hechos ensombrecieron lo que parecía un verano idílico.

Sus familiares alertaron a las autoridades bien entrada la tarde del pasado viernes. Por lo visto, estuvieron todo el día intentando dar con ella y barajaron la posibilidad de que la chica se hubiera ido por voluntad propia durante la madrugada, pues su cama estaba hecha tal y como la dejó el día anterior. Descartaron esta teoría al comprobar que la joven no se había llevado ninguna pertenencia; en su habitación encontraron toda su documentación, dinero, ropa y su teléfono móvil.

Malik Hasfura, de 24 años de edad y encargado del mantenimiento de la finca, es el principal sospechoso. Al parecer, el tío de Pandora apunta que ambos muchachos estaban viviendo un romance en secreto y que, por ese motivo, hacia él han de dirigirse todas las miradas de la investigación. Por su parte, el sospechoso, de nacionalidad española y origen marroquí, apunta que no tiene nada que ver con la desaparición de la joven y está seguro de poder probar su inocencia.

La familia no ha querido hacer más declaraciones y asegura estar desesperada y rota de dolor. Mientras tanto, la Policía Nacional y la Guardia Civil de la Comunidad de Madrid investigan las causas de la desaparición, aunque por el momento el caso está exento de pruebas y no puede llevarse a cabo la detención del presunto culpable.

La búsqueda se ha mantenido con efectivos de cuerpos profesionales de seguridad y se continuará hoy, incluida la noche. Cerca de 300 personas han colaborado en las batidas realizadas durante estos días por los alrededores del municipio de Rascafría. Son muchas las horas que familiares, vecinos y voluntarios rastrean los caminos de la sierra norte madrileña. Durante la noche, la Guardia Civil seguirá peinando con vehículos las pistas forestales y los caminos más alejados del núcleo poblacional».

Dorian comenzó a correr en círculos, aleteando sus brazos con agresividad. Normalmente estos episodios le sucedían en casos de ansiedad, y ver la noticia de su prima en la televisión parecía estimularle demasiado. Nekane apagó la televisión rápidamente y abrazó a su hijo, que jadeaba y no dejaba de aletear.

—Tranquilo, mi vida. Todo está bien, mamá está aquí contigo, —intentaba tranquilizarle, mientras a ella se le escapaban las lágrimas —, Pandora aparecerá pronto.

Nekane se sentó en mitad del salón con su hijo en brazos. Se le resquebrajaba el alma cada vez que Dorian perdía el control, pero ella intentaba disimularlo cantándole su melodía favorita. Pegó los labios al oído del niño y, casi en un susurro, dejó escapar dulces fragmentos de una canción de cuna. El pequeño, abrazado a su madre, comenzó a controlar su respiración. La marea de emociones se convirtió, en pocos minutos, en un mar en calma. Y con la paz del silencio, con la tranquilidad que despertaban los brazos de Nekane, Dorian fue levantando la cabeza hasta que miró, por primera vez, a los ojos de su

madre con la intención de que ella pudiese leerle el pensamiento. Nekane se quedó boquiabierta por aquel instante que había estado esperando tanto tiempo: una simple mirada de su hijo. Aunque lo mejor todavía estaba por llegar, pues fue en ese momento cuando él empezó a mover levemente sus labios y de ellos nació, a los siete años, la primera palabra de Dorian:

—Rusia. Rusia. Rusia... —repetía.

CAPÍTULO 1

12 de junio de 2016

1 mes y 3 días antes de la desaparición

Hacía un par de años que la familia de Jefferson había dejado de visitarle. A sus ochenta y cuatro años sentía que la vida se le apagaba más rápido de lo normal. Sus huesos crujían como las vigas de una casa abandonada y dolida por el tiempo. Incluso le costaba llevar a cabo el involuntario movimiento del parpadeo que, ahora, se había convertido en un gesto lento y reseco.

El Alzheimer le permitía viajar a su pasado y, de repente, se encontraba en su pequeña Durham aquella fría mañana de enero del 52, cuando decidió gastar sus primeros ahorros en una guitarra eléctrica Fender. Todavía recordaba el temblor de sus manos al sostenerla; nunca había tenido el placer de hacer sonar una de esas cuerdas y le preocupaba no ser capaz de hacerlo. Jefferson había querido ser músico desde que tenía uso de razón, aunque su padre le había obligado a desechar esa idea en numerosas ocasiones. «Los jóvenes solo pensáis en vivir la vida sin sudor, haciendo todas esas pamplinas en las que ahora se ocupan los holgazanes: cantar *rock* y escribir poesía. ¡Menudas simplezas! Lo que tienes que hacer es coser zapatos, igual que hago yo e igual que hacía tu abuelo».

En sus momentos de lucidez echaba terriblemente de menos a Gloria. Ella había hecho sonar su último suspiro hacía cuatro años, justo cuando él comenzaba a descubrir que aquel monstruo instalado en su cerebro jugaba al despiste y a los olvidos, convirtiéndose en una angustiosa rutina la de no saber siquiera la identidad de aquel rostro arrugado que veía cada mañana reflejado en el espejo. Muy de vez en cuando, le otorgaba una tregua y se permitía el lujo de recordar a sus tres hijos, quienes le sonreían desde una foto de salón que atesoraba desde hacía poco más de dos décadas.

—¡Oxana! ¡Ven aquí! —gritó Jefferson mientras movía la mano derecha enérgicamente.

—¿Qué... le ocurre... señor? —preguntó extenuada la cuidadora de Jefferson, que se sujetaba el pecho como si el corazón fuera a emerger en cualquier momento—. ¿Necesita alguna cosa de mí?

—Sí, quiero que llame a mis hijos.

—Pero...señor. ¿Es que se ha acordado de ellos? —preguntaba Oxana con tristeza, mientras acariciaba la fría e inmóvil mano de

Jefferson—. Sus hijos...

—Ya sé, ya sé —asentía como si aquello no fuera la primera vez que lo escuchaba—, mis hijos no vienen a verme desde hace años. Pero me muero, Oxana, esta vez no es como las otras veces... Y quiero que mis hijos pasen conmigo este último verano. Entiende, ¿verdad?

Oxana dudó durante unos segundos. Apostaba a que no obtendría respuesta a la inusual propuesta del señor. Barajó la posibilidad de no hacerlo, de no llamar. Quizá dentro de un par de minutos a Jefferson se le habría borrado de la mente, del mismo modo que enterraba la mayoría de los pensamientos que revoloteaban, difusos, en su cabeza. Por otro lado, se detuvo a pensar y llegó a la conclusión de que ella únicamente era una empleada y, por tanto, no podía tomar decisiones acerca de los asuntos del señor Jefferson.

Así que, moviendo las caderas con el sensual balanceo que le otorgaban sus veintitantos años, Oxana salió de la habitación bajo la atenta y tierna mirada de Jefferson. A ella no podía mirarla de otra forma. Aunque a veces no la recordaba, era consciente de que se trataba de una mano amiga, un hombro en el que podía llorar cuando se sentía perdido y confuso.

La ucraniana había llegado a su vida hacía un par de años, cuando sus hijos decidieron contratar a alguien que se ocupara de él, pues sus frenéticas vidas no les dejaban espacio para poder atenderlo como merecía. O, al menos, eso afirmaron ellos. La enfermedad de Jefferson tampoco ayudaba. «Esto es muy duro. Dentro de poco papá no nos recordará, y yo no estoy dispuesta a que mi hija Melba tenga que ver cómo su abuelo se convierte en un desconocido» señaló Sally la noche que decidieron no hacerse cargo de Jefferson.

***

22 de enero de 1952

Súbitamente, volvía a reencontrarse con Inglaterra y con el frío cortante de sus labios. Una gota de lluvia en su nariz anunciaba el comienzo de la tormenta. Aun así, él sonreía feliz. Se dirigía hacia su casa con la guitarra con la que llevaba mucho tiempo soñando. La verdad es que Jefferson sentía un amor incomprensible por la música. Su madre contaba con ternura cómo movía los deditos al ritmo de la música con apenas cuatro meses de vida.

—Eh, tío, ¡no me digas que llevas una Fender! —interrumpió sus pensamientos una voz ronca que tenía la sensación de no haber escuchado jamás.

Jefferson se dio media vuelta y se sorprendió al ver a tres chicos señalando la funda de la guitarra. Susurraban entre ellos, dando pequeños saltitos y con los ojos abiertos como platos. A uno de ellos daba la impresión de que se le iban a salir en cuestión de segundos.

La reacción de los muchachos despertó la desconfianza de Jefferson, que se dio media vuelta y siguió andando como si la historia no fuera con él.

—¡Espera! ¡No te vayas! —rogaba la misma voz que había escuchado anteriormente—. Me llamo Jack. Jack Dabney. Nos ha sorprendido ver a alguien por aquí con una guitarra eléctrica. Nosotros tenemos un grupo de *rock*, ¿sabes? Y justo estábamos buscando a alguien como tú.

Aquello parecía interesarle, así que se detuvo. De nuevo miró al joven. Era rubio y con rasgos tan nórdicos que prácticamente parecía albino. Los otros dos muchachos seguían en el mismo sitio y analizaban cada detalle del rostro de Jefferson con la intención de adivinar su respuesta.

—No sé tocar la guitarra, así que no puedo serviros de ayuda. Lo siento —anotó Jefferson con tono cortante a la vez que retomaba sus pasos.

—No importa, puedes aprender con nosotros. Tú mismo puedes aprender solo, hay muchos músicos que son autodidactas —añadió Jack en un intento desesperado por convencerle.

Jefferson meditó durante unos segundos. Aquella podía ser la oportunidad de cumplir su sueño, de hacer por primera vez algo que realmente le apasionaba.

—Te esperamos mañana, tío. A las diez de la noche en el número 9 de Boyd Street —gritó a lo lejos el más alto de los muchachos mientras Jack hacía un gesto de aprobación levantando el dedo pulgar.

Los tres jóvenes sonreían a Jefferson, y él parecía haberse convencido del todo, así que les devolvió una escueta sonrisa. Su rostro estaba más relajado e incluso podría decir que por dentro le invadía una especie de satisfacción o felicidad. No sabía muy bien lo que le estaba ocurriendo, pero el corazón le estuvo latiendo muy deprisa durante un buen rato.

CAPÍTULO 2

16 de julio de 2016

1 día después de la desaparición

En un primer momento las gotas de lluvia parecía que acariciaban el cristal de la ventana, pero en cuestión de segundos el repiqueteo se hizo mucho más intenso y constante. Héctor dejó el informe de Pandora Bravo sobre la mesa, se levantó de la silla para acercarse a la ventana y observó por sí mismo cómo un día de verano había acabado eclosionando para dar lugar a una gran tormenta. Los rayos tatuaban el cielo y su estruendo hacía vibrar con virulencia el cristal de la ventana. De repente, una voz detrás de él anotó: «la base de datos de virus ha sido actualizada». Héctor dio un respingo a la vez que desenfundaba su pistola. En la pantalla de su ordenador se había abierto una ventana que avisaba de que la instalación del antivirus se había realizado correctamente.

Sonrió al ver que todo seguía igual y que la voz que le había inquietado provenía de su portátil. No es que estar solo en la comisaría le amedrentara demasiado, pero desde hacía unos días las sombras del pasado habían vuelto y parecían no dejarle un segundo de tregua. Cerró los ojos y su mente retrocedió doce años en el tiempo; la sonrisa de Marta no se había difuminado ni siquiera un poco, seguía ahí, intacta. Héctor siempre había temido que llegara un día en el que no pudiera recordar, un día en el que el tiempo hubiese pasado factura en sus recuerdos haciendo que estos solo fuesen capaces de plasmar imágenes borrosas y difusas. Supongo que uno siempre teme olvidar aquello que un día tanto amó. Pero no había sido así. La mente de Héctor seguía guardándole fidelidad, dejándole recordar a Marta con exactitud y nitidez, sin olvidar ningún detalle, ni siquiera el pequeño lunar que tenía sobre el labio. Si se concentraba mucho era capaz de escuchar su voz. Se imaginaba a Marta correteando entre cientos de personas, perdida entre el timbre de voz de cada uno de esos individuos y, aun así, Héctor podría reconocerla.

Se acercó al escritorio y apagó la pantalla del ordenador, cogió sus pertenencias y se dirigió hacia la salida de la comisaría. El caso de la joven desaparecida le tenía consumido, nunca había entendido cómo una persona podía desaparecer de la faz de la tierra y no dejar rastro. Además, Pandora no era cualquier desaparecida, sino que también era la sobrina del comisario Castillo. Así que revolvería cielo y tierra para

encontrarla, porque se sentía en deuda con el comisario. Él le había salvado, le había ofrecido un futuro menos oscuro del que le esperaba, y si hoy podía presumir de ser inspector de la policía era por ese motivo.

Pero, independientemente del comisario, había algo en el caso de Pandora que le atormentaba. No sabía si era por las extrañas circunstancias en las que había sucedido todo o por la inquietante semejanza que él había atribuido a Pandora con Marta. Quizás estaba perdiendo la poca cordura que le quedaba.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, Héctor rebuscó en los bolsillos de sus pantalones hasta encontrar a la que había sido su aliada durante una década. Observó el botecito en el que guardaba su particular droga, sacó un diazepam y lo tragó sin necesitar siquiera un sorbo de agua. Sonrió sabiendo que, una vez más, podría dormir sin que las recurrentes pesadillas perturbaran la noche.

CAPÍTULO 3

12 de junio de 2016

1 mes y 3 días antes de la desaparición.

Oxana colgó sorprendida el teléfono. Los tres hijos de Jefferson habían aceptado la propuesta de pasar con él su último verano. Sally había estado más reticente, pero en cuanto la ucraniana le dijo que Renée y Peter habían aceptado, ella también lo hizo. Sally siempre había estado a merced de las decisiones de los demás, tanto de su marido Carlos como de su hermana mayor Renée. A sus cuarenta y dos años parecía no ser capaz de valerse por sí misma, ni siquiera de tener una opinión propia. Cuando se casó con Carlos abandonó su sueño de ser diseñadora de ropa y pasó a ser ama de casa, decisión que tomó su marido, quien opinaba que aquello era un disparate y una pérdida de tiempo.

En cambio, su hermana Renée era completamente distinta. Ella estudió enfermería y trabajó en un hospital durante algunos años. Fue en ese mismo lugar en el que conoció a su marido Luis, y también donde su hija Pandora llegó al mundo. Cuando su pequeña nació, descubrió su verdadera vocación: escribir. Pandora era un bebé modélico, se despertaba cada tres horas para tomar el biberón y, rápidamente, volvía a entrar en un sueño profundo. Así que Renée, en las horas en las que su pequeño ángel descansaba, comenzó a escribir por el mero hecho de invertir su tiempo en algo que la hiciera sentirse realizada consigo misma. Poco a poco, el placer de juntar palabras se apoderó de ella y fue así como publicó su primera novela, tras la cual llegaron cinco más, todas ellas con un éxito abrumador. No era de extrañar que su hermana Sally hubiera sentido envidia alguna vez de Renée. No entendía por qué unos tanto y otros tan poco. Dos hermanas aparentemente tan parecidas, pero a la vez tan distintas, al igual que las dos caras de una misma moneda.

Oxana recogió con una coleta su larga cabellera rubia y salió apresuradamente del salón. Los invitados llegarían dentro de dos días y tenía que acondicionar todas las habitaciones de la finca. Algunas de ellas llevaban tanto tiempo cerradas que la ucraniana temía encontrar algún que otro nido de polillas. Pero no era una cuestión puramente de limpieza lo que le preocupaba, sino que también debía poner todos los secretos a buen recaudo. Nadie podía descubrir todo lo que se ocultaba en el caserío, y tres meses viviendo en él era tiempo

suficiente para que todo lo que había conseguido se esfumara como el humo de un cigarro. No podía permitirlo. Le esperaban dos días agotadores, pero si hacía falta no dormiría hasta tener la certeza de estar completamente a salvo.

Pasó todo el día de una habitación a otra, la aspiradora estuvo más activa que nunca y la casa fue tomando una apariencia distinta. Hacía años que no entraba tanta luz; las ventanas abiertas de todas las habitaciones traían consigo el olor a lavanda del jardín y las rústicas paredes parecían centellear ante tanto movimiento.

Oxana entró en la última habitación, que se encontraba al fondo de la segunda planta. Al igual que todas las anteriores, olía a humedad debido al tiempo que llevaba abandonada. Subió las persianas, abrió las ventanas y comenzó a limpiar meticulosamente todo. Cuando abrió el cajón de la mesita de noche, vio el manojo de cartas que llevaba buscando durante todo el día. No recordaba dónde las había escondido, y ahora entendía que aquel no fue el mejor lugar para hacerlo. Las cogió velozmente y las escondió en el bolsillo interno de su mandil. ¿Dónde podría dejarlas para que nadie las encontrara?

Tras unos segundos en los que la ucraniana se esforzó por ponerse en la piel de un ladrón y encontrar los posibles sitios en los que guardaría su botín, al fin lo vio claro. Aunque lo cierto es que Oxana ni era ladrona ni tampoco demasiado inteligente. Corrió hasta el despacho del señor Jefferson, que más bien parecía una biblioteca tanto por su magnitud como por la cantidad de estanterías con libros que albergaba, cruzó el umbral creyendo que no habría nadie, pero al advertir una presencia, Oxana gritó. Fue un acto involuntario, movido por el temor y el nerviosismo que le producía estar encubriendo algo.

—¡Joder!, ¡qué susto me has dado! —gruñó Malik, que con una mano sostenía la escalera y con la otra enroscaba una bombilla.

—Lo siento —se disculpó Oxana con la voz entrecortada, las piernas todavía temblorosas y la tranquilizante sensación de ver una cara conocida—, venía a limpiar el despacho y no esperaba encontrar a nadie aquí.

—Tendrías que haberte visto. Parecía que habías visto un fantasma o, lo que es peor, que venías a esconder un cadáver y te habían descubierto —dijo Malik sonriente mientras que bajaba de la escalera.

Oxana tragó saliva ante aquella burlona acusación y no tuvo fuerza para contestar, así que optó por dedicarle una sonrisa forzada. Malik cogió el maletín en el que llevaba todos sus utensilios de trabajo y caminó hacia la puerta del despacho bajo la atenta mirada de la ucraniana. Cuando estaba a punto de salir, se dio media vuelta y, mirándola con sus grandes ojos verdes, objetó:

—¿Venías a limpiar el despacho sin los productos de limpieza?

—¡Mierda! Me los he dejado en la última habitación —resolvió con

rapidez Oxana—, voy a por ellos. Llevo todo el día de un lado para otro, y ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

—Oxanita, estás muy despistada últimamente. No será que te has enamorado, ¿verdad? —preguntó Malik con una sonrisa liberada de sus labios.

La ucraniana se echó a reír a carcajadas. Su compañero no se había percatado de nada y eso le hacía sentir infinitamente libre. Una vez más, la suerte había apostado a su favor. Ahora limpiaría el despacho y escondería las cartas dentro de los libros más recónditos y viejos. Apostaba a que nadie las encontraría, y ella cada vez estaría más cerca de su libertad. Era cuestión de tiempo, de días, a lo sumo un par de meses. Ella, como siempre, esperaría, porque ¿qué es el tiempo para alguien a quien ya le robaron diez años de su vida? Eso es, nada. Absolutamente nada.

CAPÍTULO 4

23 de enero de 1952

Miraba atentamente el papel en el que había escrito ayer, nada más llegar a casa, «número 9 de Boyd Street». La placa de la esquina confirmaba que aquella era la calle que había estado buscando durante toda la tarde, y ahora se encontraba justo frente al número 9. Pertenecía a una casa adosada con una preciosa fachada de piedra blanca. El brillo de la vivienda contrastaba con la apariencia de abandono que presentaba. De los lados de la tapia surgían grandes enredaderas que daba la sensación de que retenían con fuerza aquellas paredes. En la segunda planta, una persiana ladeada y roñosa parecía confirmar la idea de que aquella casa estaba deshabitada desde hacía mucho tiempo.

Jefferson valoró durante unos minutos la idea de marcharse de allí. A esas horas de la tarde, en Durham ya era noche cerrada y la oscuridad se apoderaba de todas las calles de la ciudad. Quizás a Jefferson se le había olvidado algún dato o, simplemente, los chicos le estaban gastando una broma absurda. Lo mejor sería volver a casa.

Justo cuando Jefferson iba a cruzar de acera, escuchó el suntuoso sonido de una batería. Se quedó inmóvil en mitad de la calle y cerró los ojos para concentrarse en la melodía. Pronto se unieron la gravedad de un bajo y el susurro de una voz rasgada: «Since that night, you've got me trapped, baby. Oh oh baby». Aquello sonaba realmente bien y Jefferson, de nuevo, sentía el joven trote de un corazón soñador.

Se acercó a la puerta y dio un suave golpecito al timbre. La música seguía haciéndose dueña de la calle y parecía que nadie había advertido la llegada de Jefferson. Volvió a intentarlo otra vez, en esta ocasión prolongando más la llamada. Nada, intento fallido. El golpe de las baquetas en los platillos enmudecía todo lo demás. Jefferson empezó a entusiasmarse al ritmo del bajo, pulsando el botón enérgicamente. Primero a intervalos cortos, pero muy repetidos, y luego pegando su dedo hasta conseguir un tono firme y estridente. Finalmente, la música cesó.

Pocos segundos después, Jack Dabney apareció al otro lado de la puerta con la frente empapada de sudor, las mejillas sonrojadas y una gran sonrisa.

—¡Qué bueno verte por aquí, amigo! Pensábamos que te habrías echado atrás o que, simplemente, nos habías tomado por unos pirados.

Aunque bueno, un poco lunáticos sí que somos. Ya nos irás conociendo... Por cierto, has llegado justo a tiempo, estábamos ensayando nuestro nuevo tema. Nos ha quedado brutal, de verdad —Dabney hablaba como si alguien le hubiera dado cuerda y fuera el típico muñeco que repite el guion aprendido una y otra vez. No paraba de parlotear hasta que él mismo se dio cuenta de que Jefferson todavía no había tenido la oportunidad ni siquiera de saludar—. Bueno, no esperemos más.

Ambos muchachos se adentraron en la vivienda. Era enorme, pero todavía lo parecía más por la falta de mobiliario. Claramente aquella casa estaba abandonada, pues ni siquiera tenía puertas en su interior. Caminaban por un pasillo oscuro y Jefferson avanzaba gracias al sonido de los torpes pasos de Jack. Al fin llegaron al salón donde esperaban los otros integrantes del grupo. Únicamente dos farolillos daban luz y cobijo a la dependencia, mientras que en el centro se encontraban los instrumentos que otorgaban vida al lugar.

—Mi nombre es Nick Harrelson —dijo el batería levantando una baqueta a modo de saludo—, y este es Eddy Pemberton.

—Hola a todos —saludó tímidamente Jefferson, que todavía no había abierto la boca—, yo soy Jefferson Hume. Os he estado escuchando desde fuera y suena bastante bien.

—Hemos invertido mucho tiempo en este tema —respondió Eddy mientras afinaba el bajo—. Vamos a volver a ensayar, yo voy a colocarme a la izquierda de Jack y tú deberías ponerte a la derecha. De esta forma, equilibraremos el sonido instrumental y el vocal.

—Pero... Ya os avisé ayer... No sé tocar la guitarra —anunció Jefferson con la voz entrecortada.

—No importa. Tú céntrate en la música, cierra los ojos y deja que tus dedos hablen, que busquen su espacio en el universo —decía Jack con los ojos centelleantes y moviéndose con fogosidad por el espacio —. ¿Sabes? La música es magia pura, nosotros no somos los que la producimos, ella nos crea a nosotros y nos hace mejores.

El corazón de Jefferson volvía a la carga y bombeaba con tanta ilusión que parecía cumplir sueños a cada latido. Las baquetas repiquetearon anunciando el inicio de aquel encantamiento. Sostenía la guitarra con fuerza, la sentía pegada a su cuerpo e incluso le subía un dulce olor a nuevo, a joven, a inexperiencia. La voz de Jack capitaneaba la noche y, sin saber cómo, los dedos de Jefferson comenzaron a buscar su lugar en el universo. Cerró los ojos y el éxtasis se apoderó de su ser, las vibraciones de las cuerdas le acariciaban el alma y aquella melodía se volvió suya.

CAPÍTULO 5

17 de julio de 2016

2 días después de la desaparición.

El sospechoso, sentado en la silla, miraba con detalle la sala de interrogatorios y sonreía con descaro cuando descubría una cámara o un micrófono. Héctor lo observaba con detenimiento desde el otro lado de la cabina, cada gesto podría ser de gran utilidad para la investigación. El joven, de tez morena y cuerpo atlético, parecía estar tranquilo, aunque sus acentuadas ojeras sugerían noches de insomnio y preocupación.

—Su rostro demacrado podría hacernos barajar dos posibilidades —anunció una voz femenina que interrumpió los pensamientos de Héctor.

Cuando se dio la vuelta, una mujer pelirroja y con el cabello rizado sonreía, mostrando una hilera de dientes de un blanco radiante y perfectamente colocados.

—¿Y usted es...? —preguntó confuso Héctor.

—Mi nombre es Julia Martín y soy psicoanalista. Me dedico a estudiar el inconsciente humano a través de las declaraciones que puedan hacer acerca de un suceso. Además...

—Sé muy bien a qué se dedica un psicoanalista, señorita. He leído bastante a Freud y, si no fuera porque tengo un estable puesto de Inspector de Policía, estudiaría psicología —interrumpió con tono sarcástico Héctor.

La presencia de aquella mujer le incomodaba bastante, sobre todo porque era él quien llevaba la investigación del caso y no había contactado con ningún especialista de este tipo. No se le había pasado por la cabeza la idea de que aquel muchacho fuese un psicópata. Podría ser el culpable de la desaparición, pero no un asesino en serie. O al menos eso creía el inspector Izquierdo.

De repente, apareció el comisario Castillo con un café en una mano y la grabadora en la otra.

—Veo que ya os habéis conocido —dijo el comisario haciendo una pausa para darle un sorbo al café—. Inspector Izquierdo, no he tenido tiempo de anunciarle que voy a ser yo personalmente quien lleve este caso. Entiéndame. No se trata de una muchacha cualquiera, es mi sobrina Pandora y necesito tenerlo todo en mis manos. Para ello cuento con la ayuda de Julia, experta en descubrir los pensamientos

mejor guardados de cualquier delincuente que se precie.

—Comisario, con todos mis respetos, creo que usted no es la persona adecuada para llevar este caso. Los sentimientos pueden interponerse en el ámbito profesional y entorpecer la investigación —contestó educadamente Héctor, que no daba crédito a aquella situación.

—El inspector Izquierdo tiene razón, comisario —anotó la psicoanalista que seguía allí de pie, atenta a cada detalle.

—Está bien. Haremos lo siguiente, —carraspeó el comisario y continuó—, seré yo quien tome absolutamente todas las decisiones y dirigiré el rumbo de esta investigación, pero el inspector Izquierdo podrá asesorarme y estudiar el caso. Ahora voy a ser yo quien haga las preguntas a este hijo de puta. Quiero que se queden los dos aquí escuchando. Tenemos que aprovechar cada segundo de las 72 horas de prisión incomunicada. Anoten cualquier dato, fecha o lugar que salga de su boca. Vamos a intentar pillar a Malik Hasfura en alguna contradicción. Quiero encontrar a mi sobrina y quiero dar con ella ahora mismo. ¿Entendido?

El comisario entró en la sala de interrogatorios con el corazón en la garganta y reprimiendo sus ganas de abofetear la cara de Malik Hasfura. El joven dejaba entrever una media sonrisa, mientras prestaba atención a cada gesto de Carlos. Se habían encontrado bastantes veces por la finca durante el último mes, pero apenas se habían dirigido la palabra. El comisario era una persona muy conservadora y desconfiada, y no le gustaba tratar demasiado con extranjeros.

—Voy a ser claro —irrumpió el comisario con aire desafiante—, ¿dónde está mi sobrina?

—Dímelo tú —respondió el chico con la misma arrogancia.

Carlos se frotaba furiosamente las manos, que le pedían a gritos abalanzarse sobre el sospechoso.

—Creo que no has entendido bien la pregunta. ¿Quieres que te lo pregunte en tu puto idioma? —el comisario Castillo hizo una pausa para tomar aire— *ayn hi?*

—*Qul li* —repitió Malik con el tono de voz más prepotente que pudo.

—Vamos a ver, morito de los cojones, —Carlos se levantó con fuerza, tirando al suelo la silla en la que había estado sentado—, te he visto besando a mi sobrina, la misma que hace dos días se esfumó sin dejar rastro... ¿Y pretendes que me crea que no sabes nada?

Malik lo miraba tranquilo, con cierto aire de superioridad. Pero Castillo no encajaba del todo bien la indiferencia. Esperaba que aquel interrogatorio fuera digno de la típica peli policíaca de los sábados por la noche. Pero no lo estaba siendo.

—¡Quién cojones te crees que eres para mirarme con esa sonrisita de imbécil!

Héctor y la psicoanalista, desde el otro lado, temían ver al comisario perdiendo los papeles. Para evitarlo, el inspector Izquierdo asaltó la sala de interrogatorios.

—Comisario, creo que debería continuar yo con el interrogatorio.

Carlos ni siquiera miraba a Héctor, tenía los ojos todavía clavados en los de Malik. El joven le aguantaba la mirada, demostrándole lo difícil que iba a ser intimidarlo.

—Por favor, comisario —volvió a interrumpir el inspector Izquierdo mientras trataba de tranquilizarlo poniéndole la mano sobre el hombro.

El comisario Castillo abandonó furioso la sala de interrogatorios. No acababa de entender por qué, después de tantos años, un caso se le iba a atascar tanto. Quizás Héctor y Julia tenían razón: esa investigación no era para él. Pero no podía permitirlo, no se le podía escapar ningún detalle. Se estaba jugando demasiado y a nivel personal, sin duda, era el caso más importante de su vida.

Héctor estaba nervioso. También tenía la intuición de que aquel caso iba a ser fundamental en su trayectoria profesional. Malik había cambiado su expresión, era mucho más relajada y menos vacilante. Se notaba que la presencia de Héctor no le molestaba tanto como la de Carlos.

—Soy el inspector Izquierdo y me gustaría que colaborase lo máximo posible conmigo —anunció Héctor, que apenas miraba a los ojos de Malik. Nunca se le había dado bien aguantar la mirada a nadie —. Empecemos por el principio de cualquier historia. ¿Desde cuándo conoce a Pandora y cuál es la relación que ambos tenían?

Malik torció levemente los labios dibujando una escueta sonrisa. Por primera vez, desde que había pisado la comisaría, sonreía de verdad. A Héctor le pareció un gesto sincero, pero había muchas personas expertas en mentir, así que intentó no dejarse llevar por la intuición.

—Todo empezó hace tres meses —dijo Malik tras hacer una pausa y recordar. Su voz era mucho más melódica y sosegada, incluso había un ápice de ternura en sus palabras. Parecía que los recuerdos le dolían más de lo que intentaba aparentar—, yo nunca había visto antes a Pandora por allí. Llevo trabajando en la casa del señor Jefferson más de un año y nunca había recibido la visita de ningún familiar. Era principios de abril cuando Pandora lo visitó. Creo que era su abuelo el que le había pedido que fuera allí, aunque eso no podría asegurárselo, hablo de la impresión que a mí me dio. Cuando la vi, supe que iba a cambiar mi vida. Era especial, ¿sabe? De esas personas que tienen un aura única, que te embelesan con un solo movimiento. Además, era preciosa y me sonreía mucho. A mí y a cualquier persona

con la que se cruzaba. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo. En su mente no había espacio para las distinciones. Era un ser absolutamente maravilloso.

Héctor escuchaba atentamente las palabras del joven. Los ojos de Malik brillaban y demostraban estar emocionados ante el recuerdo de Pandora. Pero hubo algo que inquietó al inspector.

—¿Por qué habla de ella en pasado? —interrumpió con tono cortante Héctor.

—Porque siento que la he perdido. Hay algo oscuro envolviendo a esa familia. No sé qué es, pero debería creerme.

Héctor quería continuar con la historia para que Malik no se dejase ni el más mínimo detalle. Pero aquella acusación que acababa de lanzar merecía un punto aparte. Así que Héctor anotó en su libreta: «investigar familia».

—¿A qué se refiere? Sea más específico, por favor —insistió Héctor.

—Vayamos paso a paso, inspector —estaba claro que Malik quería ser él quien marcara el ritmo de aquel interrogatorio—. Pandora desde aquel día comenzó a visitar con frecuencia a su abuelo. Prácticamente iba todos los días o, en algunas ocasiones, días alternos. Siempre hacía lo mismo: escogía un libro de la biblioteca y se metía dentro de la habitación a leerlo con su abuelo. Al señor Jefferson le encantaba que su nieta le leyera, o eso creo yo. Poco a poco, ella y yo fuimos entablando más conversación. Al principio solo hablábamos de la salud de Jefferson, del tiempo o de alguna noticia interesante que hubiese salido en la televisión. Pero después, comenzamos a hablar de nosotros. Cuando alguien habla de uno mismo a otro es porque, instintivamente, quiere hacerle un hueco en su vida. Sus visitas cada vez eran más largas y nosotros pasábamos más tiempo juntos. A veces ni siquiera iba a la universidad y se pasaba todo el día en el caserío.

Malik detuvo su discurso por unos segundos, agachó la mirada al suelo y, cuando volvió a levantarla, tenía los ojos teñidos de rojo. Parecía que iba a echarse a llorar como un niño en cualquier momento. Se mordió el labio inferior y consiguió reprimir las lágrimas. Héctor le alcanzó una botella pequeña de agua y se la bebió de un trago.

—Yo no quería enamorarme, ¿sabe? Era el típico gilipollas que solo buscaba tener sexo para saciar un vacío emocional enorme. Supongo que ahí es donde entra en juego toda esa movida de proteger al corazón y demás. Lo que no sabía es que cuando el amor llega, el amor de verdad, tus expectativas se van al carajo. Ya puedes tener las cosas muy claras, que el universo siempre se encarga de ponerte en la vida a una persona que te las llena de dudas. Supe que estaba perdido cuando tener sexo con ella era, de todas las cosas que hacíamos, la que menos me importaba en realidad. A veces me abrazaba y yo ya

me sentía bendecido. No sé, como si estuviera en deuda con el destino por haberme permitido conocerla. A principios de mayo, ya éramos algo parecido a una pareja. Creo que no hace falta que le dé más detalles de lo que hacíamos en la intimidad.

Realmente aquello había sonado del todo sincero, incluso Héctor se sentía conmovido, pero trató de disimularlo.

—Bien. Y ¿qué pasó para que usted afirme que había algo raro en la familia? —siguió insistiendo Héctor.

—Hay muchas cosas que son extrañas en esa familia —aseguró Malik, que parecía muy consciente de lo que decía. —Para empezar, una familia que ni siquiera se digna a visitar al señor Jefferson es raro que decida pasar todo un verano en esa casa. En cuanto a Pandora, la vi una vez salir llorando de la habitación del señor Jefferson. Lloraba desconsoladamente y me pidió que no le preguntara el porqué. No podía contármelo. Cuando eso pasó, ya estaban todos instalados en la casa y yo notaba a Pandora muy inquieta. Apenas teníamos tiempo para vernos, simplemente me decía: «Malik, cuando pueda te lo contaré todo». Yo era bastante paciente, pero sufría por ella. Tuve la sensación de que la iba a perder. Y así ha sido. La noche antes de su desaparición, me dijo que me lo iba a contar todo en pocos días porque yo era la única persona del mundo en la que confiaba. Me susurró al oído: «mi familia no me quiere como tú, Malik». ¡Tiene que creerme, inspector! ¡Juro por Alá que lo que digo es cierto!

Malik cerraba los puños con firmeza y retenía las lágrimas. De repente, se había puesto muy nervioso y Héctor decidió cerrar el interrogatorio. Había demasiadas dudas revoloteando en su cabeza. Creía a Malik, pero a la vez desconfiaba. ¿Hasta qué punto tenían verdad sus palabras? ¿Qué secreto podía esconder Pandora? «Mi familia no me ama como tú», retumbaba en la cabeza de Héctor. Se sintió inmensamente reflejado en Pandora.

Héctor salió de la sala con su libreta en la mano. Sacó su botecito de pastillas y se tomó una. Carlos y Julia caminaban apresurados tras él. Estaban ansiosos por debatir con Héctor todas las posibles teorías.

—¡Miente! —gritaba el comisario Castillo— ¡Quiero que me devuelva a mi sobrina! ¡Sé que no está diciendo la verdad!

—Está intentando desestabilizarnos a todos, sobre todo al comisario —repetía una y otra vez Julia—. Es un mentiroso compulsivo, le delatan sus gestos, su mirada. Esa forma sosegada de hablar y, de repente, tan alterada al recordar el día precedente a la desaparición.

Héctor seguía en sus pensamientos y no parecía hacerles demasiado caso.

—Dejadme pensar. Le devolveré a su sobrina, comisario. Pero deben darme tiempo para pensar y aclarar mis ideas. No necesito la ayuda de la señorita Martín, quiero resolverlo por mí mismo. A usted le

informaré de cada paso que dé, comisario —dijo Héctor cerrándoles la puerta de su despacho, sin dejarles tiempo para responder.

CAPÍTULO 6

14 de junio de 2016

1 mes y 1 día antes de la desaparición.

EL TIMBRE VOLVIÓ a sonar y Oxana abrió el portón por el que entró un Audi rojo a toda velocidad. De la puerta principal hasta la casa, había un camino precioso acompañado de árboles frutales de todo tipo que, en aquel momento, se convirtió en una nube de polvo que se iba agrandando al paso del coche de Peter.

—Te he dicho mil veces que cuando vayamos con el niño no conduzcas de estas maneras —reprochaba Nekane mientras abría la puerta del copiloto del flamante Audi nuevo.

—¡Vaya! Nuestro hermanito pequeño llegando tarde. ¡Qué raro! —interrumpió irónica Renée, mientras se acercaba a darle dos besos a Nekane.

Sally, la hermana mediana, se reía desde lejos mientras le enseñaba a su hija Melba el limonero más grande del abuelo Jefferson.

Renée, Sally y Peter no eran de ese tipo de hermanos que se veían a menudo, pero aun así tenían debilidad los unos por los otros. Renée siempre decía: «el amor de un hermano es como la luz, no sabes lo que la necesitas hasta que todo se vuelve oscuro». Peter era el pequeño, acababa de cumplir 32 años y de sacarse una plaza de psicólogo para trabajar en el mismo colegio que su mujer Nekane. Se conocieron en la universidad, ella estudió magisterio y él psicología; juntos hacían el tándem perfecto y soñaban con cambiar el mundo a través de los niños. «Si les dejamos descubrir la infancia, serán adultos que comprenden la vida», solía afirmar Peter. Aunque el nacimiento de su hijo Dorian les había roto todos los esquemas. No es que no desearan tener un hijo. De hecho, en un *ranking* de los niños más deseados, Dorian estaría de los primeros. Nekane lució su embarazo como un trofeo: enseñaba cada ecografía, subía fotos semanales de la evolución de su tripita por las redes sociales y todos le decían que parecía la única embarazada del mundo. Cuando Dorian nació, el universo entero se volcó en él, nadie podía imaginar lo increíblemente especial que un día llegaría a ser. La capacidad de ser diferente debería ser una virtud, algo por lo que mostrarse orgulloso, pero la sociedad todavía no está preparada para ello. Así que, en lugar de llamarlo especial, decidieron adjetivarle como autista.

A los pocos meses de nacer Dorian, Nekane comenzó a darse cuenta

de que a su hijo le pasaba algo. En el idioma de los adultos, cuando alguien es distinto significa que automáticamente debe pasarle algo, así que a los seis meses Dorian ya asistía a sesiones de atención temprana. Alrededor de los dos años, la psicóloga que estudiaba su comportamiento citó a Nekane y Peter y pronunció aquello que ellos ya sabían, pero se negaban a creer: «lo que le pasa a Dorian es que es autista». Aquella frase llevaba cinco años retumbándoles en la sien, era la mochila más pesada que jamás habían llevado Peter y Nekane. Les había dolido tanto aquella afirmación, que todavía no se habían recompuesto del golpe. Incluso su relación de pareja se había resquebrajado.

Cuando Dorian cumplió 3 años, ingresó en la escuela como todos los niños de su edad. Aunque les invitaron a hacerlo en un centro específico, Nekane se convenció de que su hijo lo que necesitaba era estar en una escuela ordinaria, con niños sin necesidades especiales y, quizás, así se le pasaría. Nekane sabía perfectamente que el autismo no se curaba, ni se esfumaba. El autismo, simplemente, se debe comprender y, sobre todo, aceptar. Y, efectivamente, el autismo seguía en sus vidas con la misma fuerza con la que llegó.

Dorian tenía 7 años y no hablaba, solamente observaba. Se quedaba absorto en su mundo interior y podía pasarse horas mirando cómo el agua salía del grifo. Le causaban ansiedad las multitudes, los ruidos fuertes, el contacto con los demás y, más que nada, la incomprensión que la gente tenía hacia él. Cuando se daba alguna de estas situaciones, Dorian comenzaba a dar vueltas en círculos y aleteaba sus brazos enérgicamente. Su prima Pandora siempre decía que era un pájaro que había comenzado su vida al revés: desde la jaula hacia la libertad. «En alguno de tus aleteos llegarás hasta el cielo», le decía cariñosamente. Y como Dorian no entendía las bromas, ni las metáforas, ni las frases hechas, se imaginaba a él mismo atravesando las nubes. Era de las pocas cosas que le hacían sonreír y, por eso, a Pandora era a la única a la que una vez miró directamente a los ojos.

Sally y Melba seguían observando el enorme limonero cuando Dorian se dirigió hacia ellas de puntillas y se quedó de pie, inerte, tras ellas. Le gustaba estar cerca de Melba, aunque nunca jugara con ella. «Es raro, mamá», le había confesado la pequeña Melba a su madre en más de una ocasión.

—¡Pero bueno! Si está aquí detrás Dorian. Dale un beso a tu tía, anda —dijo Sally inclinándose hacia él.

—No te lo dará —anotó Nekane a la vez que ponía los ojos en blanco—. Ya sabes de sobra que no le gusta el contacto físico.

Sally y Nekane no se caían especialmente bien. Todo el mundo lo sabía, aunque ellas intentaran disimularlo.

De dentro de la casa salió Pandora, la única hija de Renée y su

marido Luis. Era la nieta mayor del señor Jefferson, tenía 21 años y le quedaba un año para terminar la carrera de Derecho. Se meneaba con una delicadeza increíble, parecía que hasta controlaba el vaivén de su larga melena ondulada. A pesar de su dulzura, Pandora era una de esas jóvenes fuertes y revolucionarias que luchan contra las injusticias. Llevaba un tatuaje en su brazo derecho, era un puño en alto con una inscripción debajo: «mujer libre». Asistía a manifestaciones y colaboraba en numerosas organizaciones de aspecto social. Le gustaba dedicar su tiempo libre a los demás y solía afirmar que lo que uno da siempre es más importante que lo que recibe.

—¡Por fin llegó mi tío favorito! —exclamó sonriente Pandora mientras se abrazaba a Peter.

—¡Oye, guapa! ¿Y yo qué? —preguntó molesta Sally.

—Tú eres mi tía favorita.

—Toda la vida teniéndome celos y todavía sigues igual, hermanita —bromeó Peter, acompañado de las risas de Pandora y Nekane.

La verdad es que Peter y Pandora tenían un vínculo especial. Quizás llevarse solo once años de edad había creado en ellos una relación única. Hablaban de todo y tenían ideologías similares. En las reuniones familiares siempre terminaban buscándose instintivamente. Se sentaban en algún rincón y comenzaban a divagar sobre los sueños que tenían, sobre política y también filosofaban acerca de la vida.

—¿Qué tal anda el abuelo? —le preguntó Peter a Pandora mientras se separaban un poco del resto de la gente.

—Estaba dentro charlando con mi padre y el tío Carlos, aunque gran parte de la conversación estaba en su mundo. Le hemos traído el periódico de hoy, nos ha dicho que la abuela ya se lo había comprado y entonces nos ha sacado un periódico del año 1989... Cada vez está peor. Ahora ha pedido a Oxana que lo lleve a su habitación porque necesita descansar.

—Pues ya le diré que hemos llegado más tarde. Al fin y al cabo, nos esperan casi tres meses juntos. Se va aburrir de sus hijos y nietos —anotó Peter antes de preguntar a Pandora—. ¿Has seguido viniendo a verlo durante este último mes?

—Shh. ¡No grites! —susurró preocupada Pandora— Mis padres no saben que he estado viniendo aquí. Y sí, lo he hecho. El abuelo solo quiere que venga a leerle libros y a pasar tiempo con él. Nada más. Y a mí me gusta, siento que recupero el tiempo que no hemos pasado juntos.

Justo en ese instante, Dorian corrió hacia su prima Pandora y se quedó delante de ella, observándola con su infranqueable silencio. Ella se agachó para estar a su misma altura e intentó encontrar sus ojos, pero estaban en otro lugar, en otro mundo. Se acercó poco a poco a él, midiendo el espacio, respetando al máximo a Dorian. Él elegía las

distancias, él decidía si hoy habría contacto o no. Y lo hubo. Dorian se quedó inmóvil, dejándose abrazar por Pandora que sonreía por haber conseguido el objetivo.

—Bueno, ahora que ya estamos todos —rompió el silencio Renée—, vayamos a organizar las habitaciones y a preparar el agua de la piscina. Así, con suerte, mañana ya podremos darnos un bañito.

—Me pido la habitación más grande, porque ya he cumplido cinco años. Soy muy mayor —dijo Melba, que correteaba por el enorme terreno ajardinado del caserío.

—Todas las habitaciones son grandes, cariño —contestó con ternura su tía Renée — Cómo se nota que has pasado muy poco tiempo aquí... En esta casa crecimos tu mamá, el tío Peter y yo.

Coincidieron al entrar con el chico de mantenimiento. Él buscó la mirada de Pandora y, cuando la encontró, ambos se sonrieron de forma cómplice.

***

26 de agosto de 1952. Londres

Jefferson estaba atónito, casi ni parpadeaba, no podía creer que lo que había empezado hace unos meses como un juego hubiese podido llegar tan lejos. Estaban en una discográfica para firmar el contrato que permitiría lanzar al mercado el primer disco de *The Broken Hearts*. Así había decidido Jack que debían llamarse. Desde aquel frío día en la abandonada casa de Boyd Street, habían compuesto una veintena de canciones. Jefferson, que nunca antes había tocado la guitarra, aprendió a hacerlo de forma autodidacta y ya se le podía llamar guitarrista con todas las letras. Nick, el batería, siempre le decía que tenía un don en las manos. Sin embargo, Eddy, el bajista, opinaba que no tenía el don en las manos, lo tenía en el corazón, que es de donde nace la música.

A pesar del carácter reservado de Jefferson, había creado unos lazos emocionales muy intensos con el resto de integrantes del grupo. Jack, el cantante, se había convertido prácticamente en un hermano para él. Pasaban las horas juntos, soñando despiertos, imaginándose sobre los grandes escenarios del mundo. Crearon *The Broken Hearts* porque consideraban que eran corazones rotos que habían encontrado la manera más sana de curarse: la música. Aunque esta elección no había sido del agrado de sus familias, sobre todo de la de Jefferson. Apenas se hablaba con ellos y tampoco vivían juntos. Entonces compartía un pequeño apartamento con los integrantes del grupo. Habían abandonado la acogedora Durham para adentrarse en la capital inglesa. Vivir en Londres era emocionante, se encontraban sorpresas en cada esquina. La vida corría a otro ritmo y todo se volvía más intenso bajo el nublado cielo londinense. Jefferson era muy feliz

porque estaba haciendo lo que realmente le apasionaba, pero le dolía no poder compartirlo con las personas a las que más quería en el mundo. «Quien bien te quiere, te hará llorar», le decía su madre cada vez que le pedían a Jefferson que dejara la música. Este no solía hacerles caso y volvía a Londres con el corazón más roto que nunca. Jack siempre le decía: «quien bien te quiere, no puede ni debe hacerte llorar».

El director de la compañía entró en la sala en la que se encontraban los chicos. A Jefferson le temblaban las piernas, se ponía nervioso al recordar que hacía dos meses habían estado allí, en esa discográfica, grabando una maqueta. Las instalaciones eran increíbles y estaban adornadas con cuadros de los grupos y artistas que formaban parte de la compañía. Unos minutos antes, los chicos habían estado comentando que podrían ser ellos las próximas estrellas internacionales. Se les humedecían los ojos solo con pensarlo y Eddy se reía a carcajadas, que era lo que solía hacer cuando se entusiasmaba por algo. El director, que era un hombre de unos cincuenta años y muy bien vestido, se encendió un puro antes de comenzar a hablar.

—Hemos estado escuchando vuestros trabajos —dijo rompiendo el silencio que acogía la sala— y sois realmente buenos. Hacía mucho tiempo que no encontraba un trabajo de este calibre. Vamos a apostar por vosotros y confiamos en que estaréis entre los grandes nombres de la historia. Sois jóvenes, talentosos y atractivos, lo tenéis todo para convertiros en estrellas. Comenzaremos con la grabación del disco y su lanzamiento será en octubre. A partir de ese momento, preparaos para dar conciertos y hacer giras alrededor del mundo. Vamos a invertir muchísimo dinero en vosotros y espero que no nos defraudéis.

Esa fue la sentencia del director que retumbaba por las paredes con un eco que penetró en los corazones de aquellos cuatro chavales. Estaban a un paso de cumplir el sueño de sus vidas. El señor Moore, que seguía inundando la habitación con el humo de su puro, deslizó hasta la otra punta de la mesa un montón de hojas que conformaban el contrato.

—Tenéis tiempo para leerlo todo con detenimiento. Si estáis de acuerdo con las condiciones, debéis firmar los cuatro en todas las hojas.

—¿Dónde firmamos? —interrumpió Jack, que estaba sobrepasado por la emoción.

—Chaval, tranquilo. Hay tiempo para todo, —el director carraspeó antes de continuar—, los palacios no se construyen en dos días. En este mundo os van a querer engañar. Debéis tener el temple suficiente para escuchar, leer y observar. No podéis coger un contrato y firmarlo sin antes haberlo estudiado de arriba a abajo. Cuando lo hayáis leído,

avisáis a mi secretaria y os dirá dónde debéis firmar.

El señor Moore les había dado el consejo más importante de su carrera artística. Y los cuatro chicos se grabaron a fuego sus palabras. Lo que ellos no se imaginaban era que, después de aquel día, ya nunca serían los mismos. Eran *The Broken Hearts*, la banda más aclamada de las décadas de los 50, 60 y 70.

Salieron de la discográfica y en sus cabezas se oía el grito de palabras como *lanzamiento*, *disco*, *gira*, *conciertos*... Y en medio de la gran avenida londinense, se agazaparon en círculo los cuatro, unieron sus manos y gritaron: «*¡boom, boom, boom,* corazones rotos!». Sin darse cuenta, habían consolidado su grito de guerra y el de una Inglaterra que, meses después, enloquecería con la nueva banda de *rock*.

CAPÍTULO 7

20 de julio de 2016

5 días después de la desaparición

La investigación seguía en el mismo lugar, parecía no avanzar y eso a Héctor le tenía consumido. Eran las tres de la mañana, su casa olía a café y no recordaba la última vez que había dado una cabezadita en condiciones. Debía descansar, pero cuando se trata de la vida de una persona uno no puede permitirse ese lujo. Las paredes del salón de su casa estaban recubiertas por una veintena de fotos. Todas ellas de Pandora y de las personas que tenían algo que ver con ella: familiares, amigos, compañeros de la universidad, su pareja... Héctor tenía la intuición de que entre todas esas caras se encontraba el culpable. Eran muchos los casos que había resuelto con solo veintinueve años, algunos con más éxito que otros, pero en todos ellos se había guiado por corazonadas. En este, concretamente, algo le decía que el culpable estaba entre las personas cercanas a Pandora. De no ser así, no podía entender cómo la joven desapareció justo en el momento en el que se encontraba más rodeada de gente. Estaba viviendo con quince personas en el momento de la desaparición, contando también con el servicio del señor Jefferson.

Héctor le dio un sorbo al café con leche, que estaba ya completamente helado, y siguió mirando las imágenes. Miraba la de Malik, una y otra vez, como si de repente fuera a encontrar la llave maestra que diera con la solución. El sospechoso estaba en la calle, haciendo vida normal porque no había suficientes pruebas que lo inculparan. De hecho, la única prueba era su relación amorosa con Pandora y eso no debería ser motivo para incriminarle. Recordaba las palabras del chico en el interrogatorio: «hay muchas cosas que son extrañas en esa familia». Héctor miraba los rostros de los familiares y los veía incapaces de hacerle ningún daño a Pandora. Aunque es cierto que, en la historia de los crímenes, el asesino suele ser la persona más vulnerable a los ojos del investigador. Cuando ya han pasado cinco días y no tienes absolutamente ninguna prueba es porque el culpable es más inteligente de lo que *a priori* parece.

Pensaba también en el señor Jefferson. Aunque su enfermedad era una muerte anunciada, era demasiada casualidad que falleciera el mismo día de la desaparición. Nadie había reparado en ese dato, todo el mundo divagaba sobre la ausencia de la chica, pero ¿quién pensó en

la muerte del abuelo? Igual el destino había gastado una de esas bromas macabras, aunque Héctor no creía en el destino.

Súbitamente, también se le venía a la cabeza el comisario Castillo. Por la mañana lo había visto como alma en pena en la comisaria, andaba ojeroso y desgastado. Tres días después de la desaparición, habló con Héctor y le cedió la investigación por completo. Se desligaba de aquel caso que le tenía tan desazonado. Era lógico, teniendo en cuenta que se trataba de su sobrina.

Héctor se acomodó en el sofá, cerró los ojos y viajó en el tiempo, exactamente doce años atrás. Todavía recordaba el fatídico día que desapareció su hermana Marta, que tenía solo nueve años y un montón de sueños por cumplir. Quería ser bióloga marina porque le fascinaban los animales del mar, aunque todos sabían que nunca llegaría a serlo. Héctor y Marta no tenían una situación económica y familiar acorde a sus sueños. A su padre ni siquiera lo conocían. Bueno, Héctor solo lo había visto una vez en la vida. Tenía siete años cuando lo conoció, aunque no había vuelto para visitarlo a él, sino a su madre.

Lola, la madre de Héctor, estaba haciéndose una raya de cocaína sobre la mesa de la sala de estar cuando el timbre sonó. Ni siquiera movió un músculo de su cuerpo, y eso significaba que era Héctor quien debía abrir. El niño estaba acostumbrado a hacer todas las cosas que debería hacer su madre. Cuando Héctor ladeó el pomo y acompañó la puerta hacia sí mismo, alguien irrumpió en la casa sin esperar siquiera a que le dieran permiso. Era un hombre muy alto, rubio, con unos ojos azul mar y una complexión demasiado atlética a los ojos de un niño. Llevaba un pantalón de camuflaje tipo bermudas que dejaba atisbar un tatuaje en la pierna. Lola levantó la mirada de aquella droga que la tenía anulada y afirmó, dirigiéndose a Héctor:

—Mira hijo, este es el capullo de tu padre.

Ni su padre ni él reaccionaron de ningún modo, aunque estaba claro que aquella bala solo había perforado un corazón: el de Héctor. Después, los dos adultos se metieron en una habitación y estuvieron allí dentro más de doce horas. Héctor se pasó todo el día proyectando un precioso dibujo para su padre, la verdad era que había echado muchísimo de menos una figura paterna en su vida. Aunque si su madre no fuese tan desastre, posiblemente él no habría tenido esa necesidad. Se había sentido solo toda su vida y anhelaba esa dulce infancia que todo niño debería tener.

Cuando llegó la noche, el hombre salió de la habitación ignorando por completo la presencia del niño que le mostraba entusiasmado el dibujo. Aquellos ojos de azul penetrante no se posaron ni un segundo en los de Héctor y, con esa prepotencia, se marchó de nuevo para no volver. Siendo sinceros, ya no lo volvió a echar de menos, la

indiferencia de su padre durante tantos años había alimentado a la suya propia.

Dos meses después de aquel encuentro, la madre de Héctor le dijo que estaba embarazada. Aunque a ella poco le importaba la niña que venía en camino, pues lo único que le preocupaba era satisfacer sus adicciones. Temió muchas veces por la vida de su madre, o más bien de su hermana.

Cuando Marta nació, la vida de Héctor se volvió mucho más intensa, pero también más bonita. Con solo ocho años, aprendió a cambiar pañales, dar biberones, acunar, consolar, curar y educar en los momentos en los que su madre se ausentaba de sus vidas; es decir, casi siempre.

La pequeña Marta creció bajo la atenta mirada de su hermano, que estaba a su lado en cada tropiezo y también en cada primer paso que daba. Acudían a la escuela y jugaban a disimular que su vida era normal, aunque en numerosas ocasiones los servicios sociales llamaban a la puerta de su casa. Después de esos escarmientos, Lola parecía ser una madre ejemplar, pero su falso papel solo duraba lo que tardaba el mono en apoderarse de su cuerpo.

Pasaron nueve años y Héctor sufría constantemente por Marta, llevaba el peso de ambos y con diecisiete años tenía un doctorado en sobrevivir. Él ya no iba al instituto y llevaba un año trabajando en un restaurante de comida rápida. Eran las dos de la mañana cuando llegó a casa el día que desapareció Marta. Se dirigió a la habitación de la pequeña para darle un beso, como cada noche, mientras ella dormía. Cuando entró, la cama estaba hecha y no había rastro de la niña, ni siquiera estaba su mochila de la escuela.

—¡¿Dónde coño está la niña?! —dijo asaltando la habitación de su madre.

Lola estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados y una jeringuilla sobre la almohada.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gritaba Héctor mientras zarandeaba a su madre de un lado a otro.

Finalmente, abrió los ojos, pero apenas tenía fuerzas para responder.

—¿Marta ha venido del colegio esta tarde? —preguntaba con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Contesta!

—...No

Fue lo único que su madre era capaz de decir, sonó como un suspiro desgarrador. En ese momento, se dio cuenta de lo poco cuidadosa que había sido con sus hijos y de aquella caótica vida que les había regalado.

—Todo esto es por tu culpa... Es tu culpa... —repetía una y otra vez —. Eres una puta drogadicta que no me ha dado nada en la vida, salvo

una hermana a la que amo y ni siquiera has sido capaz de mantener esa promesa, de cuidar ese regalo. Te odio tanto... Me das tanto asco...

Héctor salió de su casa enloquecido y preso del dolor. Pasó toda la noche buscando a su hermana, rastreó cada parte del barrio, cada metro cuadrado, pero fracasó en su búsqueda. Recorrió una decena de veces el trayecto de la escuela a casa por si encontraba algo que pudiera ayudarle, pero todo fue en vano. El día comenzó a despuntar y se personó en la comisaría, explicando lo que había ocurrido y contando todas las verdades que hasta ese momento había callado. Se desplegaron dispositivos de búsqueda y captura por todo Madrid, incluso por toda España, pero la pequeña Marta nunca apareció.

Ese mismo día, la policía se presentó en la casa de Lola y allí fue cuando la hallaron muerta sobre la misma cama en la que su hijo la había dejado. Drogada y con las palabras de Héctor ametrallando su pecho, se tomó una caja de pastillas y murió en la soledad de una vida que nunca mereció.

Fue en los momentos más duros cuando apareció el comisario Castillo en la vida de Héctor, cambiando su vida y convirtiéndolo en el inspector Izquierdo. Era una tarde de abril, dos semanas después de la desaparición de Marta. El comisario llamó a Héctor para interrogarlo de nuevo, por si se les había escapado algún dato que les sirviera de ayuda para la búsqueda.

Héctor siempre había sido muy curioso e inteligente, y mientras esperaba al comisario en su despacho no pudo reprimir la necesidad de abrir una carpeta que había sobre la mesa. Empezó a leer el caso de una niña de 13 años que se llamaba Núria y había sido asesinada en el portal del edificio donde vivía.

Leyó todo el informe del forense y todas las anotaciones del comisario. Ojeó la lista de sospechosos: un vecino que solía mirarla descaradamente cuando se encontraba con ella o un drogadicto que vivía en un descampado en los alrededores de la vivienda. Héctor leía una y otra vez los apuntes que se habían tomado en los interrogatorios, la historia personal de la niña, la defensa y coartada de los sospechosos... Sus ojos viajaban a tres mil por hora a través de aquellas líneas cuando, de repente, entró el comisario Castillo.

—¡¿Qué cojones haces?! —gritó arrebatándole la carpeta de las manos.

—Son sus padres —contestó Héctor—. Los asesinos son sus propios padres. ¿No lo ve?

—¿En qué te basas para lanzar una acusación así? Esto no es un juego de detectives, chaval. Esto es la vida real y es mucho más compleja.

—No hace falta que me explique cómo es la vida teniendo una madre drogadicta y una hermana de nueve años en paradero

desconocido —contestó molesto el joven y continuó—. Si fuera su vecino, en ningún caso la habría dejado en el portal, se habría deshecho del cuerpo en otro lugar donde no pudieran relacionarle con el crimen. Por otra parte, el drogadicto vive justo al lado de un vertedero, lo más lógico habría sido dejar el cuerpo allí. Además, cualquier asesino habría esperado a la madrugada para dejar el cuerpo sin vida en el portal, no lo habría hecho a las seis de la tarde. Alguien tuvo que hacerlo muy rápido para que no le vieran y, de ser así, solo habría podido ser el vecino, pero su coartada confirma que estaba en el dentista a esa hora de la tarde. Sin embargo, los padres son los únicos que han mentido en sus declaraciones. El padre dijo que estuvo trabajando en su oficina hasta la hora que encontraron a su hija y su mujer alegó que ambos estaban en casa cuando le llamaron al timbre diciendo que su hija se desangraba en el rellano. Nadie ha advertido ese detalle porque los padres estaban bajo los efectos de los psicofármacos y era probable que su memoria fallara, pero han sido suficientemente inteligentes para dejarla en el portal y así poder inculpar a su vecino y que nadie sospechara de ellos. Porque a vista de los demás, unos padres serían incapaces de matar a su hija y, en caso de hacerlo, no serían tan frívolos de dejarla en su propio portal. Han sido más inteligentes que usted, comisario.

Carlos Castillo abrió una nueva hipótesis y pidió una segunda autopsia realizada por otro forense. El estudio de toxicología reveló que a la niña se le habían estado suministrando grandes cantidades de lorazepam durante los dos meses anteriores a su muerte. Las dudas se posaron sobre los padres y dos días después encontraron el arma del crimen en el maletero del padre de Núria: un hacha con la que la niña había sido golpeada hasta la muerte. El éxito rotundo de aquella loca idea hizo que Castillo sintiera una especie de necesidad por tener a Héctor a su lado en cada nuevo caso. Le ofreció la posibilidad de trabajar junto a él, tendría un buen salario, una oportunidad laboral y la ocasión de cambiar su vida para siempre. Soñaba con estudiar el caso de su hermana y resolverlo, pero era el único que todavía le quedaba pendiente. Tras la sugerencia aceptada del comisario, Héctor comenzó a trabajar y formarse como agente y, poco tiempo después, se convirtió en inspector debido a su audacia a la hora de resolver los sucesos más complicados y emblemáticos de la comunidad de Madrid.

Héctor abrió los ojos y volvió a la realidad. Se topó de nuevo con las imágenes de Pandora y una sensación de angustia se le acomodó en la garganta. Se prometió a sí mismo ser capaz de descifrar lo que ocurrió y devolverle al comisario toda la paz que él le había ofrecido. Marta tendría ahora la misma edad que Pandora, así que para Héctor era una motivación extra. Cada vida que salvaba era como recuperar un trocito de su hermana.

El protocolario interrogatorio que había llevado a cabo con el principal sospechoso hacía unos pocos días le había sabido a poco. No acabaron de profundizar en nada, las acusaciones a la familia habían quedado en tierra de nadie, sobrevolando la cabeza de Héctor que parecía no entenderlas demasiado. Así que lo tenía claro, al día siguiente se presentaría en la finca de los Hume. Sus compañeros de la Policía y de la Guardia Civil ya habían estado por allí sin éxito alguno, pero sentía que él debía hacerlo. Saltándose todos los protocolos se presentaría como amigo del comisario, pero llevaría a cabo su papel de inspector. Preguntaría a los familiares y, sobre todo, observaría, que es lo mejor que uno puede hacer cuando sospecha de todo y no tiene pruebas de nada.

CAPÍTULO 8

7 de abril de 2016

3 meses y 8 días antes de la desaparición

PANDORA ESTUVO CONDUCIENDO durante una hora y media desde Madrid hacia Rascafría, municipio de la sierra norte donde vivía su abuelo Jefferson. El aclamado y querido Jefferson Hume, de los *Broken Hearts*, ovacionado por toda la población mundial roquera y olvidado por su propia familia. Hacía más de dos años que no lo veía y, anteriormente, solo se reunían con motivo del día de Navidad. Su madre Renée y sus tíos, Peter y Sally, no tenían relación con él y tampoco con la difunta abuela Gloria; al menos desde que Pandora tenía uso de razón. Desconocía el motivo de tanta indiferencia, pero tampoco se había atrevido nunca a preguntar.

Su teléfono móvil comenzó a sonar cuando se encontraba delante del portón del caserío Hume.

—Dime Eva —contestó mientras ponía el freno de mano de su BMW.

—¡No me puedo creer que me hayas dejado de nuevo sola en la clase de penal, capulla!

A Pandora aquella acusación le causó una gran carcajada. Derecho Penal Económico era la asignatura más odiada entre los alumnos de cuarto curso de Derecho.

—He tenido que venir a Rascafría a visitar a mi abuelo —contestó entre risas.

—Ya, claro... —refunfuñó Eva—. Yo también tenía una gran mañana dando vueltas dentro de mi cama, pero aquí estoy.

—De verdad que no te miento, ya te contaré todo mañana. Por cierto, pásame los apuntes esta noche, *porfi*.

—Vale... Si no fuera porque te quiero...

—Tú sí que eres una amiga y lo demás son tonterías —afirmó zalamera y, acto seguido, colgó.

Pandora se quedó de pie frente a la majestuosa mansión de piedra que asomaba por detrás del enorme portón. Había estado algunas veces allí en Navidad, pero le seguía impresionando como el primer día. Pulsó el timbre y esperó a que le abrieran. Tenía las manos frías y temblorosas, la curiosidad alimentaba su nerviosismo y no paraba de preguntarse por qué motivo su abuelo la había citado allí. Nunca la llamaba por teléfono, excepto para el día de su cumpleaños. Cuando

recibió su llamada y aquella inusual petición de ir a visitarlo, Pandora dudó si aceptar o no; pero, finalmente, lo hizo.

A los pocos segundos, el portón se abrió. Pandora volvió a subir a su coche y se adentró en aquella vivienda de ensueño. Los olores procedentes de la naturaleza hacían que tuviera, irremediablemente, una sensación de nostalgia. No sabía por qué le ocurría, pero cada vez que volvía a ese lugar, deseaba haberlo hecho más a menudo.

Oxana la esperaba con su sonrisa impasible, mientras Pandora se colocaba la chaqueta vaquera y se miraba en el reflejo de la ventana del coche.

—Buenos días —saludó la ucraniana—, no la esperábamos tan pronto. Su abuelo está reunido. En cuanto termine, la acompaño a su habitación.

—Sí, no se preocupe. Daré un paseo por el jardín —objetó Pandora —. ¿Está con su médico?

—No, con su abogada. Si necesita algo, hágamelo saber.

La cuidadora del señor Jefferson se marchó apresuradamente dentro de la casa para seguir con sus quehaceres habituales. Pandora aprovechó para ir hasta su zona favorita del jardín. De los pocos recuerdos que tenía de su niñez en casa de sus abuelos, conservaba uno en concreto. Una tarde de verano, sentada en el balancín del jardín donde compartía sueños con su tío Peter. Él le preguntaba si ya sabía lo que iba a ser de mayor y ella decía que sí: salvadora de gente triste. Nació una sonrisa de sus labios al rememorarlo. En parte, lo había conseguido. Dedicaba muchas horas a los demás, pero de ello había aprendido algo: eran personas con más obstáculos que el resto, pero no eran tristes. Le habían demostrado que hay sonrisas que endulzan hasta los momentos amargos. Trabajaba, voluntariamente, tres días a la semana en un comedor social. De hecho, había días que se saltaba clases para poder ir a ayudar. Le encantaba la sensación de llenar un plato caliente, en una mañana fría, a un ser necesitado de compasión.

Pandora se balanceaba suavemente y cerraba los ojos como, si al hacerlo, fuera a absorber más rayos de sol. Se agradecía un poquito de calor en aquella jornada helada. Barajaba las posibilidades que le habían llevado a volver a casa de su abuelo, pero no se le ocurría nada.

—¿Es usted familiar del señor Hume? —preguntó una voz tras ella que le hizo dar un brinco y levantarse rápidamente del balancín—. Perdone, señorita. No quería asustarla. Soy Malik, el encargado de mantenimiento.

El joven le estrechó la mano y ella le devolvió el gesto.

—Pandora. Encantada —contestó sonriente—. Soy nieta de Jefferson.

—No sabía que el señor tenía familia, llevo un año trabajando aquí y no había visto a nadie. —Hizo una pausa y prosiguió en tono burlón —. Pues entonces ya era hora de que visitara a su abuelo, chiquilla.

A Pandora le cambió el semblante. ¡Qué se habría creído aquel arrogante! Él no tenía ni idea de los motivos de dicha ausencia; aunque, sinceramente, ella tampoco. Pero no importaba, nada le daba derecho a meterse en asuntos que no eran de su incumbencia.

—Deberías preguntarles a tus padres por qué te han enseñado a hablar de usted y, sin embargo, no te han educado lo suficiente como para no meter las narices donde no te llaman.

—Perdone, no pretendía ofenderla.

—Tutéame —ordenó Pandora.

—Como quieras. Espero verte más a menudo por aquí, Pandora. Por cierto, bonito nombre —le guiñó un ojo y se dio media vuelta, con el maletín de herramientas en la mano derecha y acomodándose el pelo con la izquierda.

—Espera. Tú no me has contado nada de ti.

—¿Y tú sí?

—No, pero...

—Si quieres saber algo más, tendrás que visitarnos más a menudo. Puede ser que, si te lo propones, puedas ganar el premio a la nieta del año.

—Gilipollas —susurró Pandora.

Malik se alejaba sonriente, siempre le había gustado ese tira y afloja entre dos desconocidos que desean conocerse. Por su parte, Pandora seguía con el ceño fruncido y se dejó caer de nuevo en el balancín. Estuvo un buen rato asimilando el accidentado encuentro con el chico de mantenimiento y, de forma inexorable, sintió un pozo de culpabilidad en su interior. A aquel insolente, en el fondo, no se le podía quitar la razón: ¿por qué una familia abandona a alguien sin más? Se negaba a creer que le habían dado la espalda a causa de su complicada enfermedad, dejándole en las manos de nadie cuando más necesitaba las de sus seres queridos.

Se oyó en la lejanía la voz de Oxana, que hacía aspavientos con los brazos como señal de que Pandora ya podía entrar en el caserío. Ella lo agradeció, pues las nubes habían envuelto al sol y se estaba quedando congelada. Se adentró en la casa, subió las escaleras de caracol a toda prisa y llamó a la puerta de la habitación de su abuelo.

—Adelante —aprobó una voz femenina.

Jefferson se encontraba sentado en una silla junto a la ventana, que daba justo a la zona del jardín donde había estado divagando su nieta. Tenía la mirada perdida. Así era su enfermedad. Se apoderaba de la persona y la dejaba como recién llegada a un mundo que parecía no pertenecerle, a una vida llena de olvidos, a una existencia que había

pasado de ser propia a ser de nadie. A su lado, una mujer de unos cuarenta y tantos, enfundada en una falda negra y una chaqueta de cuero del mismo color, observaba sonriente a Pandora.

—Soy Cristina, la abogada de tu abuelo. Fui yo la que le animó a que te llamara.

La nieta de Hume parecía no haber prestado demasiada atención a la mujer y se acercó directamente a su abuelo. Se puso de cuclillas frente a él y le acarició la mano. Él ni siquiera la miraba, seguía absorto en sus pensamientos, preguntándose quizás quién era él y por qué estaba allí.

—Hola abuelo, ¿cómo estás? —le temblaba la voz y apenas pudo decir nada más.

Hubo un silencio que dolía, una indiferencia que mataba, pero al fin Jefferson reaccionó.

—¿Anette? ¡Cuánto tiempo sin encontrarnos! —El abuelo ya miraba a Pandora con los ojos inundados de lágrimas y le sostenía la mano con la poca fuerza que quedaba en su cuerpo octogenario.

—Jefferson, es su nieta Pandora. ¿La recuerda? —preguntó con dulzura Cristina.

La realidad es que el Alzheimer es una de esas dolencias que ponen a prueba a las personas que rodean al enfermo: o bien sacan a pasear su ternura, o su poca paciencia. Conviene siempre que sea lo primero.

Jefferson miró con cierto desasosiego a su abogada y muy irritado afirmó que aquella joven era Anette, que no sabía de la existencia de ninguna Pandora y que cómo iba a tener nietos a sus treinta y cinco años.

Ambas se miraron con un velo de tristeza y solo con la mirada acordaron retirarse para hablar con tranquilidad y, así, poder dejar descansando al desorientado Jefferson. Pandora besó la frente helada de su abuelo.

—Anette, ¿vendrás a verme al concierto de esta noche?

—Sí, por supuesto. Cuenta conmigo —le siguió el juego para no inquietarlo más de la cuenta.

Ambas mujeres se quedaron en una esquina de la habitación donde reposaba un viejo escritorio con dos sillas. En aquella mesa roída por el paso de los años, Jefferson había escrito cientos de canciones. Todas ellas después de su retirada del mundo de la música. Canciones que ya nadie escucharía, melodías que ni siquiera él recordaba.

Cristina se ausentó un momento para atender una llamada de teléfono, pero le pidió a Pandora que no se marchara porque quería tratar varios temas con ella. La joven asintió y se quedó inmóvil, sentada en una silla con la única panorámica de un anciano sumido en su olvido eterno. Una lágrima transitaba la mejilla de Pandora, que no podía evitar sentir aflicción por un hombre que, en sus pocos

encuentros, le había demostrado un amor incondicional y, sin embargo, para ella era un extraño. Paradójicamente, aquel hombre por el que millones de personas habrían pagado por disfrutar de su presencia un mísero minuto de sus vidas, hoy estaba ausente y apartado de su propia familia.

Sin saber cómo ni por qué, Pandora abrió el cajón del escritorio. Fue un impulso incontrolable, como si su mano hubiera decidido hacerlo con independencia del cerebro. Quiso cerrarlo rápidamente, quizá de ese modo subsanaría aquel error de husmear las cosas ajenas, acto que ella nunca había realizado y que había reprochado hacía unos minutos al chico de mantenimiento. Pero algo llamó su atención, se trataba de una hoja que presentaba algunos acordes de guitarra y un título claro: Anette. Nunca había escuchado ese nombre y era la segunda vez que se topaba con él en un solo día. Pandora cogió rápidamente la hoja, la dobló hasta hacer un papel minúsculo y se lo guardó en el bolsillo. Su corazón parecía trastabillar a cada latido, descompasado y acelerado por la adrenalina. «¡Qué coño estás haciendo!» se dijo a sí misma.

De repente, escuchó los pasos de Cristina que se acercaban a la puerta, así que Pandora cerró el cajón y trató de disimular el temblor de sus manos, guardándoselas en los bolsillos de su chaqueta.

—Perdona, ya estoy aquí —dijo susurrando la abogada, que se acomodaba en la otra silla—. Seré breve. Verás, tu abuelo cada vez tiene menos momentos de lucidez, pero algunas veces los tiene. En uno de ellos, hace dos semanas más o menos, me llamó con la firme convicción de querer cambiar su testamento. Le pregunté el motivo y no hubo respuesta, simplemente me afirmó que quería una única heredera: tú.

Pandora abrió los ojos como platos, ni siquiera se había planteado la enorme fortuna que poseía su abuelo.

—... ¿Yo?... ¿A qué santo? —aquellas fueron las únicas palabras que pudo articular.

—No lo sé. Algún motivo de peso debe de tener. Me preguntó si podía desplazarme hasta aquí en aquel momento y le dije que sí. Antes de colgar me contó que debías buscar unas cartas, que era de vital importancia que las encontraras tú. —Cristina lo explicaba con sumo cuidado y de forma susurrante. Se detuvo al escuchar unos pasos y, cuando se alejaron, prosiguió—. Las cartas deben estar en algún lugar de la casa. Búscalas.

—Pero, ¡¿qué hay en esas cartas?! —preguntó Pandora con un tono mucho más alto del que estaba empleando Cristina.

—Shhh... No lo sé. Cuando llegué aquí, tu abuelo ya había vuelto a su usual estado. Ni siquiera sabía quién era yo, así que poco pude sacar en claro.

—Todo esto me parece una locura. Quizás todo sea fruto de su

enfermedad y no exista ninguna carta. Hace dos minutos me estaba llamando Anette... —apostilló la joven, que no daba crédito a la situación.

—Te puedo asegurar que en el momento que me llamó estaba en plenas facultades. Se dirigió a mí utilizando mi nombre y apellido, también habló de ti siendo consciente de cómo te llamas y qué parentesco compartís. No sé, podrá parecerte una locura, pero yo intentaría encontrar esas cartas. Solo de esa forma sabrás por qué motivo tu abuelo quería dejarte más de 75 millones de euros.

Pandora se quedó inmóvil, casi ni respiraba. Su mente intentaba asimilar a toda velocidad aquello. De repente, empezó a respirar de forma ardua, costosa, le faltaba el aire y sentía que iba a desplomarse de la silla. Cristina consiguió tranquilizarla en cierto modo y la invitó a marcharse a casa. «Piensa en todo y, si necesitas mi ayuda, llámame». Esas fueron las últimas palabras que le dirigió, mientras le ofrecía su tarjeta personal en la que se encontraba anotado el número de teléfono del bufete.

Pandora conducía con la mirada perdida. De hecho, tuvo dos sustos en los que casi se estrella contra el coche de delante. Aquel día estaba siendo, cuando menos, anecdótico. Primero había tenido un pequeño rifirrafe con el chico de mantenimiento; a continuación, su abuelo no solo no la había reconocido, sino que la había llamado Anette para, minutos después, encontrar una hoja titulada con el mismo nombre, y, finalmente, la abogada le había hecho una mención de la fortuna de su abuelo, fortuna que quería dejarle a ella en su totalidad y que, se suponía, la razón estaba explicada en algunas cartas perdidas por el caserío. Pandora comenzó a sentir un dolor punzante en el pecho. Lo relacionó con ansiedad y decidió olvidar lo sucedido, al menos, hasta llegar a casa. Subió el volumen de la música y comenzó a cantar una canción de Maroon 5 a todo pulmón.

CAPÍTULO 9

21 de julio de 2016

6 días después de la desaparición

El calor ya era aplastante a las nueve de la mañana y Héctor dudaba qué bermudas serían las más adecuadas para combatir aquella asfixiante mañana de julio. Sentado a los pies de su cama y con la mirada perdida en el armario, tomaba la primera decisión del día, aunque seguramente la más insignificante. El teléfono sonó, pero, para su sorpresa, no era ninguno de sus agentes.

—... ¿Diga?

—Buenos días, inspector. —Una voz femenina y frágil susurraba al otro lado del móvil—. No me conoce, mi nombre es Cristina Farias y soy la abogada de Jefferson Hume.

Héctor comenzó a dar pasos por toda la casa y se interesó de inmediato por aquella voz. Cristina estuvo un buen rato contándole todo: la fugaz llamada de Jefferson y su intención de cambiar el testamento, las cartas que debía encontrar Pandora, la conversación que mantuvo con la joven el día que la citaron en el caserío. Cristina recitaba la historia sin olvidar un solo detalle del relato y Héctor tenía la certeza de que en esa llamada estaba la clave del caso.

—¿Por qué motivo no nos comunicó esto antes? Podría ser de vital importancia para la investigación —objetó el inspector tras la última anotación de Cristina.

—No sabía si hacía bien contándolo, tengo la intuición de que hay algo gordo detrás y tengo mucho miedo de que esto tenga repercusiones. Ya sabe... —se justificaba la abogada con la voz cada vez más rota—. He contactado con usted personalmente porque no quiero que nadie más lo sepa. Entiende mi temor, ¿verdad?

Ambos acordaron verse al día siguiente, en una cafetería alejada del centro de Madrid, para poder hablar largo y tendido de aquel suceso crucial que marcaría un nuevo rumbo en la investigación. Eran muchos los interrogantes que aleteaban con fuerza sobre la cabeza de Héctor, pero sentía que cada vez estaba más cerca de Pandora Bravo.

Antes de salir de casa, abrió su portátil y tecleó en el buscador «Cristina Farias». En la primera página le saltó a los ojos la web de un reputado bufete de abogados, dirigido por la misma mujer que le había llamado. Era valorado como uno de los mejores del país y no era de extrañar, sabiendo que el prestigiado apellido Hume confiaba

plenamente en aquella mujer que aparentaba muchos menos años de los que en realidad tenía.

Condujo un buen rato hasta el caserío donde se encontraban alojados los familiares del recién fallecido roquero y de la joven desaparecida. Había visto fotografías del lugar, pero en persona era mucho más majestuoso e impresionante.

El comisario Castillo le esperaba con una media sonrisa, las manos dentro de los bolsillos y los hombros ligeramente caídos hacia delante. Un gesto que revelaba la dureza del momento que se estaba viviendo en el seno de la familia Hume. Carlos Castillo era un hombre fuerte, así lo había demostrado a lo largo de los años, pero desde la desaparición de su sobrina parecía la persona más endeble del mundo. Inspector y comisario se saludaron con un escueto abrazo. Aunque se apreciaban enormemente, ninguno de los dos era dado a mostrar sus emociones.

Al cruzar el umbral de la puerta, un llanto desconsolado martilleó el pecho de Héctor. El sollozo provenía del salón donde se hallaba Renée. Estaba sentada en un sillón, con las manos en la cara y con su cabeza reposada sobre las piernas de su marido Luís, que se encontraba sobre el brazo de la butaca y acariciaba con suavidad el cabello castaño de su mujer.

Luís dirigió su mirada hacia Carlos, al que le dedicó una señal levantado las cejas y moviendo su cabeza en dirección al televisor. El comisario entendió enseguida que el llanto lo había provocado el informativo sobre la desaparición. Apagó la tele con rabia y maldijo, en voz alta, a la prensa carroñera que se había aprovechado de la morbosa situación para hacer un especial titulado: 6 días sin Pandora.

—El inspector Izquierdo ha venido a visitarnos —informó con tono consolador.

Renée se incorporó, buscando en los ojos de Héctor la respuesta que llevaba esperando durante casi una semana.

—Solo venía para ver cómo se encuentran...

—No tiene nada, ¿verdad? —nterrumpió furiosa Renée mientras secaba las lágrimas de su rostro—. Seis días y todavía no tienen nada... Ni una mísera pista sobre el paradero de mi hija. Si yo fuera usted, estaría día y noche buscando, sin dormir, sin comer... ¡Lo que hiciera falta! Y usted aún tiene la cara de venir a ver cómo me encuentro... Pues destrozada. ¡Así estoy! Ahora póngase a buscar de una puta vez a mi hija.

Héctor no fue capaz de decir nada. La entendía tanto... Casi las mismas palabras utilizó él doce años antes. Con esa misma furia miraba al comisario Castillo cada vez que le decía que no tenía nada sobre el caso de Marta. Con esos mismos ojos derrotados miraba al mundo buscando culpables. Con esa misma tristeza se consumían sus

días.

Renée salió del salón y su marido Luís solo fue capaz de pronunciar un «lo siento» que Héctor aceptó de inmediato.

El inspector Izquierdo ojeó detenidamente el salón. Las paredes eran de estuco blanco y unos grandes ventanales permitían que la luz penetrara con fuerza en su interior. A pesar de la fortuna que ostentaba la familia Hume, el salón era más bien sencillo, contrariamente a la decoración recargada de la que suelen hacer gala las familias adineradas. Los muebles eran rústicos y envolvían el ambiente con una calidez que hacía mucha falta en el seno de aquel hogar. El sofá y los sillones eran azul celeste, algunos cuadros de pared del mismo color combinaban a la perfección. Sobre los muebles había distintas tinajas de terracota, cada una de una tonalidad distinta. Era una decoración minimalista, pero bien cuidada.

—Me gusta la decoración. Tiene un estilo...

—Griego —se adelantó el comisario—. A mi suegra le fascinaba todo lo que tuviera que ver con la cultura griega. De ahí los nombres de todos sus nietos: Pandora, Melba y Dorian. Le concedimos ese deseo, ya que había intentado ponerles a sus hijos esos nombres, pero el viejo Jefferson no imaginaba a sus descendientes con nombres que no fueran ingleses.

—¿Viajaron alguna vez a Grecia? —preguntó Héctor.

—No, quizás ese fue el único sueño que le quedó pendiente a mi suegra. Imagino lo feliz que habría sido recorriendo las calles de un país al que, inexplicablemente, tanto amor tenía. —El comisario Castillo se enfundó su gabardina y cambió radicalmente de tema—. Supongo que querrás echarle un vistazo a la habitación de Pandora. Te acompaño y me voy a la comisaría, que tengo que aclarar unos asuntos, ya sabes lo incompetentes que pueden llegar a ser cuando se lo proponen. En fin, puedes quedarte el tiempo que necesites, confío en tu incansable afán de nunca dejar de creer. Observa cada detalle y, por Dios, resuelve este caso.

En la habitación de Pandora tan solo encontró una maleta con ropa en el suelo, un libro de poesía sobre el escritorio y una foto con Malik dentro de un cajón. El resto de pertenencias, las que interesaban al inspector, ya estaban en manos de la fase de instrucción. Se habían rastreado las últimas llamadas de Pandora e inspeccionado minuciosamente el ordenador de la joven. Pero ningún vestigio dejaba esclarecer la tormentosa realidad que había llevado a que una chica de 21 años se ausentara de la tierra sin dejar rastro.

—Buenos días, inspector —anunció una voz que sobresaltó a Héctor.

Peter se apoyaba en el marco de la puerta mientras levantaba la mano afablemente a modo de saludo.

—No creo que encuentre nada aquí —prosiguió—, Pandora no pasaba mucho tiempo en su habitación. Solía estar en el jardín con Malik o en la biblioteca. Antes de que nos instaláramos, me contó que venía de vez en cuando a ver a mi padre. Él no la reconocía, pero le gustaba que le leyera libros. Cada día mi sobrina escogía uno diferente y mi padre la escuchaba con atención. Pandora tiene una voz preciosa, ojalá algún día pueda escucharla.

Héctor recordó el interrogatorio de Malik. El joven también le habló sobre esos momentos en los que Pandora le leía a su abuelo. ¿Sería algo relevante para la investigación? Quizás sí.

—¿Sería tan amable de acompañarme a la biblioteca? —preguntó Héctor con el semblante lo suficientemente serio como para que Peter solo tuviera la opción de responder que sí.

Bajaron de nuevo a la planta baja y recorrieron el pasillo hasta las entrañas de la casa. Peter deslizó las puertas correderas y Héctor no pudo evitar abrir la boca como si nunca hubiera visto nada igual. Realmente podría ser la biblioteca de un pueblo, porque miles de libros se apelotonaban en las estanterías. Divididos por géneros y ordenados cronológicamente, los lomos de los ejemplares brillaban como si fueran recién comprados.

Mientras Héctor se detenía en cada título de cada obra allí presente por si alguna le llamaba especialmente la atención, unos pasos se acercaron al lugar donde los dos hombres compartían silencio. Héctor miró hacia la puerta y vio a un niño de puntillas que le miraba con unos grandes ojos de color verde esmeralda.

—Es mi hijo Dorian —se adelantó Peter.

Héctor se acercó y se arrodilló para estar a la altura de los ojos del pequeño. Él, sin embargo, esquivaba su mirada.

—No se esfuerce demasiado. Mi hijo padece un trastorno del espectro autista y no se comunica de forma verbal. No queremos agobiarle, ayer dijo su primera palabra en siete años.

Héctor, buen entendedor, se levantó para dar espacio al pequeño.

—¿Mamá? ¿Fue esa su primera palabra?

—No. Curiosamente le dio por decir...Rusia.

Ambos hombres se echaron a reír, sin saber muy bien por qué. Dorian los miraba con la superioridad de aquel que sabe más de lo que el resto cree que sabe.

El teléfono de Peter comenzó a sonar y salió de la estancia para entablar una conversación aparentemente privada. En ese momento, Dorian, que seguía erguido con la mirada ausente, se sacó del bolsillo de la sudadera un papel minúsculo que había sido doblado con esmero. Estiró la mano a la espera de que el inspector cogiera el papel. Sin embargo, Héctor estuvo unos segundos sin reaccionar, por lo que Dorian tiró el papel a los pies del inspector y se marchó

corriendo de puntillas, con su usual aleteo de brazos. En aquella biblioteca todavía se respiraba la increíble aura de un niño que, en lugar de brazos, tenía alas. Algún día echaría a volar.

CAPÍTULO 10

7 de abril de 2016

3 meses y 8 días antes de la desaparición

AL LLEGAR A casa, Pandora entró directamente en su habitación y cerró la puerta. Sus padres estaban trabajando, pero aun así prefería ser cautelosa. Buscó el papel que se había guardado en el bolsillo derecho de su pantalón vaquero. Los dedos parecían más torpes de lo habitual y querían actuar con tal rapidez que ni siquiera atinaba a desplegarlo. Al final lo consiguió y ahí estaba el nombre de Anette. Era el título de una canción. Arriba del todo, en el lado izquierdo, una fecha: 23 de junio de 2003. La letra acompañaba a un conjunto de acordes de guitarra, Pandora reconoció un la menor, pero nada más. Había intentado aprender a tocarla en alguna ocasión, pero se le daba francamente mal. Sus ojos se proyectaron frente a cada palabra y la letra decía así:

«Recuerdo aquel verano,
sobrevolaba el 53,
mi pequeña y preciosa Venecia.
Esa fuiste tú.
Nadie lo entiende,
nadie se compara a ti.
No he logrado olvidarte,
mi frágil sonrisa de jazmín.
Ni el dinero, ni mi fama,
ni siquiera una mujer,
aunque ella duerma en mi cama,
no logra hacerme olvidar tus ojos de miel.
Espero que me hayas perdonado,
seguro había una vida mejor sin mí.
Ojalá mi juventud no fuera tan estúpida
y hubiera contado primaveras junto a ti.
Nadie lo entiende,
nadie se compara a ti.
No he logrado olvidarte,
mi frágil sonrisa de jazmín.»

Pandora analizaba cada palabra, aunque no era muy difícil entender que el abuelo había estado toda su vida completamente enamorado de una tal Anette. Poniéndose en el mejor de los casos, podría estar

dedicada a su abuela Gloria y haberle cambiado el nombre por otro más melódico, pero era imposible. Los ojos de la abuela eran verdes, no se habían conocido en Venecia y tampoco en el 1953, sino un poco más adelante en nuestro país. Esa era de las pocas cosas que su madre le había contado sobre sus abuelos: cómo se conocieron.

Pandora creía mucho en el destino y, quizás, aquella misteriosa Anette pretendía decirle algo. Podría ser la llave que abriría el libro de su historia o lo que era peor: la caja de Pandora. Recordó la historia que siempre le contaba la abuela en las pocas ocasiones en las que coincidían: «haz honor a tu nombre y empápate de curiosidad. Abre la caja de Pandora si en ella crees que está tu verdad, aunque de ella salgan todos los males. Sabes que, cuando eso pase, en esa caja que representa tu vida, siempre quedará lo último que se pierde: la esperanza».

Se tumbó en su cama y se puso los cascos. Le saltó una de esas canciones románticas que tanto odiaba y, sin saber por qué, el chico de mantenimiento irrumpió en sus pensamientos. Pandora se sonrojó, cerró los ojos y, por primera vez, no saltaría esa canción.

***

23 de junio de 1953

—No me podéis negar que salgo buenísimo —se crecía Jack frente al resto de la banda mientras les enseñaba la portada de un prestigioso periódico londinense que les había traído su representante—. Escuchad esta frase: «el concierto duró un suspiro y las fans de los cuatro jóvenes enloquecían al ver a sus ídolos romper el escenario en una noche épica».

Nick se puso las manos en la cabeza, mientras que Jefferson y Eddy brindaban con un botellín frío de cerveza. Después de un año, todavía les parecía un sueño todo aquello que estaban viviendo. Jefferson, que siempre había tenido los pies en la tierra, también empezaba a elevarse hacía el ego que envuelve el estrellato.

Habían publicado un disco que había sido un éxito no solo en su país, sino en el resto del mundo. Los escuchaban desde cientos de puntos repartidos por el planeta y, en abril de aquel 1953, habían comenzado una gira que traspasaba continentes, desde la codiciada Nueva York hasta la acogedora Venecia, en la que en ese momento se encontraban. Sus caras se amontonaban en las paredes de las habitaciones de los veinteañeros de la época, sus voces e instrumentos sonaban en todas las fiestas, desde las más opulentas a las más *hippies*, y sus fotos forraban las carpetas de las pocas chicas universitarias que había en ese tiempo.

Estaban reunidos en el camerino, a tan solo una hora de comenzar su concierto, cuando Jack sacó de su bolsillo una bolsita de plástico

que contenía cocaína en su interior. La puso sobre el escritorio donde se acumulaban los botellines vacíos de cerveza y, con la púa de una guitarra, comenzó a darle la forma deseada.

—¿Alguno quiere acompañarme en este extraordinario viaje hacia el país de Nunca Jamás?

Todos rieron, excepto Jefferson, que presentía cómo su mejor amigo y compañero se destrozaba la vida. Nick se dispuso al lado de Jack, a la espera de su tan ansiado turno, pero el cantante esnifó toda la raya de principio a fin. Levantó la cabeza con una sonrisa pícara, a lo que Nick respondió con un puñetazo al brazo de su amigo.

—No te enfades, hermano. Tengo dos bolsitas más aquí—dijo Jack, refiriéndose a sus testículos, mientras los apretaba con su mano por encima del pantalón.

Nick volvió a dar una patada, esta vez a una silla, mientras que el resto inundaba el camerino de risas.

Minutos más tarde se dirigieron hacia el escenario, y en el *backstage* pronunciaron su grito de guerra a la vez que unían sus manos. El público los ovacionaba, allí estaban los tan idolatrados *Broken Hearts*. El concierto estuvo plagado de sudor, saltos, gritos y manos en alto que se balanceaban al son de la melodía. Los focos no les dejaban ver el final de aquella multitud de gente que parecía no terminarse nunca. Jack se acercaba a primera fila estirando su brazo, que era correspondido con miles de apretones y caricias enardecidas. En uno de aquellos acercamientos, en los que Jefferson seguía a Jack mostrando su habilidad con la guitarra, la vio. Allí estaba, dándolo todo, una joven de pelo rubio y unos ojos color miel. Saltaba y cantaba las canciones como si fuera el último día que la vida le permitiera tener voz. Sobre todo, sonreía. Para Jefferson tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás. Era mitad del concierto y, desde ese instante, guitarrista y admiradora no dejaron de lanzarse miradas.

El concierto llegó al clímax final acompañado de la canción más esperada de la noche: *Just a little more*. Era la única balada del disco, con una letra que había escrito Jefferson y que hablaba de la necesidad de seguir, solo un poco más, cuando todo se rompe en una relación. La muchacha de la primera fila cantaba con lágrimas en sus mejillas y pedía con la mirada a Jefferson que se quedara solo un poco más.

El público ovacionaba a la banda al finalizar cada frase y Jack desgarraba su voz de una forma única. Cuando el grupo se retiró del escenario, Jefferson fue directamente a su representante con un único deseo: «por favor, necesito que me traigas a la chica rubia de la primera fila».

—¿Tú estás loco? —contestó el señor Moore —. Habrá cinco mil

rubias ahí dentro y ¿pretendes que encuentre a una en concreto? Jack, no le habrás dado a este algún tipo de mierda de esa que tomas, ¿no?

—Por favor, nunca te he pedido nada —rogaba Jefferson —. Me he enamorado, Moore. Te lo juro. Está en primera fila, tiene los ojos color miel y va con una camiseta roja de manga corta... Por favor.

El representante salió al escenario bajo la atenta mirada de los que todavía no habían desalojado el recinto. Rápidamente reparó en una joven que lo miraba sorprendida. Sin dudarlo, saltó a la pista y abordó, con vergüenza en su rostro, a la muchacha.

Minutos después, la puerta del camerino se abría y una adolescente de diecinueve años cruzaba el umbral con las manos entrelazadas y mordiéndose el labio inferior. Jefferson se levantó de golpe y ella se presentó como Anette. La conversación continuó en el hotel donde se alojaba la banda y, aunque la noche parecía terminar, ambos chicos ni siquiera habían dormido. Fue una suerte que Anette supiera hablar algo de inglés. Llevaban más de seis horas charlando sobre sus vidas y todavía les parecía poco tiempo. Entre ellos había surgido una química especial e incluso Jefferson se atrevió a besarla. Había besado a muchas mujeres desde que empezó con los *Broken Hearts*, pero ningunos labios le habían acariciado el corazón como aquellos. Para Anette, por su lado, era el primer chico al que besaba y deseaba con todas sus fuerzas que fuera el último. Después del amanecer, desayunaron juntos y prometieron no separarse nunca más.

—¿Dónde habías estado metida todo este tiempo?

—Pues justo aquí. Esperando a alguien como tú, Jefferson.

—Pero yo nunca me había enamorado, Anette. Hasta hoy.

—Yo tampoco.

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—Improvisemos, Jefferson. La vida es la que elige por nosotros y hoy nos debe haber elegido.

—¿No te parece irónico que pertenezca a una banda que se llama corazones rotos y que, gracias a ella, haya encontrado a quien pueda arreglar el mío?

Se hizo un silencio que desencadenó un beso tras otro. Del beso nació la caricia, de la caricia el susurro y del susurro la fusión de dos seres humanos que soñaban con no volver a separarse.

Anette temía la reacción de sus padres al verla aparecer a la mañana siguiente, con una excusa entre los dientes y una decisión: dejar sus estudios para acompañar a Jefferson Hume, de los *Broken Hearts*, en su gira por Europa. Los padres de la joven eran uno de los matrimonios más adinerados de la Italia de los años 50, pues, tras la Segunda Guerra Mundial, aquel país que había sido derrotado resurgió de sus propias cenizas y gozaba de la época de esplendor económico más conocida como la *Dolce Vita.* Italia se encontraba en un momento

perfecto para que los jóvenes ricos se labraran un buen futuro. Obviamente, los padres de Anette rechazaron la idea que a su hija se le había metido en la cabeza. Habían soñado con tener una hija maestra que algún día llegara a ser un referente de la pedagogía como, en ese mismo siglo, lo había sido María Montessori. Además, era muy complicado que una mujer en aquellos tiempos tuviera la posibilidad de obtener un título académico, y les parecía de una irresponsabilidad enorme dejarlo todo por un chico al que conocía de una sola noche. Ella hizo las maletas con un perdón en sus ojos y se justificó jurando que se había enamorado, a lo que sus padres respondieron con un aviso de que, si salía por aquella puerta, no esperara volver a entrar jamás.

Anette quería a sus padres, pero más había aprendido a quererse a sí misma. Había crecido siendo la típica niña de papá, privada de todo y sin la opción de escoger qué era lo que realmente deseaba en la vida.

Durante un año se convirtió en la sombra del guitarrista y le acompañaba en cada concierto, en cada paso que daba, sin importar nada más que ellos dos. Se amaban con una pasión desmedida y uno habría dado la vida por el otro sin dudarlo. Jefferson agradecía cada segundo que pasaba con Anette, decía que despertar un día más a su lado era como volver a nacer con la oportunidad de vivir cien años. Ella, a cambio, frenaba los impulsos del joven cuando este se frustraba con el trabajo, le ponía los pies en la tierra cuando la fama hacía de las suyas y le deslumbraba con su bondad y empatía infinita hacia los demás. Aprendía tanto de la mujer que había decidido compartir camino con él, que se sentía inseguro por si no sabía devolverle todo lo que ella le daba.

Pero una mañana de septiembre de 1954 todo cambió para siempre. Tras una trepidante gira por América y Europa, un año después la banda había sacado al mercado su segundo álbum. Aquel trabajo había absorbido gran parte del tiempo de Jefferson, que pasaba sus días encerrado en un estudio de grabación en pleno centro de Londres. Una vez las canciones comenzaron a cobrar vida en los corazones de sus fans, una nueva gira alrededor del mundo se fraguaba en las manos de los cuatro jóvenes. Su representante acordó cientos de lugares en los que los cuatro chicos romperían el cielo al son del más puro *rock*. Aquella idea no fue del agrado de Anette, que había pasado muchos meses encerrada en el lujoso apartamento de una ciudad que no era la suya. Apenas veía a Jefferson, pues llegaba a altas horas de la madrugada y salía de casa muy pronto por la mañana. Él le había prometido que, cuando el disco estuviera terminado, le dedicaría todo el tiempo que habían perdido, pero multiplicado por mil.

La forma de ser de Anette, casera y conformada con las pequeñas

cosas de la vida, pedía a gritos una estabilidad que, por el momento, no había podido ofrecerle Jefferson. Tenían dinero, tenían la posibilidad de recorrer el mundo entero, pero ni siquiera habían podido salir a cenar solos ni una sola vez desde que se conocían. Anette sollozaba y ensombrecía una soleada mañana de septiembre que tanto habían deseado los londinenses. Cuando Jefferson llegó a casa, el mundo se le cayó encima al intentar, en vano, consolar a la mujer de su vida.

—No puedo más —fue lo único capaz de articular Anette.

Jefferson, que siempre se había caracterizado por ser un buen entendedor, comprendió al instante qué era lo que atormentaba a su chica.

—Te llevaré de vuelta a Venecia.

El silencio hizo eco en el salón por unos segundos, pero, de nuevo, el llanto de Anette retumbó en las paredes.

—Yo no puedo dejar esta vida —prosiguió Jefferson—. He nacido para contar historias a los demás a través de la música. ¿Qué sería de la vida sin ella? Créeme que no me siento bendecido con este don que tengo en los dedos, al contrario, me odio ahora mismo por no poder escaparme contigo lejos. Pero ellos me necesitan. Esa gente que se despierta sin ganas de vivir, enciende su vinilo y, de repente, todo cobra sentido. No voy a morirme orgulloso de haber sido uno de los guitarristas y compositores más importantes de la historia. Pero me voy a sentir infinitamente agradecido con la vida por la oportunidad que me ha dado de poder amar a una persona como yo te he amado a ti. Ojalá tú puedas enamorarte de nuevo, Anette. Ojalá me olvides, aunque yo nunca pueda hacerlo contigo.

Al día siguiente, el señor Moore emprendió un viaje para acompañar a Anette a su país, a su ciudad. Lo que nunca sabría Jefferson es que, tal y como un año antes había rezado el padre de la chica, las puertas de su casa no se volvieron a abrir para ella jamás.

CAPÍTULO 11

21 de julio de 2016

6 días después de la desaparición

Héctor volvió a su casa con la sensación de no saber si la visita a la finca le había servido para algo. Durante la tarde y parte de la noche había estado en la comisaría, esperando buenas nuevas de los trabajos de búsqueda que se habían realizado durante la jornada, pro ningún milagro estaba dispuesto a suceder por sí solo.

Se dejó caer sobre el sofá y pensó en cada detalle, cada conversación, pero nada le había llamado especialmente la atención. Recordó al pequeño Dorian y sacó de su bolsillo el papel. Al desplegarlo se encontró con el dibujo de una caja y, sobre ella, una seguidilla de puntos, al parecer, trazados intencionadamente sobre la hoja.

Le sorprendió ver la perspectiva con la que se había dibujado la caja. Era un dibujo simple, pero no tan sencillo como para corresponder a un niño de siete años. Héctor inspeccionaba el papel, primero del derecho, luego del revés. Quizás estaba intentando encontrar señales donde no las había. Quién sabía lo que aquello significaría dentro del mundo de un niño con autismo. El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos, y el inspector se preguntó quién podría ser a aquellas horas de la noche.

Tras la puerta estaba Julia, la psicoanalista que estudió el interrogatorio de Malik. Llevaba su rizada melena recogida en un moño, sonreía y sostenía en su mano izquierda una botella de vino.

Con cierta incertidumbre, Héctor la invitó a pasar.

—Bonito apartamento, inspector —anotó la mujer que examinaba con la mirada cada recodo de la habitación, hasta que dio con el rincón más especial de Héctor—. Vaya, veo que no deja de investigar el caso de Pandora Hume ni siquiera en sus horas libres. Es usted un gran inspector.

—No quiero parecerle grosero, Julia —contestó Héctor, obviando el apunte—, pero no entiendo qué hace en mi casa a las doce de la noche.

—Verá, creo que no empezamos con buen pie y a mí, personalmente, me encanta llevarme bien con todo el mundo, en especial con mis compañeros de trabajo. —Sin permiso, buscó dos copas y continuó hablando mientras las llenaba—. Le he preguntado a

uno de sus agentes dónde vivía. Espero que no se lo tenga en cuenta. Solo pretendo ser amable, llevarnos bien y poder trabajar juntos en este caso. Codo con codo, inspector.

Le ofreció una de las dos copas a Héctor, que seguía sorprendido por la forma descarada con la que se dirigía y actuaba la treintañera, pero siendo sinceros, le encontraba un cierto punto picante. Aceptó la copa y ambos se sentaron en el sofá.

—Está bien —rompió el silencio Héctor—. Pues, ¿qué le parece si empezamos por tutearnos?

En un par de horas, la botella descansaba vacía en el suelo. Habían compartido impresiones acerca del caso, aunque tenían poco que comentar porque parecía que a Pandora se la había tragado la tierra. Siempre hay algo a lo que agarrarse, cualquier mísera pista, pero aquel caso estaba exento de pruebas. Después, hablaron sobre sus vidas. Ambos habían tenido una infancia difícil y, sin saber cómo, Héctor había encontrado a alguien que le escuchaba y comprendía. Julia era muy atractiva, pero ahora se lo parecía infinitamente más. Los temas de conversación se iban acumulando y, como todo, terminándose. Pasaron a comunicarse con otro lenguaje, el de las miradas y las caricias. Acabaron hablándose a besos y concluyeron su encuentro en la cama de Héctor. Se durmieron abrazados, pero, al despertar, Julia ya se había marchado. Sobre la almohada dejó una notita: «Me ha encantado darle la vuelta a algo que comenzó torcido. No creas que he huido, pero el trabajo no espera».

Héctor se enfadó consigo mismo por la estúpida sonrisa que se le había dibujado en la cara al leerlo.

Eran las doce del mediodía y tenía once mensajes desde la comisaría. Los escuchó todos, ninguno era lo que esperaba. Recordó que había quedado a las cinco de la tarde con Cristina Farias, la abogada de Jefferson Hume. Tenía que comer algo y darse una ducha, pero antes decidió poner una lavadora. Justo al cerrar la puerta recordó que en el bolsillo del pantalón estaba el papel del pequeño Dorian. Hizo tanta fuerza por intentar abrir de nuevo la lavadora, que se quedó con la puerta en la mano y un chorro de agua emergió desde dentro para deslizarse por el suelo.

—¡Mierda! La que he liado por un dibujo de un niño... Seré gilipollas...

Pero, afortunadamente, el papel estaba intacto. Volvió a observarlo detalladamente mientras se preparaba una taza de café. La resaca no le dejaba pensar con claridad, pero sentía que el niño no se había acercado a él de forma casual. Pasó su dedo índice por los puntos y notó que estaban hechos con un lápiz mucho más grueso que el utilizado para los trazos de la caja. Además, se intuía que se había hecho una fuerza considerable para realizarlos. Héctor intentó

concentrarse y en su cabeza apareció un interrogante: ¿y si aquello era braille?

Se dirigió corriendo hacia su ordenador portátil y buscó en Google un abecedario de braille. Fue letra por letra y, entonces, corroboró su sospecha: los puntos junto a aquella caja no eran una casualidad, sino una causalidad. Al juntar cada letra, Héctor pudo leer en voz alta: «busca la caja».

Los restos de vino que todavía bailaban por su estómago le obligaron a cerrar los ojos durante unos minutos. Estaba mareado y confuso. Su entendimiento no le llegaba para abordar algunas cuestiones. Si un niño no sabe comunicarse, ni tampoco leer y escribir, ¿cómo es posible que sepa braille? Quizás el niño fuera un simple intermediario de aquel mensaje. Héctor se repuso del vahído y se dirigió al rincón donde tenía todas las fotos y archivos del caso. Colgó el dibujo y escribió en la pizarra: «Dorian».

Era muy probable que el niño no supiera nada, pero quien lo estaba utilizando de cebo podría saber más de la cuenta. Pensó en la caja y supo de inmediato que el único lugar para encontrarla debía de ser la casa de los Hume. Tal vez el niño le ofrecería una nueva pista. Héctor dio un puñetazo en la mesa; ¿quién podría ser tan frívolo como para utilizar a Dorian en una situación como esta? ¿Por qué ese alguien pretendía jugar con él a los detectives? Lo único que tenía claro era que no le contaría a nadie esa parte del caso. Algunos de sus agentes lo tomarían por loco, los otros se reirían al pensar que estaba siendo confundido por un niño autista.

De nuevo, ese leve ardor de estómago y los punzantes recordatorios del vino en su cabeza. Tenía un estallido en la sien, un torbellino en el pecho, un huracán en su vientre. Encendió la televisión para no alimentar más su malestar y una realidad congelada le hizo olvidar una noche inolvidable, le rompió sus esquemas de juego una vez más. En el tablero, de nuevo, alguien le hacía jaque y le ponía en la cuerda floja para volverse a plantear todas las preguntas.

«Un nuevo caso de violencia machista en Madrid. Asciende a 32 el número de mujeres asesinadas durante este año negro. La mujer de cuarenta y seis años, asesinada a manos de su marido, regentaba un prestigioso bufete de abogados. Cristina Farias ha sido encontrada estrangulada esta mañana, tras precipitarse el presunto asesino desde un séptimo piso. Los agentes de la Guardia Civil se dirigían al domicilio conyugal al recibir la llamada de una vecina que alertaba de una pelea. Al llegar uno de los dispositivos, el cuerpo del hombre yacía sin vida sobre el asfalto. Cuando entraron al domicilio, encontraron el cuerpo de la mujer que presentaba marcas de estrangulamiento y una puñalada en el tórax».

Héctor no pudo resistirlo más y, necesitando arrojar toda su rabia,

vomitó sobre el suelo del salón.

CAPÍTULO 12

2 de mayo de 1955

Habían pasado ocho meses desde la despedida de Anette, pero Jefferson no había dejado de pensar en ella. Todavía sonreía al recordar sus tazas de café a medio terminar, la pasta de dientes estrujada para aprovechar hasta la última gota o su particular ceño fruncido cuando se concentraba en cualquier cosa.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando Jack salió del baño vociferando.

—¡El mejor hotel del país! ¡Já! Pues si este no tiene agua caliente, no quiero imaginar cómo serán los otros. Creo que se me ha encogido y todo...

—¿Qué esperabas? Esto es España —contestó el guitarrista.

Los cuatro roqueros habían viajado hasta el país para dar un concierto en la plaza de toros de Las Ventas, en Madrid. Era una época difícil, conocida por los años del hambre. Gran parte de la población estaba sumida en la necesidad y el analfabetismo, y no serían ellos los que disfrutarían del espectáculo que iba a acontecer ese mismo día a la caída del sol. Tampoco los aliados franquistas asistirían al concierto, pues los *niños de Londres,* como coloquialmente se referían a los *Broken Hearts*, eran para nuestro país un símbolo de liberación y progresismo repelido por el régimen franquista. Sus canciones reivindicativas y de protesta eran alabadas por los sectores más liberales, pero vistas con recelo desde los ojos del conservadurismo. Había quien los llamaba desviados, degenerados e, incluso, maricones. Todo ello debido a su estilismo de pantalón pitillo de cuero, bien pegado a la piel. Habría sido fácil censurar aquel concierto, pero era una manera de esconder al resto de países europeos el atraso cultural que azotaba a España.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y las risas de dos mujeres obligaron a Jack a lanzarse sobre la cama y tapar su cuerpo desnudo con la sábana. Se trataba de dos limpiadoras del hotel que se sobresaltaron al ver a los dos muchachos tumbados en la cama.

—Nena, que son maricones... —susurró la más mayor de las dos.

La chica joven no pudo evitar soltar una carcajada, mientras intentaba disculparse con los dos clientes que las observaban con los ojos como platos. Las dos salieron de la habitación sonrojadas y Jefferson corrió tras ellas con un enfado tremendo.

—¿Esto es habitual en este país? De toda la vida uno debe llamar a

la puerta antes de entrar —soltó Jefferson, con un español chapurreado y un marcado acento inglés.

A la más joven de las dos limpiadoras se le cambió la expresión del rostro y frunció el ceño con rabia. Tenía una belleza sencilla, pero de esas que atraen a cualquiera. Levantó la verde mirada y apretó sus labios carnosos antes de dirigirse al inglés. Ese acto le pareció a Jefferson el más sexy del mundo.

—Verá, en este país —dijo marcando cada palabra con cierto sarcasmo— lo habitual es poner este cartelito. Mire, ¿ve usted? Aquí pone «disponible» y si le da la vuelta pone «no disponible». No es mi culpa si usted y su no... amigo se han olvidado de darle la vuelta.

La muchacha le enseñaba un trozo de cartón escrito a mano que descansaba en el pomo de la puerta. Mientras tanto, la mujer mayor se tapaba la boca para ahogar la risa.

—Gloria, por Dios, que esto va a traer cola.

Jefferson se sentía estúpido y, a la vez, humillado con las palabras de la chica. Así que intentó reparar un poco su ego malherido.

—Señorita, usted no sabe quién soy yo, ¿verdad? Soy Jefferson Hume, guitarrista de los *Broken Hearts*, y podría hacer que la despidieran si quisiera. Así que, debería disculparse ahora mismo y...

Gloria no le dejó ni siquiera terminar. No podía creer a aquel pedante que tenía enfrente.

—¡Como si quiere usted ser el mismísimo Jesucristo recién resucitado! A la próxima coloca el cartelito como toca y listo. Y otra cosita le voy yo a decir, menos amenazas que no me da ningún miedo. ¡Corra! Vaya usted a frotarle la espalda a su novio mientras se ducha.

Mari, la mujer de más edad, no pudo contenerse más y estalló a reír apoyada en la pared del pasillo.

—Es mi amigo y compañero de banda, señorita. Pero no sé tampoco por qué motivo les hace tanta gracia la homosexualidad. Espero sus disculpas.

Jefferson se dio media vuelta y dejó a las dos asistentas en el largo pasillo de la tercera planta. Gloria lo vio alejarse y se quedó pensando en sus últimas palabras. Tenía razón. ¿Qué tendría de malo que dos personas del mismo sexo se amaran?

***

10 de abril de 2016

3 meses y 5 días antes de la desaparición

Pandora volvió de nuevo a casa de su abuelo. Habían sido unos días muy extraños, en los que miles de pensamientos se peleaban entre ellos dentro de su cabeza. No sabía todavía si había tomado una decisión definitiva, pero su corazón había decidido viajar otra vez a

Rascafría. Cuando llegó, su abuelo estaba descansando. Aprovecharía para buscar las cartas, pero ni siquiera sabía por dónde comenzar. No quería levantar las sospechas de los trabajadores del caserío, debía actuar con la máxima discreción posible. Cristina, la abogada de su abuelo, había sido muy clara con ella y le había rogado que no confiara en nadie.

La mayoría de las estancias estaban cerradas bajo llave. Era imposible encontrar algo allí. Pensó que lo mejor sería esperar, pasar mucho tiempo en aquel hogar y rezar para que, algún día, esas misteriosas cartas aparecieran por casualidad.

La nieta del roquero se adentró por los largos pasillos hasta llegar a la biblioteca. Era una apasionada de los libros y no encontraba mejor lugar para matar el tiempo hasta que se despertara su abuelo. Paseaba junto a las estanterías y deslizaba su dedo índice sobre los lomos de los cientos de ejemplares. La biblioteca de los abuelos tenía dos plantas, en la de arriba se encontraban los más antiguos y decidió subir a por algún clásico. Finalmente se decidió por *Rayuela,* de Cortázar, y le impactó muchísimo tener un ejemplar de la primera edición, publicada en 1963.

Justo cuando bajaba a la planta inferior, alguien abrió la puerta de la biblioteca haciendo que Pandora se sobresaltara. Era Malik. Pandora torció el gesto como si aquella situación no le agradara lo más mínimo.

—¡Vaya, la nieta del año! ¿Qué hace aquí? ¿Le gusta leer? —inició la conversación Malik con un tono de voz lo suficientemente alto como para que resonara por toda la estancia.

—Te dije que me tutearas —contestó Pandora colocándose enfrente del chico, pero a una distancia lo suficientemente alejada como para no resultar incómodo.

—Cierto. Discúlpame. —Sonrió y posó su mirada en el libro que llevaba Pandora—. Bueno, bueno, bueno. ¡Qué gran elección! *Rayuela* es una de mis novelas favoritas, aunque Cortázar tiene mucho que envidiarle al gran Bukowski.

—No tiene nada que envidiarle, porque son estilos distintos. Ninguno de los dos podría ser reemplazado por el otro.

—Me muero de curiosidad por saber en qué categoría clasificas a Bukowski. Dime un adjetivo para definir su estilo.

—Irreverente —contestó Pandora sin pensarlo ni dos segundos—. Pero... bueno, realmente bueno.

La tensión fue rompiéndose poco a poco y los jóvenes, que habían comenzado con una actitud defensiva, ahora estaban incluso relajados. Acabaron sentados en el último escalón de la escalera y pasaron de hablar de literatura a charlar sobre sus respectivas infancias. Habían sido tan distintas que dolía. La de ella había sido mágica, nunca le

había faltado nada; la de él, demasiado real, siempre le había faltado todo. Malik le contó que había nacido en Tiznit, una ciudad al sur de Marruecos, pero que a sus 3 años de vida tuvo que emigrar a España junto a sus padres y su hermano mayor. Durante el viaje perdió a su hermano, que ya venía enfermo desde Marruecos, pero la falta de medios y medicinas habían impedido su mejora. Pandora le preguntó por el viaje, él le contestó que fue por mar, pero sin dar más detalles. Así que ella, prudente por naturaleza, no quiso hacerle más preguntas al respecto.

—¿Te apetece que sigamos hablando en el jardín? —preguntó ella con los ojos entelados todavía por la historia de Malik.

Él asintió. La verdad era que habría aceptado cualquier invitación que viniera de ella. Poco importa el lugar si te importa demasiado el quién.

—Es mi lugar favorito, incluso más que la biblioteca —le confesó Pandora mientras se sentaban en el balancín del jardín—. Aquí pasaba parte del tiempo cuando visitaba a mis abuelos. Solía venir con mi tío Peter, hablábamos y a veces me leía fragmentos de libros. No creas que eran cuentos infantiles... Nada de eso, me leía obras de Machado, Benedetti... Cuando empecé a leer, jugábamos a un juego que me encantaba.

—¿De qué trataba? —preguntó Malik, que la miraba embobado al hablar. Ella era un ser especial. Lo era. Estaba seguro.

—Teníamos que abrir el libro por una página aleatoria. Cerrábamos los ojos y posábamos el dedo sobre una frase. Después, la leíamos en voz alta e intentábamos descubrir qué nos quería decir el universo con aquello. A veces parecía tan real que nos asustábamos.

—¿Jugamos?

—¿Te apetece de verdad?

—Claro, déjame probar. Me gustaría saber qué quiere decirme Cortázar a través de La Maga. Es como jugar a la *ouija*, pero con libros —anotó Malik con una cara burlona, mientras le guiñaba un ojo a Pandora.

—¡Oye! No te rías. Hay que tomarse en serio el poder de los libros. Es un juego de mi infancia y tiene mucho valor para mí.

Malik cerró los ojos, abrió el ejemplar y posó su dedo de forma fortuita sobre la página. Al abrirlos, leyó su frase en silencio. Se quedó mirando a Pandora fijamente sin decir absolutamente nada.

—¿Qué dice? ¡Venga lee! —rompió ella el silencio dándole una palmadita sobre la pierna.

— Pues dice así: «Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos»

La voz de Malik había sido demasiado dulce al leerlo. A Pandora se le aceleró el pulso y se mordió el labio inferior tras ese instante

mágico que solo la literatura puede regalarte. ¿Y si ellos estaban destinados a encontrarse? Sintió unas ganas irrefrenables de besarle, de sentir sus gruesos labios por primera vez. Él seguía con la mirada posada en las líneas del libro y ella se acercó lo suficiente como para levantarle el mentón con su dedo índice. Él cerró los ojos y ella se acercó muy despacio hacia sus labios. Justo cuando sentía la respiración de Malik sobre su rostro, él soltó una carcajada.

—¿En serio te has creído que justo ha salido la mejor frase de *Rayuela*? ¡Qué va, tía! Me ha tocado un fragmento de mierda que no sé ni de qué habla en realidad... Pero habría sido bonito de la hostia —decía sin parar de reír.

—¡Eres un capullo! ¡Arrogante de mierda!

Pandora le arrebató el libro de las manos, se levantó del balancín y corrió para meterse dentro de la casa. Se sentía demasiado humillada como para soportar un segundo más a Malik.

—¿Por qué soy tan estúpida? ¡Tendría que haberme dado cuenta de que solo pretendía vacilarme! ¡Odio a ese imbécil! —maldecía Pandora en voz alta—. Y, encima, casi le beso. Seguro que se habría apartado y todavía habría sido más vergonzoso ¡Cómo puedo ser tan idiota!

Pandora caminaba por todo el salón, despotricando sobre Malik y también sobre su propia ingenuidad. Pero su indignación se vio interrumpida cuando Oxana entró para avisarle de que Jefferson ya estaba despierto. Pandora le dedicó una vaga sonrisa y subió hasta la habitación. Llamó dos veces esperando que le diera permiso, pero tras un largo silencio decidió entrar. El abuelo estaba sentado frente a la ventana, justo en el mismo sitio que la última vez. En esta ocasión sí dirigió su mirada hacia Pandora y, con una enorme sonrisa, la invitó a sentarse frente a él.

—A la generación que nunca ha vivido una guerra, le asusta el amor —anotó Jefferson que, al parecer, había estado observando la escena del balancín desde su ventana—. Malik es un buen chico Pandora, pero la gente que ha sufrido en la vida a veces actúa de extrañas maneras.

—¿Abuelo? ¿Sabes quién soy? —preguntó ella, que intentó disimular la vergüenza que sentía al ver a su abuelo hablándole de Malik. Se arrodilló frente a él y, justo en ese instante, el abuelo ya no estaba en el presente.

—¡¿Anette?! Cada día que pasa estás más guapa, cariño. Déjame ver qué libro has comprado hoy. ¡Vaya! Julio Cortázar, un mago de las palabras, no sabía que te gustara. Pero léeme un poco de tu libro favorito: *Solo mientras tanto*, de Benedetti. Solo tú eres capaz de recitarlo con una belleza enigmática.

—No lo tengo aquí, Jefferson. Puedo leerte este y quizás mañana

leamos otro. ¿Te parece? —Pandora le acariciaba la sonrosada y fría mejilla. Le daba muchísima pena no poder decirle a su abuelo que ella no era Anette, pero él era tan feliz en esos instantes...

Pandora cogió el libro, lo abrió y comenzó a leer, mientras que Jefferson la miraba con la atención que solo le habría prestado a una persona del mundo: su amada Anette.

CAPÍTULO 13

22 de julio de 2016

7 días después de la desaparición

El inesperado asesinato de Cristina no estaba en los planes de Héctor, y se desquiciaba cuando algo rompía todos sus esquemas. Aquella fatídica casualidad le obligaba a retroceder en el tablero de nuevo, le alejaba una vez más de la reina. La diferencia estaba en que la vida de Pandora no era un juego de ajedrez y rezaba para que nadie le hubiera hecho jaque.

Se calzó los primeros zapatos deportivos que encontró y salió a la calle en busca de su coche. No sabía muy bien dónde ir, qué hacer, en qué lugar buscar. Así que, tras detenerse en plena calle, bajo la sorprendida mirada de un taxista que tuvo que frenar en seco para no atropellarlo, decidió ir a la casa de los Hume.

Cuando llegó le recibió Nekane, la mujer de Peter. Estaba controlando a su hijo Dorian y a su sobrina Melba, que nadaban en la piscina. Era curioso contemplar la inocencia de dos niños que se divertían a pesar de la tragedia. Al final tendrían razón aquellos que afirman que, sin conciencia, uno siempre es más feliz.

Nekane era una chica bajita, con unas facciones dulces y un cuerpo fino. Por apariencia podría verse frágil, por verdad era una mujer tremendamente fuerte.

—Buenas tardes, venía para encontrarme con el comisario —mintió Héctor, que sabía perfectamente que Carlos no estaba allí.

Justo cuando Nekane iba a responder, Dorian salió de la piscina y comenzó a correr hacia dentro de la casa completamente mojado. Melba, que creyó que aquel era un juego de niños, imitó a su primo y corrió tras él.

—¡Venid aquí! —gritaba Nekane que corría también tras ellos—. Mi cuñado Carlos no está, si quiere puede venir en otro momento —anotó casi en un grito porque ya estaba a una distancia considerable.

Héctor hizo caso omiso a la invitación que le hizo Nekane para que se marchara. Cuando cruzó el umbral de la puerta, se paró a escuchar con atención para descifrar en qué dirección habían ido. La casa era enorme y perderse por allí no resultaba ninguna idea descabellada. Finalmente, encontró a Nekane junto a su hijo, que permanecía erguido frente a la puerta de la biblioteca.

—Dorian, de verdad, no estoy para tus juegos. ¡Volvamos a la

piscina! —decía Nekane con una paciencia que parecía estar acabándose.

La única respuesta que recibió fue la indiferencia de su hijo y el agradable sonido de las gotas que caían de su cuerpo e impactaban en el suelo de parqué.

Dorian posó sus ojos a la altura del pecho de Héctor y, sin mover un solo músculo de su rostro, levantó el brazo derecho y le señaló. Tras unos segundos de incertidumbre, bajó el brazo derecho con una tranquilidad asombrosa, levantó el izquierdo y señaló la puerta de la biblioteca. Nekane le miraba entre sorprendida y enfadada. El niño, sin mediar palabra, miró a su prima Melba, le sonrió y juntos corrieron de nuevo rumbo a la piscina.

El inspector se quedó solo en el largo pasillo y, sin dudarlo, entró en la biblioteca. Dorian estaba intentando decirle algo y tenía que descubrir de qué se trataba. Buscar una pista en aquella estancia era como encontrar una aguja en un pajar, pero debía intentarlo.

La solemnidad de la sala imponía respeto a cualquiera que estuviera allí, pero los cientos de libros servían de abrigo a las paredes, ofreciendo una calidez enigmática. Reinaba el silencio y, únicamente, los aletargados pasos de Héctor eran capaces de romperlo. Procuró pensar con la mente de un niño, cerró los ojos y recordó a Dorian. Mediría, más o menos, un metro y veinte centímetros, por lo que a la tercera estantería de libros ya apenas llegaba. Héctor comenzó a ojear cada libro de los estantes más bajos y, sin darse cuenta, había consumido una hora de su tiempo. Aquello era imposible, se rendía. ¿Cómo iba un niño de siete años a dejarle pistas? Se sentó en el suelo con la espalda pegada a una de las estanterías, hundió su rostro entre las palmas de sus manos y comenzó a llorar. El caso le venía demasiado grande y temía no poderlo resolver. Pandora jamás volvería, al igual que tantas otras chicas, al igual que su pequeña hermana Marta.

Hizo lo posible por serenarse. Llevó su cabeza hacia atrás, ladeándola ligeramente hacia la izquierda y, justo entonces, reparó en algo que hasta el momento no había llamado su atención. Todos los libros estaban perfectamente alineados, excepto uno. Sobresalía hacia fuera y rompía el ordenado efecto visual que producían el resto de ejemplares. Estaba en la parte más baja de la estantería, justo a ras de suelo. Héctor se acercó con rapidez y leyó el título del libro: *Rusia,* de Edward Rutherfurd.

Instantáneamente se acordó de lo que le había contado Peter el día anterior. La primera palabra de Dorian coincidía con el título del libro que tenía justo enfrente. Con cierto miedo, Héctor lo cogió del lomo y estiró suavemente hacia fuera. Justo detrás del libro, al fondo de la estantería, se hallaba una pequeña caja. El inspector la sacó con sumo

cuidado y observó que era exactamente igual que la del dibujo. Sonrió al pensar que no se estaba volviendo loco, y que, efectivamente, Dorian quería decirle algo. El niño no había estado jugando con él. O sí, quién sabe.

La sonrisa de Héctor se esfumó al comprobar que la caja estaba cerrada con un candado de combinación numérica. Necesitaba cinco números y no disponía de tiempo material para ir probando combinaciones. Pandora estaba esperando ser salvada y cada segundo reducía la probabilidad de encontrarla con vida.

Salió corriendo y fue, precisamente, en el pasillo donde se encontró con Dorian. Héctor se acercó desesperado, aunque intentó tratarlo con la máxima delicadeza posible.

—Hey, pequeño —le saludó en un susurro, mientras se ponía de cuclillas frente a él.

Dorian no se inmutó y Héctor le enseñó la caja, señalándole expresamente el candado.

—¿Me ayudas? —preguntó Héctor ante la impasibilidad del niño—. ¿Sabes qué número va aquí, Dorian? Seguro que lo sabes, eres muy listo.

Dorian ni siquiera le miraba y Héctor comenzó a desesperarse.

—Por favor, chico. —Héctor le miraba con ojos impacientes, pero Dorian no respondía—. Sé que lo sabes. Ayúdame.

El pequeño le miraba a la altura del mentón. Tenía el ceño fruncido como si no supiera de qué le hablaba el hombre que tenía enfrente. El inspector Izquierdo pasó de la desesperación a la irritación, y miraba al niño con un destello de ira en los ojos.

—¡Ayúdame, joder! ¡¿Quieres ver a tu prima Pandora muerta o qué?! —Héctor perdió la paciencia y comenzó a zarandear al niño por los hombros.

Dorian se apartó de él y comenzó a dar vueltas en círculo, aleteando sus brazos y llorando de forma desesperada. Unos pocos segundos antes parecía que el niño tenía el poder de todo y ahora se veía como el ser más vulnerable del mundo. Héctor ni siquiera hizo el intento de calmarlo. Le invadía un sentimiento de culpabilidad lo suficientemente grande como para no saber ni reaccionar.

—Pero, ¡¿qué coño estás haciéndole a mi hijo?! —gritó Peter, que se acercaba hacia ellos dando grandes zancadas—. ¡Ni se te ocurra volverte a acercar o te partiré la cara!

Peter se agachó para tranquilizar a su hijo, mientras miraba desafiante a Héctor.

—Lo siento. Solo quería hablar con él y creo que lo he importunado —se disculpó Héctor—. De verdad, lo siento muchísimo.

—¡Largo de aquí! —ordenó Peter.

El inspector se marchó con torpeza, sosteniendo la caja entre sus

manos temblorosas. Cruzó el jardín para llegar hasta la puerta principal, pasando justo al lado de la piscina. Nekane, ajena a lo que había sucedido en el interior de la casa, le ofreció un poco de limonada. Héctor la rechazó con una sonrisa forzada y bajo el pretexto de tener un poco de prisa.

Cuando salió de la enorme finca, sacó el botecito de pastillas que siempre le acompañaba y colocó una debajo de su lengua. Llevaba unos días con demasiadas emociones y necesitaba una tregua mental. Pero, justo cuando estaba a punto de entrar en su coche, alguien a sus espaldas le puso la mano en el hombro.

Cuando se dio la vuelta, comprobó que se trataba de Malik. Estaba completamente embriagado por el alcohol y apenas podía mantenerse en pie. Sollozaba como un niño pequeño y destilaba desesperación por cada poro de su piel. Sus pronunciadas ojeras reafirmaban que el chico estaba roto de dolor.

—La echo de menos, inspector —fue lo único capaz de pronunciar.

Héctor deslizó su brazo por la cintura del chico y lo ayudó a montarse en el asiento del copiloto. No podía dejarlo allí, pues lo único que podría conseguir era enzarzarse en alguna discusión con algún familiar de Pandora. Y, tal como estaban las cosas, no podía permitirse el lujo de meterse en líos.

El teléfono de Héctor emitió un sonido para informar de la llegada de un mensaje. Era Julia: «tengo ganas de verte». El inspector lo dejó en leído y decidió ignorarlo.

CAPÍTULO 14

2 de mayo de 1955

The Broken Hearts triunfaron de nuevo. Esta vez en Madrid. Los jóvenes celebraron el éxito con copas y puros de las mejores marcas. Sus carreras musicales estaban en alza y no tenían pensado bajarse de la cima por mucho tiempo. Llegaron al hotel en el que se alojaban a altas horas de la madrugada. El botones los esperaba en la puerta principal y les propuso seguir la fiesta en el restaurante. Estaban dispuestos a abrirlo solo para ellos durante toda la noche, pues no todos los días tenían unos clientes con tanto caché.

Aceptaron de inmediato, pero Jefferson quiso subir antes a su habitación para calzarse unos zapatos más cómodos. Tenía los sentidos adormecidos por el alcohol, pero aun así era consciente de todo. Cuando llegó a la tercera planta, se sorprendió al ver a una muchacha sentada en el suelo junto a la puerta de su habitación. Iba borracho, pero no tanto como para tener alucinaciones. Le costó reconocerla, pero cuando llegó hasta ella comprobó que se trataba de una de las chicas de la limpieza. Llevaba una ropa casual que no correspondía con su uniforme de trabajo, quizás por eso a Jefferson le había costado reparar en la identidad de la joven.

La chica estaba dormida y su cabeza reposaba en el marco de la puerta. Jefferson intentó entrar a la habitación con sigilo para no despertarla, pero ella abrió los ojos lentamente y le sonrió.

—Quería pedirle disculpas por el desagradable encuentro que hemos tenido esta mañana—murmuró todavía medio adormecida.

—No es necesario, señorita —contestó Jefferson con dificultad.

El español era un idioma que se le resistía y el alcohol no facilitaba las cosas. Gloria soltó una carcajada al escucharlo, mientras se levantaba del suelo y se acomodaba la parte trasera de su falda negra.

—De verdad, le pido disculpas —insistió—. No crea que es por temor a que me despidan... Simplemente lo he estado pensando durante todo el día y me arrepiento de mis palabras. Me retracto de ellas y...

Jefferson se apoyó en la puerta para mantener el equilibrio y levantó la otra mano para frenar el discurso de Gloria.

—No se preocupe. Ahora, vaya a descansar a su casa. Es tarde. Y seguro que su marido está muy preocupado. ¿No le parece? —preguntó con una ceja arqueada y una sonrisa pícara.

Jefferson suponía que la chica no estaba comprometida porque ya

se había fijado previamente en su dedo anular, comprobando que estaba libre de alianzas. A pesar de ser tímido, tenía una gran habilidad para flirtear con las mujeres y una picardía envidiada por el resto de compañeros de la banda.

Gloria tenía veinte años y era una chica sencilla, pero muy atractiva. Además, su personalidad arrolladora y su descaro a la hora de entablar conversaciones acrecentaba su encanto y le otorgaban un poder de seducción difícil de eludir para un hombre.

—No estoy casada —contestó acercándose demasiado a Jefferson, lo que provocó el nerviosismo del guitarrista—. Soy... ¿cómo diría...? la oveja negra de la familia.

—A mí me encantan las ovejas... Sobre todo, las negras —musitó el inglés, con la mano en la nuca y los ojos clavados en su objetivo: la boca de Gloria.

Fue ella la que se abalanzó a los labios del chico, mientras él la dirigía hacia el interior de la habitación con sus manos posadas en las estrechas caderas de ella.

***

Aquella noche fue un punto de inflexión en la vida de ambos. Jefferson necesitaba a alguien que sustituyera el enorme vacío que había dejado Anette; Gloria, sencillamente, necesitaba a alguien.

Ella asumió desde el primer minuto que nunca sería el amor de la vida de Jefferson, pero se conformaba con que él la hubiese salvado. No es que la vida del resto de españoles fuera fácil, pero la de Gloria era especialmente dolorosa. Unos meses antes de comenzar la guerra civil española, nacía en el seno de una familia burguesa, conservadora y aliada del bando franquista. Fue la segunda de tres hermanas. Vivió la guerra desde la indiferencia e inocencia de un bebé, por eso nunca sintió que hubiera hecho mella en su infancia. Para cuando comenzó a tener uso de razón, la guerra había terminado y, sin haberlo decidido, formaba parte del bando vencedor.

La suya era una familia aparentemente feliz, pero al cumplir los doce años todo se ensombreció. Era una mañana fría de febrero cuando el coche de su abuelo se precipitó por un terraplén. En el automóvil viajaban sus dos abuelos maternos, sus hermanas y también ella. Gloria fue la única que sobrevivió al tremendo impacto.

Un año después, su madre murió de pena. Su corazón no resistió el dolor de perder a sus padres y a dos de sus hijas. Por su parte, el padre de Gloria tomó el rumbo equivocado e intentó sanar las heridas con la compañía de coñac Soberano. El famoso aguardiente era vendido en España como cosa de hombres y, paradójicamente, él se embriagaba para poder olvidar a sus tres mujeres. Sus malas decisiones desencadenaron la quiebra de sus negocios y, con todo, aquel pobre desgraciado se quedó sin nada. Su carácter se agrió y comenzó a

culpar a su hija Gloria de su desdicha. Comenzó hiriéndola con las palabras y las utilizaba para hacerle daño donde sabía que más le dolía: la muerte de sus hermanas. La culpaba de haber sobrevivido al accidente y también de no haber sido suficiente motivo de alegría como para salvar a su madre. Cuando Gloria se hizo inmune a las barbaridades que salían de la boca de su padre, llegó la adolescencia y, con ella, las palizas. Gloria comenzó a cuestionarse muchos de los pensamientos que se le habían impuesto desde su nacimiento. Buscaba empaparse de las influentes ideas de mujeres como Victoria Kent, leía las novelas de Simone de Beauvoir y soñaba con ingresar en la residencia de señoritas de Madrid. Todo ello desembocó en fuertes peleas con su padre y cada vez contrariaba más sus ideas políticas. Las brutales palizas se hicieron más intensas y frecuentes, y Gloria encontró una salida en su trabajo. Ganaba tan poco que todavía no podía costearse un alquiler, pero entonces apareció Jefferson como un salvoconducto al que agarrarse. Lo dejó todo por un hombre que sí la amaba y la cuidaba, y allá donde hubo un golpe, ahora había un beso; y donde hubo una palabra desgarradora, ahora había una caricia.

Cinco años después, Jefferson y Gloria se casaron en Las Vegas, en una boda íntima a la que solo acudieron los componentes de la banda y sus respectivas parejas. Gloria acompañó a Jefferson en todas sus giras, le encantaba hacerlo y, después de mucho tiempo, volvía a sonreír. Eran felices, pero no tenían un hogar estable en el que vivir. Recorrían rincones emblemáticos del planeta, se alojaban en los mejores hoteles del mundo, pero echaban en falta tener un hogar al que poder regresar siempre. Además, a Gloria le preocupaba la idea de no tener hijos y pensaba que, si no se apresuraba, ya sería demasiado tarde para poder tenerlos. De este modo, en 1966 se terminó de construir el caserío que, todavía hoy, sigue majestuosamente en pie en la sierra de Madrid. Un año después, en la propia vivienda, Gloria daba a luz a la primera hija del matrimonio: Renée.

CAPÍTULO 15

22 de julio de 2016

7 días después de la desaparición

El inspector Izquierdo llegaba a su apartamento acompañado de Malik, que se había pasado todo el trayecto desde Rascafría hasta la capital durmiendo plácidamente. Aun así, la siesta no había sido suficiente descanso como para que el chico dejara de tambalearse, pues todavía necesitaba ayuda para caminar.

Si esa misma mañana le llegan a contar a Héctor todas las emociones que iba a experimentar en un intervalo de cinco horas, no lo habría creído jamás. El asesinato de Cristina Farias, el descubrimiento de la caja, el desafortunado encontronazo con el pequeño Dorian y, ahora, la presencia en su piso del principal sospechoso que, para más inri, padecía una borrachera de aquí te espero.

Preparó un café bien cargado y se lo ofreció al chico, que se sujetaba la cabeza en un intento de mantenerse erguido.

—Espero que esto haga que te recuperes y puedas explicarme qué coño hacías, con esta melopea, en el caserío de los Hume —inquirió Héctor con voz firme para parecer más autoritario.

Los dos hombres apenas se llevaban cinco años de edad, pero Héctor debía de parecer mucho más mayor en aquel momento.

—Quería descubrir la verdad —respondió con dificultad.

—Para eso ya estamos los profesionales que nos dedicamos a ello.

—Pues no parece que hagáis muy bien vuestro trabajo...

Héctor respiro y contó internamente hasta diez. Se lo había enseñado su psicólogo hacía unos años y realmente le funcionaba bien.

—Tú limítate a contarnos la verdad y déjate de jugar a los detectives —volvió a respirar y a contar. Esta vez hasta cinco.

Malik le dio un sorbo al café y reparó en una de las paredes del apartamento. Allí se amontonaba la información del caso, con la fotografía de su rostro en el centro. Alrededor, un caos de fotografías, nombres y direcciones.

—¿Cree que soy yo? —preguntó con un ápice de tristeza en su voz.

—No lo sé... Todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Si no ha sido usted, no tendría nada que temer.

—Pues claro que tengo miedo. La justicia no siempre es justa,

inspector. Usted bien lo sabe. Y si se me inculpara a mí, nunca sabría qué ocurrió realmente con Pandora y yo... yo no podría perdonármelo jamás —sentenció.

De nuevo dio un sorbo a la taza, pero esta vez fijó su mirada en el suelo. Cuando volvió a mirar a Héctor, tenía los ojos enrojecidos y la necesidad de abrir su alma en canal al inspector.

—Al principio, Pandora y yo no comenzamos muy bien. Sinceramente, fui un capullo con ella en un par de ocasiones... Debía de caerle fatal, pero aun así estaba dispuesta a ayudarme. Una mañana de finales de abril me fui al pueblo a comprar unas herramientas que me hacían falta para arreglar el viejo establo del caserío. Jefferson siempre había querido restaurarlo y criar caballos, pero nunca habíamos encontrado el momento para hacerlo... No imagina usted todo el trabajo que conlleva el mantenimiento de semejante finca y, de todo ello, solo me ocupo yo. Supe que la vida del viejo Jefferson estaba llegando a su fin y quería darle el gusto de que muriera teniendo el establo que siempre había soñado. Quería hacer el mejor puto establo de España, aunque fuera sin caballos. —Soltó una carcajada y Héctor se reprimió, aunque también tuvo ganas de hacerlo —. El caso es que cuando lo tenía todo comprado, me fijé en que la rueda de mi coche se había pinchado, así que llamé a la casa y tuve la suerte de que se encontrara allí Pandora. Le conté lo sucedido y vino a recogerme con su coche. Cuando llegó, no me costó nada reconocerla. Llevaba la música altísima. No hizo falta abrir la puerta del copiloto para reconocer la melodía. Era Queen. Joder, ¿qué mujer vendría a recogerte con semejante banda sonora de fondo? Ella. Tan solo una chica tan increíble como Pandora era capaz de conseguir hacer que la vida, nuestra vida, pareciera de película. Yo había pasado toda mi existencia dudando de todo. Sin embargo, siempre supe que necesitaba saber cómo era estar entre sus labios.

Malik hizo una pausa para terminarse, al fin, la taza de café y prosiguió con su monólogo bajo la atenta mirada de Héctor, que había encendido la grabadora de su teléfono por si algo resultara útil.

—Mi infancia fue muy dura, ¿sabe? Me enfadé con el mundo porque me tocaba ver con mis propios ojos que la vida no era igual para mí que para los otros niños... El mundo empezó a producirme rabia, todo era injusto, todo era oscuro y feo. Ya nada me apasionaba ni me motivaba. Me limitaba a sobrevivir en una tierra que parecía querer escupirme, en lugar de acogerme... Mi carácter se fue moldeando con el paso de los años. Pasé de ser un niño sonriente a otro triste, para acabar siendo un adulto rabioso. Querer no estaba en mis planes, ni siquiera me quería a mí mismo. De hecho, me repudiaba mi miserable existencia. Llegué a pensar que el amor no existía, que era una burda invención para sobrellevar el sinsentido que a veces supone la vida.

¿Cómo podía alguien amar entre tantas guerras?... Creí que el amor era luchar por ver quién hería antes al otro, mientras fingía que lo amaba. Después, pasé de esa teoría y aposté por que lo único valioso y merecedor de cariño era el sexo, pero estuve dentro de muchas mujeres que no merecían mi posterior indiferencia. Y entonces apareció ella... que no solo me hizo creer en el amor, sino que me enseñó a entenderlo con todas sus costuras internas y me dio la oportunidad de vivirlo. Poca gente lo vive de verdad. Ahora tengo la certeza de que en la vida siempre aparece alguien que te salva de no sé muy bien qué. Ella me salvó de mí mismo. Estaba encaminado a la soledad porque no sabía tratar con las mujeres. Las trataba como si valieran menos que yo, pero lo hacía porque tenía miedo de defraudarlas. Ninguna se habría quedado si me conocía de verdad... Yo era un puto don nadie. Pero apareció Pandora e, inexplicablemente, me quise más que nunca. Seguía siendo un don nadie, pero un don nadie con toda la suerte en sus manos. No tenía miedo a decepcionarla porque ella me hacía sentir la mejor persona del universo, pero sí temía muchísimo perderla. Así que empecé a cuidar cada detalle para tratarla como nadie en el mundo, porque te juro que nadie lo merecía más que ella. No me daba vértigo comprometerme, me parecía un plan perfecto para pasar el resto de mis días. Porque a mí que no me digan que el amor ata, pues yo no me he sentido nunca tan libre como en sus brazos...

Héctor estaba conmovido con el discurso de Malik. Se había convencido de que el chico no podía tener nada que ver con la desaparición. Pocas veces le fallaba la intuición, y decidió arriesgarse a confiar en él. Le puso una mano sobre el hombro y le prometió que la encontrarían. Malik rompió a llorar y sus ojos se convirtieron en dos cascadas. Tardó bastante tiempo en volver a serenarse.

El inspector le confesó que lo necesitaba, pero que debía ser discreto. Le contó la conversación con Cristina Farias y su repentino asesinato, también le habló de Dorian, del dibujo y de la caja. Malik se enjugó las lágrimas con la camiseta que llevaba puesta. Ya estaba prácticamente sobrio. El café había hecho su mágico efecto en el organismo.

—¿No le parece raro lo de la abogada del señor Jefferson? ¿Y si su marido no fuera quien la mató?

—Estamos seguros de que fue él. Después de matarla se suicidó precipitándose por el balcón.

—No me está entendiendo, inspector. Quizás no estemos hablando de un asesinato, sino de dos.

A Héctor le hizo dudar. Se hizo un silencio que Malik no tardó ni diez segundos en romper.

—Por cierto, ¿me puede enseñar la caja?

Héctor no vaciló ni un segundo. Quería abrirla y necesitaba otra cabeza pensante. La suya ya no daba para más en ese día.

—Se necesita un código numérico de cinco cifras —explicó el inspector.

—Si alguien está jugando a las adivinanzas es porque sabe que usted puede descubrir el número. Pero antes quiere que se rompa la puta cabeza pensando... —anotó Malik, frotándose con fuerza la frente —. Seguro que es algo referente a Pandora...

—¿Su cumpleaños? —titubeó Héctor.

A Malik se le iluminó el rostro. Probó con la fecha de cumpleaños. Nada. La caja seguía herméticamente cerrada. Probaron los cinco últimos números del teléfono de Pandora. Nada. Los cinco números primeros. Tampoco. Estaban empezando a desesperarse, hasta que a Malik se le ocurrió probar con la fecha de la desaparición.

—¿Y si fuera el día que comenzó todo esto? —dijo, mientras rodaba los números y ajustaba la siguiente combinación: 15716.

Y, como por arte de magia, el arco del candado se deslizó hacia un lado. Los dedos de Malik vibraban de emoción. Abrió la caja y en su interior encontraron un pequeño papel en el que había dibujada una perfecta espiral. Una nueva pieza que parecía no tener sentido, pero que encajaba en el puzle. Héctor se desplazó hasta su particular pared y, de un tirón, arrancó el dibujo de la caja. Ambos papeles formaban una misma hoja y habían sido arrancados del mismo lugar: una libreta con cuadrícula de color verde.

CAPÍTULO 16

15 de junio de 2016

1 mes antes de la desaparición.

Oxana clavó sus uñas en la espalda de Peter, que se balanceaba sobre ella con un movimiento perfectamente sincronizado. Cada tanto cambiaba de ritmo y de intensidad, pero el vaivén siempre trazaba el mismo itinerario: hacia delante y hacia atrás; primero penetrando al interior, después dirigiéndose hacia al exterior, pero sin llegar a salir del todo.

Era la trigésimo séptima vez que se fundían juntos. Llevan cerca de tres meses siendo cómplices en secreto.

La ucraniana se acurrucó sobre el pecho desnudo de Peter, y él le devolvió el gesto acariciándole el pelo. Se encendió el cigarrito de después. El de la culpabilidad. El de por qué le soy infiel a mi mujer si un día, no hace tanto, fuimos un matrimonio feliz. Esta vez estaban arriesgando demasiado. Ellos en una habitación de la segunda planta, Nekane abajo, en el jardín. No estaban en ninguna de las habitaciones principales, por lo que el riesgo de ser pillados era menor, aunque seguía existiendo. Pero Peter se lo tomó con calma esta vez. Seguía tumbado en la cama, con la mirada perdida en dirección a sus adentros. Ya nada le importaba demasiado. Sabía que todo iba a terminar. Llevaba tiempo con ese plan en su cabeza. Todavía no lo había desarrollado, pero la idea ya estaba viviendo en su interior. Se había instalado allí y ya no había manera de desalojarla. Iba a suceder. Quizá dentro de un mes, o menos. Pero iba a suceder.

—¿En qué piensas?

—En lo que me has contado antes. Ese asunto tiene que terminar, Oxana. Yo mismo acabaría con todo si me contaras la verdad sin vacilaciones, sin miedos, sin secretos...

—No puedo contártelo... Al menos por ahora. Con lo que te he relatado ya estoy poniéndolo todo en peligro. Pero te prometo que ya queda poco, pronto seré libre y nadie podrá retenerme. Podríamos irnos juntos, a otro país quizá. Empezar una nueva vida.

—Yo no me voy a ningún lugar. Mi hijo me necesita y Nekane también. Lo nuestro no tiene cabida, ¿entiendes? Si quieres podemos seguir como hasta ahora, más no puedo prometerte. Ni ahora ni nunca.

La frialdad de Peter martilleó su corazón, que a esas alturas de la vida era de hielo, y se rompió en mil pedazos. Oxana se había

enamorado de un hombre que no quería corresponderle más allá de la cama. Consiguió calmar sus lágrimas, que pugnaban por salir y derramarse sobre el pecho de Peter.

Mientras tanto, Pandora y Nekane debatían animadas en el jardín. Desde las tumbonas y bajo las sombras de los árboles, miraban a Dorian chapotear dentro de la piscina.

—Está haciendo muchos progresos —indicó Nekane con una sonrisa verdadera, pero cansada.

—Se nota. El año pasado, cuando fuimos de vacaciones a Menorca, ni siquiera se acercaba a la orilla del mar, ¿te acuerdas? Y mírale ahora... Estos días no ha estado ni un segundo fuera del agua.

—La gente no se da cuenta de los pequeños pasos que, con esfuerzo, consigue cada día. Bajo su mirada inquisitiva, solo son capaces de ver a un niño autista —la voz de Nekane sonaba congestionada de repente —. No entienden que un abrazo de mi hijo es el logro más importante del año. No saben que el grito sin sentido precede a la palabra con intención. No comprenden que cuando Dorian señala o grita, se está comunicando a su manera y que para mí es el acto más bonito y necesario del mundo...

Pandora estiró su brazo y acarició la mano de Nekane. La veía tan desgastada, tan madre, que podía sentir sus mismas punzadas en el interior. Ese dolor empático que se experimenta al observar el desgaste emocional de otro. El agudo desconsuelo que uno siente cuando no es capaz de consolar, porque la realidad es la que es y no siempre se puede cambiar.

—Y para colmo, sé que tu tío Peter me está siendo infiel —sentenció con una voz hermética, dura.

Pandora se incorporó con avidez. Quería desglosar cada detalle de aquella acusación. No podía juzgar a su tío favorito así, sin más, y le lanzó una mirada que pedía respuestas.

—No me lo ha dicho, ni tampoco sé con quién. Pero sé que está pasando, estas cosas se saben en un matrimonio. Además, el carmín que encontré en el cuello de su camisa también le delataba un poco.

—Quizás era tuyo —intentó salvar Pandora.

—Hace años que no toco el maquillaje. Desde que nació Dorian, apenas tengo tiempo de verme en el espejo. Aunque así mejor, porque las pocas veces que lo hago, no me gusta lo que veo. Me pongo nerviosa al verme estos pelos y estas ojeras —dijo Nekane riendo.

Pandora liberó una carcajada nerviosa. No sabía qué decir, tenía que asimilar. Nekane le contestó con más risas. Y ambas intentaron quitarle hierro al asunto fingiendo las risas más tristes del mundo.

CAPÍTULO 17

28 de abril de 2016

2 meses y 17 días antes de la desaparición

Pandora llevaba tres semanas acudiendo a casa de su abuelo y todavía no había asimilado nada de lo que estaba ocurriendo. El estado de ansiedad de los primeros días había disminuido, pero su cabeza no dejaba de pensar ni un solo segundo. Su mente se había convertido en una guerrilla de neuronas que batallaban entre ellas y se rebatían los argumentos e hipótesis unas a otras.

La falta de información también le preocupaba, habían sido muchas las visitas al caserío y todavía no había encontrado las cartas. Tampoco su abuelo Jefferson le había dado ninguna pista. Sentía que su futuro se había vuelto indescifrable, impredecible. Quién sabía lo que ocurriría si un día las encontraba. No quería pensarlo con asiduidad, pero la realidad era que a veces se perdía en ensoñaciones e intentaba descifrar cómo sería su vida siendo millonaria.

Conducía hacia Rascafría con un copiloto inusual: Malik. Había pinchado una rueda y ella se había visto obligada a recogerlo. No dudó en hacerlo, pero le hizo esperar. Eso sí.

Estuvieron callados durante todo el trayecto con la compañía de Freddie Mercury, que envolvía con su voz el interior del vehículo.

—¿Puedo? —preguntó Malik, mostrándole un paquete de Marlboro.

Pandora arrancó una mirada fulminante de sus ojos y Malik volvió a guardar los cigarrillos en el bolsillo de su cazadora.

—¿Por qué has venido a buscarme? Quiero decir, después de todos los encontronazos que hemos tenido, aquí estás.

—No te flipes. Si he venido es porque eres empleado de mi abuelo y él te necesita. A mí no me importa lo más mínimo que te quedes tirado y no tengas cómo volver —mintió.

Se conocían poco, pero Malik ya detectaba cuándo Pandora estaba mintiendo. Se enroscaba las puntas del pelo cada vez que lo hacía y, mientras hablaba, había soltado una mano del volante para hacerlo. El chico proyectó una sonrisa, pero se perdió en el paisaje que se sucedía a toda velocidad a través de la ventana del copiloto.

Después de un buen rato, llegaron a casa de los Hume.

—Creo que te debo algo.

—Sí, las gracias no estarían nada mal. Y las disculpas por ser un capullo, ni te cuento —dijo con todo el sarcasmo que pudo.

Malik se acercó a Pandora, que lo miraba con una ceja levantada. Ella leyó las intenciones del chico y, rápidamente, la bajó hasta fruncir el ceño. Malik era bastante más alto, así que le alzó el rostro con las manos y ella, involuntariamente, se puso de puntillas. Pegó sus labios a los de Pandora. Fue un beso largo, suave, dulce. Nada esperable del chico con apariencia de canalla. Ambos tenían la piel erizada y algo parecido a la electricidad corría por sus dedos. Los de Malik se deslizaban por las mejillas de Pandora, los de ella trazaban círculos en la nuca de él. Malik separó los labios de Pandora con la fuerza de su lengua. Lo hizo despacio, muy despacio. El tiempo era ahora lento. Si estallaba el mundo ahí fuera, daba igual. Malik rozaba la lengua de Pandora con sus labios, la acogía y la mimaba. Después, introducía la suya lentamente en el interior de la boca de ella y ambas lenguas chocaban. Aunque más que un choque era una caricia, un abrazo, un refugio cálido para los dos.

El beso duró un minuto más hasta que Malik separó sus labios, pero se quedó a pocos centímetros de la boca de Pandora, que seguía con los ojos cerrados y el pulso golpeándole la piel.

—¿Aceptas mis disculpas? —susurró Malik, acariciando el rostro de Pandora con su aliento.

—No lo sé... Lo tengo que pensar.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

La voz de Malik sonaba sumisa. Estaba rendido ante ella y ya no había manera de frenar sus ganas de quererla.

—Pídeme lo que quieras y lo haré —insistió, mientras retiraba un mechón de pelo de Pandora y se lo acomodaba detrás de la oreja.

—Repite esta forma de pedir perdón —murmuró a la vez que se sonrojaba.

Entonces sí. Malik sacó su lado granuja y empujó a Pandora contra la puerta del coche. Ella cerró de nuevo los ojos y él la besó. Parecían otros labios, unos más salvajes, más indomables. La piel ya no estaba erizada, ahora ardía. Malik succionaba los labios de Pandora con ímpetu y pegaba su cuerpo como si quisiera entrar dentro de ella.

—¿Me perdonas ahora? —musitó sin apenas despegar los labios.

—No...

De nuevo volvió a la carga. Levantó los brazos de Pandora y los acomodó sobre la cabeza de ella. Con una mano sujetaba las dos finísimas muñecas y con la otra acariciaba el cuerpo de Pandora por debajo de la camiseta. Despegó sus labios y los hizo reptar por el cuello de Pandora. Primero lento y luego succionando con fuerza.

—Perdóname... —le rogó con un ronroneo en el oído.

—No.

Liberó las muñecas, que enseguida se aferraron a la nuca de Malik. Volvió a abalanzarse sobre los labios de Pandora, secuestrando el

labio inferior con los dientes y tirando con delicadeza de él. La respiración de ambos era cada vez más agitada, formando una contienda por ver quién jadeaba más. Pandora se recogió el pelo con una mano. Tenía calor. Demasiado calor. A Malik ese gesto pareció enloquecerle, deslizó su mano hasta el botón del pantalón y, cuando iba a desabrocharlo para introducir su mano, ella abrió los ojos.

—Está bien.... Está bien... Te perdono.

Él sonrió. Había ganado una vez más. Ella le devolvió la sonrisa y apoyó su frente en el mentón de Malik. Se habían olvidado por completo de que estaban en el jardín y cualquiera podría haberlos sorprendido. Malik ojeó los alrededores con disimulo. Nadie a la vista. Dirigió su mirada de nuevo hasta encontrarse con los ojos de Pandora. Sin decir nada, se abrazaron y permanecieron así durante unos segundos. Ambos corazones latían descompasados, sacudiendo sus cajas torácicas. Tenían que asimilar lo que acababan de experimentar.

—Debo ir a ver a mi abuelo —dijo al fin Pandora en voz muy baja.

—Y yo debo volver al trabajo... —contestó él con el mismo tono de voz—. Ahora que hemos enterrado el hacha de guerra, podemos hacernos mucho el amor, ¿no?

—Pero no me hagas daño o no te lo perdonaré jamás.

—Te prometo que nunca lo haré.

No sabría definirlo, pero se sentía más adolescente que nunca. Malik no era uno de esos chicos en los que ella se habría fijado nunca. Sin embargo, la volvía loca con un simple pestañeo. Tenía unas largas, negras y pobladas pestañas que contrastaban con el verde oscuro del iris. Quizás fuera por eso, por esos ojos, que ya no pudiera apartarlo de su cabeza...

Pandora se adentró en la vivienda, dispuesta a seguir el mismo ritual de siempre. Subiría a la habitación de su abuelo y le recitaría unas cuantas páginas de algún libro. Justo el día anterior había terminado de leerle *Rayuela*, así que hoy escogería otro ejemplar. Nadie sabía de sus visitas al caserío, excepto el tío Peter. Un día la descubrió allí y le hizo un millón de preguntas. Pandora no le contó nada de las cartas ni de la herencia, simplemente que echaba de menos a su abuelo y quería recuperar el tiempo perdido. No sonó nada contundente, ni creíble, pero, al menos, la respuesta sí pareció complacer a Peter. Pandora también se extrañó de verlo allí y, por supuesto, hizo lo propio: preguntar. Peter resolvió que necesitaba el libro de familia para inscribirse a una bolsa de trabajo de psicología terapéutica, y que la abuela Gloria era la que siempre había guardado estas cosas. Tampoco le dio más vueltas al asunto.

Pandora accedió a la biblioteca. No podía borrar la sonrisa de su cara después de lo que había pasado con Malik. Subió a la planta de arriba dispuesta a escoger un libro. Se lo tomaba con calma, el tiempo

del abuelo se acababa y escoger un buen ejemplar era una gran responsabilidad. No quería dejarse los grandes clásicos, no quería que el abuelo partiera sin haber escuchado, por última vez, los mejores fragmentos de la historia de la literatura.

Navegó por los pasillos, rozando los lomos de los libros. Ni siquiera estaba pensando en ellos, su mente revivía, una y otra vez, los besos de Malik. Pandora se acariciaba los labios con las yemas de los dedos, y cerraba los ojos para recordar el tacto exacto de los de Malik. Gruesos, húmedos y con una especie de sabor a menta.

De repente, como si un impulso la hubiera llevado hasta allí, reparó en el ejemplar que tenía justo enfrente: *Solo mientras tanto*, de Benedetti. Le sonaba el título de alguna cosa, pero en ese momento era incapaz de recordar con claridad. Lo sacó con sumo cuidado y lo abrió para leer algún poema. Quería cerciorarse de que era un libro lo suficientemente bueno como para recitárselo al abuelo. Justo en el momento que cortó por la página 53 y abrió el poemario, una fotografía se deslizó hasta terminar descansando en sus pies. Tenía los bordes amarillentos y desgastados. Esa era la consecuencia del paso de tiempo, eran las arrugas de la vejez en las fotografías. Había caído del revés y desde la perspectiva de Pandora solo se veía el reverso. Tenía una inscripción. Pandora se puso de cuclillas y, sin tocarla, pudo leer: «Nunca me olvides. Somos la piel de los recuerdos. Anette».

La recogió dispuesta a darle la vuelta. Cuando lo hizo, el libro de Benedetti se precipitó hasta el suelo. La mano de Pandora había dejado de ejercer fuerza para desplazarse hasta su boca y acallar un grito. En el fondo de la fotografía, el Big Ben de Londres; en el centro, el abuelo Jefferson con veintipocos años miraba maravillado a la mujer que se reía a su lado y que él mismo sujetaba por las caderas; la chica con un brazo envolvía el cuello del abuelo y con la otra mano sostenía con elegancia un cigarrillo. La joven era Anette, y lo más asombroso de todo es que tenía exactamente el mismo rostro que Pandora.

***

22 de diciembre de 1965

El chofer del matrimonio Hume llegó a la localización que le había indicado. Gloria bajó del coche sin esperar a que Lorenzo le abriera la puerta y la invitara a salir del automóvil. Ella no era de esas mujeres. Ella no necesitaba que un hombre la estuviera complaciendo todo el tiempo.

Lorenzo llevaba muy pocos días trabajando para el matrimonio, pues iban a instalarse en Madrid después de haber rodado mucho mundo. En realidad, iban a construir una residencia a la que poder llamar hogar, pero la vida de Jefferson iba a seguir siendo igual de

ajetreada. Giras, firmas, entrevistas... No tenía ni un segundo de tregua. Durante el trayecto, Gloria y Lorenzo apenas habían hablado, y el chofer sentía una gran necesidad de estrechar lazos con el matrimonio para ganarse su confianza y, así, poder trabajar para ellos por mucho tiempo.

—¿Cómo se encuentra el señor Hume? —preguntó por preguntar algo.

—Ahora mismo está en Inglaterra. Partió hace tres semanas para reunirse con la banda. Han dado una gira por todo el país que termina justo esta noche en Durham. Jefferson está muy ilusionado.

—Imagino lo que supondrá para él tocar en el lugar que le vio nacer. Le deseo el mejor de los éxitos.

—Sus éxitos son los nuestros, Lorenzo. Sin Jefferson, ni usted ni yo estaríamos hoy aquí.

—Cierto. Y les estoy muy agradecido por la oportunidad, señora.

—Por favor, Lorenzo. Puede llamarme Gloria. Al fin y al cabo, usted va a convertirse en uno más de la familia.

La felicidad de Lorenzo se delató en el sonrojo de sus mejillas, pero era un hombre muy modesto y los halagos le abrumaban. Por ese motivo, decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Ya tendrá usted ganas de ver al señor Jefferson... En esta época del año parece que todo se sienta con más intensidad, se ama más fuerte y se echa de menos con todo el dolor del corazón. —Tragó saliva y, sin saber cómo, también las lágrimas—. Las Navidades siempre son para pasarlas en familia.

Un crujido profundo y arenoso interrumpió la conversación. Gloria encaminó su mirada hasta poder ubicar el sonido. A unos doscientos metros se levantaba una majestuosa estructura. Era su futuro hogar, todavía desnudo. La ilusión se apoderó de sus piernas, que comenzaron a andar a paso ligero. Lorenzo, que tenía unos kilos de más, apenas podía seguir el paso de la señora.

A medida que se acercaban, la estructura parecía más imponente. Una cincuentena de obreros trabajaba sin parar, con el frío invernal de la sierra madrileña adhiriéndose en sus huesos.

Un hombre de unos treinta y pocos años se acercó hacia ellos en cuanto los vio. Era alto, con una gran mata de pelo oscuro y un porte lo suficientemente elegante como para lucir traje entre aquel caos de arena y cimientos.

—Buenos días, señora Hume —dijo estrechándole la mano—. Mi nombre es Neo y soy el arquitecto que ha ideado su vivienda.

—¿Neo? Precioso nombre... Es un placer conocerle, así puedo agradecerle en persona que convirtiera mi casa soñada en una realidad.

—Mis padres son griegos, de ahí la rareza de mi nombre... Aunque

yo nací aquí en Madrid y me considero más español que ninguno de los presentes.

Gloria soltó una carcajada y, tras un intercambio de educadas sonrisas, ambos se acercaron a la estructura para estudiarla con detalle. Gloria ya imaginaba a sus futuros hijos correteando por aquel terreno de escombros que pronto sería un paraíso.

Lorenzo se quedó a una distancia prudencial para no parecer grosero. A él ni le iba ni le venía. «Eres el chofer, no su niñera», se decía a sí mismo para aplacar sus ansias de satisfacer a la señora.

—Mi marido me enseñó los planos de la finca y he de darle mi más sincera enhorabuena. Nadie podría haber plasmado con tanta fidelidad lo que Jefferson y yo queríamos —insistió Gloria.

—Me alegra enormemente que sea de su gusto, señora Hume. Si estos hombres trabajan duro, en marzo usted ya podría estar viviendo aquí. Aunque nosotros continuaríamos ultimando detalles... Un caserío de estas dimensiones lleva muchísimo trabajo.

El chirrido de un frenazo paralizó las ensoñaciones de Gloria. Se dio la vuelta y, a lo lejos, una nube de polvo tapaba por completo el coche que acababa de llegar a toda velocidad. De entre el nubarrón salió una voz que le sonaba familiar.

—¡Gloria! ¡Gloria!

El señor Moore corría hacia los presentes y Gloria quería escapar, pero sus piernas, rígidas y temblorosas, seguían aferradas al asfalto. Tenía un mal presentimiento y hacía tanto tiempo que no recibía malas noticias... Quería huir.

Cuando Moore estuvo frente a ella, Gloria ni siquiera lo miraba a los ojos. No quería descifrar nada, no quería escuchar, no quería estar allí.

—He venido en cuanto he podido...Los chicos... Gloria, los chicos... Tuvieron ayer un accidente. Nick ha muerto y Jefferson... Jefferson se encuentra en estado crítico, entre la vida y la muerte.

Gloria se desvaneció, pero no llegó a tocar el suelo. Los brazos de Neo la rodearon a tiempo.

CAPÍTULO 18

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

«Menos mal que puse el teléfono en modo vibración», pensó. Se levantó sigilosamente para no despertar a su mujer, que dormía plácidamente al otro lado de la cama. El teléfono seguía vibrando en su incesante

deseo de que alguien lo descolgara. Daba la sensación de que el otro interlocutor estaba ansioso a las tres y media de la madrugada. Sin embargo, él no quería responder. Cuando alguien llama antes del amanecer, no es para darte una buena noticia. Es una ley no escrita en la Constitución de la vida real. Las malas noticias son las únicas que no tienen espera, y necesitan vomitarse cuanto antes porque la mierda compartida parece que duela menos.

—¿Diga? —respondió con el corazón todavía adormilado.

—Tenemos un grave problema —la voz era tan impermeable que sí, que muy grave debía de ser ese problema.

—Tú dirás... —tragó saliva, temiéndose lo peor.

—Nuestro cliente no está dispuesto a aceptar la mercancía que le hemos enviado. Dice que es exactamente igual a la anterior y que dejó bien claro cómo quería que fuera esta vez.

—Pues que se deshaga de ella y ya le enviaremos una a su gusto. No puede hacernos eso. Hemos arriesgado muchísimo llevando la mercancía hasta Dubai.

—El jeque Abdel Salâm no quiere mancharse las manos. Ese encargo nos lo deja a nosotros.

—Pero si ya las tiene más que manchadas... Que no me joda y que venda la puta mercancía a quien sea. Seguro que algunos de sus millonarios clientes estarían dispuestos a quedársela para alguna de sus fiestas.

—No hay nada que hacer. Nos la traerá con su *jet* privado mañana.

—¡Mierda! Nunca se nos ha torcido ninguno de nuestros negocios y, precisamente, tenía que ser este... ¿Has pensado lo que vamos a hacer?

—Mantén la calma, joder. Todo va a salir bien. He pensado llevar la nueva mercancía a La Cúpula. Seguro que alguien estará dispuesto a pagar un riñón por ella. Podríamos pedirle al jeque que nos haga el favor de transportarla hasta allí con su avión. Nos debe algún que otro favor...

—¿Y con la vieja mercancía? Esa ya no nos sirve para nada.

—Nos desharemos de ella a su debido tiempo.

Colgó. No quería seguir hablando. De repente, todo su imperio se tambaleaba. Llevaban años en ese negocio y nadie les había descubierto, pero tenía un pálpito extraño. No iba a salir bien, lo presentía.

Volvió a la cama a sabiendas que no podría conciliar el sueño. Miró a su mujer, ajena a todo, durmiendo con la conciencia tranquila del que ha obrado bien a lo largo de su vida. Ajena al monstruo que dormía cada noche a su lado, piel con piel, rozándole la bondad con la yema de sus sucios dedos. «No soy un monstruo, lo hago por mi familia», se mentía a sí mismo. Aunque él sabía que nunca más

dormiría apaciblemente como su mujer, su conciencia estaba corrompida, la voz de su cabeza no paraba de gritarle lo hijo de puta que podía llegar a ser.

CAPÍTULO 19

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

NO HABÍAN TOCADO las ocho de la mañana todavía. Eran exactamente las 7:47 cuando Malik y Héctor salieron del apartamento. Cada uno en una dirección distinta y con un objetivo que debían alcanzar antes del mediodía. Así lo habían acordado.

Malik contrató un BlaBlaCar, que ya estaba, puntualmente, esperando en la esquina de la calle del inspector. Resultó ser conducido por una señora regordeta y de aspecto afable. Vivía en Alcorcón y se dirigía hacia el aeropuerto de Barajas, donde tenía que recoger a su sobrina que venía desde Tokio. Dejó a Malik a mitad de camino entre la casa de Héctor y el aeropuerto, justo enfrente del portal del edificio donde residía Cristina Farias.

En la acera de enfrente, la terraza de una acogedora cafetería invitaba a Malik a tomarse un café bien cargado para comenzar la jornada. Los restos de alcohol seguían vagando por su organismo como un fantasma que pretendía amargarle la existencia.

Mientras removía el azúcar con la cucharilla, no quitaba ojo a la puerta del edificio. En su cabeza se amontonaban un montón de planes para obtener información, pero ninguno de los que se le ocurrían eran legales. Es más, todos estaban penados por la ley. Así que descartó la idea de entrar en el apartamento de la abogada y, sobre todo, la de amordazar a los vecinos hasta que soltaran prenda. Sonrío al imaginar lo que le diría Pandora sobre sus intenciones. «Eres un bruto, Malik» le reprendería dándole una palmada en el brazo, de la que se arrepentiría milésimas de segundo después, y le pediría perdón dándole un beso en el mismo lugar en el que propinó el golpe.

El recuerdo de Pandora le hizo envalentonarse. Dejó dos euros sobre la mesa y se marchó. Sabía que el café no costaba tanto, pero no quería perder más tiempo. Se acercó a la garita del portero, aunque más bien era un guardia de seguridad. Su uniforme y sus bíceps lo corroboraban, aunque sus cincuenta y tantos años le habían arrebatado parte de la autoridad.

—Sí que deben ser lujosos estos apartamentos —pensó Malik en voz alta.

El guardia ni siquiera salió de su ensimismamiento. Miraba la pantalla del ordenador, donde se estaba reproduciendo una carrera de

caballos en directo desde un canal de YouTube. «Hay gente para todo...» juzgó Malik, aunque esta vez para sus adentros.

—Perdone... —dijo al fin, dando unos golpecitos al cristal de la garita.

—No queremos nada, gracias... Y hasta luego —contestó sin mirarle siquiera—. ¡Me cago en todo lo que se menea! Sabía que no tenía que apostar por Centella.

—Disculpe, pero no he venido a venderle nada —interrumpió Malik.

—Pues dígame a qué ha venido y lárguese. No tengo el día, acabo de perder mil euros...

—Soy agente de la Policía Nacional y he venido a que me respondiese a algunas preguntas sobre el caso de Cristina Farias...

El guardia se levantó de la silla y, desde el otro del lado del cristal, hizo una radiografía a Malik.

—Mira chaval, tú tienes de policía lo que yo tengo de cofrade...

Malik estampó contra el cristal una placa falsa que le había conseguido el inspector Izquierdo durante la madrugada. No sabía cómo lo había hecho, pero lo hizo. Algunas cosas es mejor no preguntarlas. A un soplido estuvo el cristal de la garita de romperse. El guardia volvió a sentarse en la silla y, ahora sí, con carita de cofrade y voz de hermanita de la caridad, le contó a Malik todo lo que sabía sobre la noche del asesinato.

—Pues verá, señor agente —volvió el guardia a dirigirse a Malik con el tratamiento de usted—. Esa noche me tocaba a mí el turno de noche, pero de poco puedo ayudarle porque en el intervalo en el que ocurrió todo me quedé dormido. Nunca en la vida me había pasado y llevo tres años trabajando aquí.

—¡Vaya, hombre! Y tenía que pasarle a usted ese día... Una vecina dijo que había escuchado los gritos de la pareja minutos antes del fatal desenlace. ¿No le despertó tal alborotó?

—Pues la verdad es que no y mire, señor agente, que yo me despierto con el zumbido de una mosca... Pero no sé si sabe que la señora Farias vivía en el séptimo piso. ¡Cómo para enterarme yo desde la garita!

—Los gritos venían del séptimo piso, pero el marido se reventó la puta cabeza contra el asfalto, justo a dos metros de la garita. ¿Tampoco se enteró usted de eso?

—Tampoco... Con decirle que cuando abrí un ojo, había un compañero suyo aporreándome el cristal... No crea que me siento bien, esta noche no he pegado ojo pensando en qué habría pasado si hubiera escuchado los gritos. Mi mujer dice que no puedo seguir castigándome, pero es que no me lo explico... Si hasta me tomé un café bien cargado que, amablemente, me trajo una señorita unas horas antes.

—¿Una vecina del edificio?

—No, no. Sobre las once de la noche, vino una chica pelirroja. Tendría unos treinta años. Guapa a rabiar. Venía con una maleta y me contó que su prima vivía en el edificio, una chica jovencita que está alquilada en el primero L. Yo la conozco, claro. Menos guapa que ella, la verdad. Los genes ahí jugaron una mala pasada...

—Al grano, por favor...

—Sí, perdone. El caso es que me contó que tenía que llegar a las siete de la tarde, pero se había retrasado el avión y llegaba a esas horas. Con tanta mala pata que su prima no se encontraba en casa y tuvo que esperarla aquí en el portal. Así que me hizo compañía un buen rato e incluso me trajo un café calentito de la cafetería esa que hace esquina. Después salió a fumarse un cigarro y hacer una llamada. No me acuerdo de mucho más. Seguramente, para cuando llegó la prima, yo ya estaba en el quinto sueño.

—¿Le contó esto a mis compañeros?

—Sí, pero no le dieron tanta relevancia como usted. Tampoco entiendo yo qué tendrá que ver la muchacha con que un hijo de puta mate a su mujer. El muy cabrón podría haber invertido el orden y suicidarse primero.

—Sí, eso habría estado bien. ¿Y la copia de las cámaras de seguridad dónde está?

—Sus compañeros también me la pidieron, pero al parecer encontraron un fallo en el sistema registrado a las doce y un minuto. No hay nada grabado hasta la mañana siguiente. En el cambio de turno lo solucionó mi compañero. Aunque eso, supongo que ya lo sabrá usted.

—Sí, estoy al corriente. Pero quería asegurarme... Solo hago mi trabajo. ¿Me disculpa un segundo?

Malik intuía quién podía ser, así que se puso a buscar en su teléfono móvil. Debía de tener un perfil de Facebook, a estas alturas hasta su abuela podría tener uno. No fue fácil encontrarlo, pero lo hizo. De nuevo se dirigió al guardia, que lo miraba con cierto aire exasperante. Soltó un suspiró de resignación y susurró algo así como «a ver qué coño quiere ahora». Aunque Malik no entendió absolutamente nada.

—Era esta mujer —no era una pregunta. Acercó, esta vez, la pantalla del móvil al cristal de la garita.

—¡Sí, señor! Esa era.

—Muy bien. No tengo más preguntas. Gracias por su colaboración y siga disfrutando de la hípica. A ver si con suerte no arruina a su familia.

Malik desapareció del campo visual del guardia y caminó a toda prisa hasta la primera boca de metro. Miró el reloj: las 9:13. Se sacó el teléfono y llamó al inspector Izquierdo, este no tardó ni un tono en

responderle.

—Tengo algo muy gordo, inspector.

—¡Bien! Confiaba en ti, Malik. Yo acabo de llegar a Rascafría. Espero tener tanta suerte como tú. Ahora ve a mi apartamento y descansa hasta que llegue. Tienes las llaves, ¿no?

—Afirmativo.

—Asegúrate de que nadie te vea entrar allí. Nuestras investigaciones extraoficiales podrían irse a la mierda.

CAPÍTULO 20

21 de junio de 2016

24 días antes de la desaparición

PANDORA ESTABA SENTADA sobre la hierba, le relajaba sentir la tierra tan cerca de su piel. El sol ya estaba a punto de esconderse y el horizonte se teñía de rojo. Le encantaba ver la puesta de sol, pero hoy el fenómeno solar había pasado a un segundo plano. Miraba sus propios dedos que se enzarzaban en una disputa de nerviosismo. Poco a poco iban disminuyendo de intensidad y, entonces, la lucha interior cambiaba de objetivo: ahora le inundaba la preocupación, la duda.

Los demás estaban en la zona de la barbacoa preparando la cena. Muy posiblemente ella no cenaría esa noche. Una presencia que conocía bien se sentó a su lado, pero sus ojos seguían enfocados en el suelo y su cabeza era un engranaje que fabricaba pensamientos a toda velocidad.

—Es raro no verte en el balancín —le susurró Malik en el oído.

Ella ladeó la cabeza para cobijar el rostro del chico entre su mejilla y su hombro. La respiración de su novio también era una de las cosas más relajantes del mundo. En esa fuente de aire cálido se sentía protegida.

—Cuéntame qué te pasa, nena. Llevas todo el día huyendo de mí —insistió.

—No es por ti —Pandora lo miró a los ojos para reforzar la negación y luego lo besó delicadamente en los labios.

—No es por ti. Es por mí, Malik. Mereces algo mejor —bromeó el chico imitando de forma perfecta la voz de Pandora.

Y consiguió arrancarle una sonrisa de su expresión triste.

—Es que he encontrado algo que podría cambiar mi vida... —vaciló y miró al cielo como buscando respuestas—. Y no sé qué hacer, porque tengo miedo. Creo que es algo de mi pasado, pero no sé si quiero saberlo. Un profesor de la *uni* dice que el conocimiento es poder, y el poder, a veces, lo corroe todo. Y que, en ciertas cosas, la ignorancia es un punto a nuestro favor.

—Eso me recuerda a la leyenda griega... ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah, sí! El mito de la caja de Pandora... Nunca mejor dicho.

—Exacto. Pues es como si ahora mismo yo tuviera la caja, y no sé si me atrevo a abrirla.

Malik la rodeó con su brazo y la deslizó hacia él. Ella apoyó la

cabeza en su hombro y, entonces sí, miró al horizonte.

—Voy a contarte algo que quizá te ayude a aclararte. Cuando era pequeño me aterraba el mar. Había escuchado muchas historias, ¿sabes? Gente que conocía había muerto allí. Mi madre me decía que se los tragaba el mar para escupirlos en un sitio muy bonito, en un paraíso, en una tierra prometida. Pero yo sabía que eso no era cierto. Que quien no salía del mar no llegaba a ninguna otra parte...

—A mí me encantaba bañarme. Jamás habría imaginado que el mar en el que yo jugaba de pequeña podía ser el túnel del terror para otros niños —interrumpió Pandora.

—Para mí era peor que un túnel, era una jaula, un laberinto, un muro que nos separaba de lugares pacíficos y seguros, y nos dejaba allí: en tierra de nadie. El caso es que mis padres ya habían intentado venir a España en más ocasiones, pero justo cuando íbamos a subir a la embarcación, yo siempre me soltaba de la mano. Corría muchísimo, imaginando que me perseguía un león o algo peor. Me pasaba muchas horas escondido y después regresaba a casa. Tenía la certeza de que mis padres no se irían si mí. La noche antes de subir a la definitiva, a la que nos trajo a España, mi padre vino a hablar conmigo. Mi hermano estaba muy enfermo y necesitábamos marchar. Era nuestra última oportunidad. Así que mi padre me preguntó muy seriamente: «Malik, si en lugar de una gran masa de agua, hubiera un desierto ¿lo cruzarías para salvar la vida de tu hermano?». «Claro que sí, papá» le respondí. Él me sonrió orgulloso y me hizo otra pregunta: «¿Y cómo harías para no morirte de sed o de calor?...». «No lo sé, papá».

Pandora le respondía con caricias en la mano. No quería interrumpirle.

—«¿Y aun sabiendo ese riesgo, lo cruzarías?». Yo asentí con la cabeza. Claro que estaba dispuesto a cruzar un desierto para salvar la vida de mi hermano. «¿Y por qué no estás dispuesto a hacer lo mismo a través del mar?». «¡El mar se traga a la gente, papá!» le respondí furioso. «¡Y el desierto los abrasa, hijo! Eliges el desierto porque has vivido en él. No porque sea menos peligroso, sino porque ya lo has desafiado muchas veces. Al enfrentarte a él, tú te has hecho grande y el desierto, el miedo, pequeñito. Desafía al mar, solo así podrás vencerlo». Al día siguiente, me subí a la puta embarcación. No sirvió para salvar la vida de mi hermano, pero sí para hacerme más fuerte. Las cosas nos dan miedo porque no las conocemos, porque no sabemos si somos tan fuertes como para poder con ellas. Pero lo somos, Pandora. No he visto nada más fuerte que un ser humano. Desafía a lo que sea que hayas encontrado. No lo hagas por mí, ni por mi historia, hazlo por ti.

Pandora lo abrazó con fuerza. En aquellos momentos, Malik era su muleta, su refugio y su paz. Sin él todo sería más difícil y daría mucho

más miedo. Él le correspondió con un beso tierno. Era la única chica a la que besaba de esa forma, con extrema delicadeza. La dejó sola y Pandora se sacó del bolsillo la carta que había encontrado esa misma mañana dentro de una enciclopedia polvorienta que nunca se le habría ocurrido abrir. Pero lo hizo y la encontró. No era un farol de su abuelo, lo de las cartas era cierto. En el sobre amarillento no había nada escrito. Fuera cual fuera el contenido, aquella misiva no había sido enviada a ninguna dirección. Sin pensarlo más, desplegó la carta y comenzó a leer:

«Querido Neo,

te escribo con el único fin de salvar mi atormentada alma. Lo hago en el jardín de la casa que con tanto amor nos diseñaste a mí y a mi marido. Peter ha dado hoy sus primeros pasos y, aun así, sigo estando triste. Me siento la peor madre del mundo, pero no encuentro consuelo para tan gran vacío de mi corazón. Si pudiera mandar esta carta al lugar en el que reposan las almas bondadosas como la tuya, lo haría. Pero sé que te escribo en vano, solo por aplacar mi pena de alguna forma. El primer día sin ti, me acosté temprano y madrugué muchísimo. Sentí como si fuera a trasnochar el resto de mi vida. Jefferson sabe de mi pena, pero finge todo el tiempo. Yo sé que tampoco soy el amor de su vida. Por eso, no me culpa. Es tan bueno que tampoco lo merezco. Soy la peor madre y la peor esposa del mundo, pero he sido la mujer más feliz a tu lado y eso no lo pienso olvidar. Te escribo para despedirme de ti y decirte que te amo una última vez. Aunque tu corazón ya no late, el mío te recordará hasta mi último suspiro. Fuiste mi mayor apoyo desde aquel fatídico accidente que cambió mi vida para siempre. Fuiste el calor en las noches frías, me devolviste la ilusión que me arrebataron en mi adolescencia. Me hiciste ser una chiquilla de nuevo y ahora la mujer más desdichada del mundo. Me duele haberme callado tantas cosas que debí contarte. Tengo una tristeza imborrable en el pecho, un pozo de amargura que no me deja disfrutar de mis tres maravillosos hijos. Volveré a escribirte algún día, mi amor. No sé cuándo, pero lo haré. Te amaré eternamente, Neo.

P.D: Sueño con viajar a Grecia, el maravilloso país que anheló verte nacer.

Mayo de 1985

Gloria»

Pandora se guardó la carta y se quedó pensando en el matrimonio de sus abuelos. Ella no quería acabar así, compartiendo la vida con alguien a quién no amara realmente. Su abuelo Jefferson enamorado de Anette toda la vida y la abuela de su amante con ascendencia griega. Pandora, Dorian, Melba... Ahora entendía por qué tanto empeño en ponerles nombres de origen griego. Aquella carta no le aclaraba nada en realidad, pero sentía que se estaba acercando a la verdad. En concreto, a su verdad. Lo que Pandora no sabía era que todavía le quedarían dos cartas más por descubrir.

Tenía que poner en orden sus pensamientos y encontrar una teoría válida para todo ese desatino. Tampoco había encontrado respuesta a su incomprensible parecido con Anette. Era un tema que había intentado apartar porque le asustaba un poco.

Se levantó y fue hacia su familia intentando disimular. Se disculpó por sentirse indispuesta y se marchó a su habitación. Se refugió en su cama, tapándose hasta la cabeza con la sábana y, entonces, le vino un recuerdo de su infancia. Jugaba al escondite con mamá y siempre se escondía debajo de las sábanas. Renée entraba en la habitación y

fingía no ver el bulto sobre la cama. Entonces decía en voz alta lo cansada que estaba y se tumbaba con cuidado encima de Pandora. A ella le entraba la risa y su madre la destapaba con cara de sorpresa.

Se echó a llorar debido a la nostalgia. Necesitaba volver a ese tiempo en el que absolutamente nada podía atormentarle.

***

24 de diciembre de 1965

El pitido lánguido y regular del electrocardiógrafo percutía dentro de la cabeza de Gloria, informándole a cada segundo de que Jefferson estaba estable, pero muy débil.

Nunca había pasado el día de Nochebuena en un hospital y, definitivamente, no era un plan que recomendaría a nadie. Desde que llegó a Inglaterra, no había dormido nada y pestañear le resultaba, cada vez, una misión más complicada. Sus párpados empezaban a parecer dos persianas oxidadas que, en cualquier momento, no podrían abrirse más.

Observaba a Jefferson, sumido en un sueño permanente. Intubado y con un rostro que parecía un mapa de heridas y rasguños. La herida de la frente tenía forma de bota, como Italia. Gloria no estaba volviéndose loca, no.

En cuanto Jefferson se recuperara un poco, ella volvería a Madrid. Así se lo había aconsejado el señor Moore. Las obras no podían estar paradas, sobre todo ahora que Jefferson necesitaría un buen hogar en el que sanarse. Todos sabían que saldría de esta, era un tipo fuerte y con una salud de roble hasta el momento. Lo difícil sería asumir ciertas cosas. Porque por más fuerte que uno sea, el dolor emocional siempre te acaba machacando.

Jack iba con dos rayas de coca en el cuerpo cuando decidió conducir. Ahora estaba en la planta de psiquiatría intentando asimilar que su compañero y amigo Nick tendría que tocar la batería desde las nubes. Eddy se recuperaba de una rotura de tibia y su mujer le llevaba a visitar a Jack y Jefferson cada cierto tiempo. «Los *Broken Hearts* han muerto junto a Nick» decía llorando Eddy cada vez que veía a Gloria. En los momentos difíciles, uno cree que el mundo va a acabarse. Pero lo cierto era que la banda volvería a ser aclamada pocos años después y un tal John Tyler ocuparía el vacío de Nick, aunque nunca llegaría a llenarlo del todo.

El médico entró en la habitación de Jefferson e invitó a Gloria a salir al pasillo con él.

—Los pacientes en este estado, aunque sea difícil de creer, lo escuchan y entienden todo. Como usted podrá imaginar, no me gustaría alterar a Jefferson —se excusó el doctor y continuó con el parte médico—. Tenemos muchos indicios para pensar que su marido

va a despertar. Responde a los estímulos y hay presencia de actividad cerebral. Lo que no podemos asegurarle es cuánto tiempo puede estar así, ni tampoco las posibles secuelas que pueda tener. Por otra parte, si despierta, tendrá que hacer rehabilitación durante mucho tiempo. Las operaciones en ambas piernas han sido complicadas y hemos peleado mucho en quirófano para no tener que amputar ninguna extremidad.

—No sabría cómo agradecerles que le salvaran la vida. —Gloria sollozaba como una chiquilla, mientras el doctor posaba la mano en su hombro para calmarla—. Será muy difícil, pero mi marido es tan valiente...

—Desde luego. Su marido está hecho un toro. Eso sí, hay algo que debe usted saber...

CAPÍTULO 21

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

El golpe había sido doloroso. No habían sido muchos metros de altura, pero el hombre malo la había lanzado como un saco de patatas. Enseguida notó el olor metálico de la sangre. Palpó todo su cuerpo hasta encontrar de dónde provenía: rodillas, manos y frente. El lugar en el que la habían dejado no debía de tener ventanas, porque ni un mísero rayo de luz retaba a aquella oscuridad ponzoñosa. Nunca en la vida había tenido tanto miedo. Estiró un brazo y tocó la pared, en cuatro gateos estaba tocando la otra. De pronto le faltaba el aire. Ese zulo era demasiado pequeño y ella había tenido claustrofobia toda su vida. Ya no sabía si prefería estar con el hombre malo o con el hombre que la violó. Al menos, el último la colmaba de lujos después de hacerle daño. Y le daba comida y agua, y todo lo que ella pidiera. No la iban a encontrar jamás. En ese lugar no. Ella no sabía dónde estaba, pero estaba casi segura de que había viajado en avión. Reconocía a la perfección esa sensación de estar flotando, suspendida en algún punto del cielo.

Estaba débil. Muy débil. Necesitaba dormir, pero el miedo no la dejaba. Y entonces volvía a sentir la ventosa en la parte superior del abdomen, la sensación de ahogo, las taquicardias, la opresión en el pecho. Un ataque de ansiedad ahora no, por favor. Gritó fuerte hasta desgarrarse la voz. Hasta sentir otra vez el metal de la sangre, pero esta vez en forma de sabor. A los gritos, una única réplica: el silencio aterrador. Estaba en la nada más absoluta.

La voz ya no le respondía, así que comenzó a golpear la pared y arañarla. Notaba el cemento deshacerse levemente entre sus dedos. No era suficiente para salir de allí.

Dos minutos de descanso y vuelta a la carga. Ahora gritaba en varios idiomas, los que sabía: español, inglés y francés.

—Tranquilízate. No te van a escuchar. Lo único que haces es desesperarte cada vez más.

Pandora frenó en seco. Hasta el sudor y las lágrimas se detuvieron. La sangre no. La sangre siguió como un río buscando su cauce. Se movió lentamente hacia el lugar en el que había escuchado la voz. «Serán alucinaciones por el *shock* postraumático. Bueno, *shock* traumático, porque esto no tiene pinta de haber acabado todavía»

pensaba ella. De repente, notó con sus dedos un cambio de altura en el suelo. Había un obstáculo, lo palpó y reconoció la punta de un zapato. Continuó el recorrido y el tacto envió la información al cerebro: son unas piernas. Y entonces una mano acarició la suya, y la misma voz de antes le susurró que mantuviera la calma. Las lágrimas se activaron de nuevo, una muestra de cariño entre tanto sufrimiento era como una gotita de lluvia en época de sequía. Parecía insignificante, pero cualquiera lo celebraría como un milagro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la voz dulce, mientras le seguía acariciando las manos.

—Pa... Pandora —contestó con una mezcla de miedo y esperanza.

—Vale, pues respira profundamente Pandora. No estás sola. Estoy yo aquí, contigo.

La otra chica la abrazó con fuerza y comenzó a susurrarle una canción en el oído. La entendía tanto... Ella misma había experimentado ese miedo desmedido, pero el ser humano acaba acostumbrándose a todo. Pandora sintió cómo sus músculos se relajaban y apoyó su cabeza en los hombros de la otra chica. Abrió la boca ligeramente, la tenía engarrotada de tanta presión de mandíbula y, cuando su cuerpo estaba a punto de rendirse y descansar, una rejilla se abrió. No le dio tiempo a ver nada, la luz duró una milésima de segundo. El hombre malo había vuelto. La arrancó de los brazos de la otra chica, le puso a ciegas una venda en los ojos y la sacó de allí a rastras. Ya no le quedaban fuerzas para gritar ni tampoco para oponer resistencia, así que se dejó arrastrar clavándose en su cuerpo todo lo que pillaba a su paso.

CAPÍTULO 22

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

Héctor ya no tenía carta blanca para entrar en el caserío. Perder los papeles con el pequeño Dorian le había costado caro. Cuando el comisario Castillo se enteró, lo apartó del caso. «Aquí no vale todo, inspector. Recuerde que no está buscando a su hermana, sino a mi sobrina. Usted ha perdido el juicio y me veo obligado a delegar la investigación en el subinspector Fernández de Larrea».

Todos sabían que el subinspector Fernández de Larrea no iba a prestar la mínima atención a este caso. Cada uno tiene su lucha personal, su talón de Aquiles, el suyo no sería Pandora, sino el Caimán. El subinspector había dejado su querida Álava para afincarse en Madrid y destapar al narcotraficante más buscado con nombre de reptil. Y a él sería al que le dedicaría, en vano, toda su atención.

Héctor había dejado el coche a un kilómetro y medio, pero era mejor que nadie de los Hume lo viera por allí. Llegó al portón y se encendió un cigarrillo. Había vuelto a fumar después de dos años. Pero es que, en esos instantes, sus pulmones y el medio ambiente le importaban una mierda.

Malik tenía algo importante que contarle y él quería llegar a su casa con el mismo sabor de boca. De momento, solo tenían una caja con un dibujo de una espiral en su interior. Estaban más perdidos que un camello en Alaska.

Esperó un buen rato hasta que el portón se abrió y vio salir el coche de Peter. Pudo reconocer a Nekane que iba en el asiento del copiloto. Héctor hizo un cálculo rápido: Renée y Luís habían vuelto a su casa porque no soportaban estar en la finca, Peter y Nekane acababan de salir, y el comisario Castillo estaba en la comisaría. Por lo tanto, en la casa solo estaban Sally y los dos niños. Héctor esperó a que el coche se alejara y, cuando la enorme puerta estaba a dos palmos de cerrarse, ladeó su cuerpo y, con un movimiento raudo y resolutivo, se coló en la mansión de los Hume.

Sally estaba en el porche con los dos niños haciendo manualidades con pintura. El inmenso terreno ajardinado y repleto de árboles permitía a Héctor desplazarse sin ser visto. Pero en los ojos de Dorian no había secretos posibles. El niño sí se había percatado de la presencia del inspector, aunque nunca emplearía su voz para informar

de algo tan insustancial para él. Así que siguió pintando, metiendo el dedo en el botecito de pintura verde.

Melba, que también había hecho chapotear sus dedos en la pintura, se metió la mano en la boca y desató la locura de una madre paranoica.

—¡Dios mío, Melba! ¡No cierres la boca ni tragues! Vamos corriendo a lavarte —Sally entró a la casa arrastrando a la niña de la muñeca.

Héctor aprovechó la maravillosa jugada del destino y se acercó apresuradamente a Dorian. El niño levantó la mirada y la volvió a bajar hacia el papel, mostrando la indiferencia más absoluta. El inspector echó un vistazo a la hoja de Dorian y se sobrecogió al verla llena de diminutas espirales de color verde.

—¿Dónde están, Dorian? Sé que quieres ayudarme a encontrar a Pandora.

El pequeño, impasible a cualquier estímulo, buscaba un hueco para plasmar otra espiral.

—Vale, sé que no quieres hablar —susurró Héctor para no ser advertido—, pero vamos a jugar. Yo te haré preguntas y solo tienes que mover la cabeza, ¿de acuerdo?

Dorian reaccionó moviendo la cabeza de arriba abajo, en forma de afirmación.

—Buen chico.

Le lanzó una mirada poco amigable al inspector, mientras seguía sumergiendo su dedo en la pintura. Héctor entendió que el niño no era tonto y mucho menos un perro como para premiarle con un ridículo «buen chico».

—¿La espiral está pintada en algún lugar? —comenzó la ronda de preguntas.

Dorian tardó un segundo en reaccionar y agitó la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Pero es una espiral lo que debo buscar?

El niño asintió sin ni siquiera mirarle.

—¿Está dentro de esta finca?

Negativo.

—¿Está en otro lugar que no sea la finca?

De nuevo, negación. La voz de Sally se acercaba y a Héctor no le quedó más remedio que alejarse del porche. Se sentó apoyado en el tronco de un enorme limonero, de espaldas al lugar en el que se encontraban Sally y los niños. Desde ese sitio tenía una vista increíble de las casi 500 hectáreas de prado, en su totalidad propiedad de los Hume. Ante sus ojos, una llanura verde con olor a limones y distintos frutos que no era capaz de reconocer. Sus ojos se deslizaban por cada metro cuadrado, esperando una señal caída del cielo. Héctor nunca había sido un tipo con suerte, pero aquel día los astros debieron

alinearse para él. A lo lejos, vio algo en el suelo que llamó su atención. Se dirigió con sigilo hasta estar lo bastante lejos como para que Sally no le viera. En el suelo había una espiral formada con hojas secas que a saber de dónde habría sacado Dorian. Se agachó y le hizo una fotografía con su teléfono. Después, tocó la superficie y en lugar de hierba, se topó con algo duro que se escondía tras un trozo de césped artificial. La verdad es que daba el pego de ser real.

La voz estridente de Sally chocaba contra los árboles y se perdía en la lejanía. Más que una voz, ya era un murmullo, un zumbido. Héctor tenía enfrente una trampilla y pensó en todas las cosas que, a lo largo de su carrera, se había encontrado debajo de alguna de ellas: personas secuestradas, cadáveres, droga, incluso armas y explosivos. El inspector se encontraba en el punto exacto de la duda, en esa fina línea entre entrar por su cuenta o pedir refuerzos. No estaba la cosa como para permitirse lo segundo, así que empuñó su pistola, la recargó y levantó la trampilla. Enfocó con la linterna de su teléfono e hizo un reconocimiento rápido: escalera de siete peldaños, cantidad de telarañas como para fabricarse una bufanda y un silencio inquietante. En cuanto al olor, solo se percibía la humedad, pero nada más. No creía que hubiera un cadáver ahí abajo.

Con una mano seguía sosteniendo la pistola, con la otra se sujetaba de la escalera. El móvil lo llevaba en la boca y la luz alumbraba lo que buenamente podía a su paso. Cuando llegó abajo, un cubículo subterráneo de unos 5 m^2 cuyo suelo estaba completamente tapado por decenas de dibujos con una misma firma: Dorian.

Todos los dibujos estaban hechos en hojas con cuadrícula verde, como todas las pistas que hasta el momento había encontrado el inspector. En un rincón de la estancia, había tres libros. Héctor se acercó y los ojeó. Eran libros dedicados a resolver enigmas y, para ello, el lector debía tener ingenio y utilizar la lógica y la habilidad. Héctor comprendió que Dorian sabía mucho más de lo que los demás creían. Esos libros estaban dirigidos a personas con un alto coeficiente intelectual. Personas que se aburrían con todo lo que entretenía al resto de mortales y que buscaban algo más, algo que retara a su intelecto. Héctor se asombró al ver los enigmas resueltos con éxito y comprendió que la desaparición de su prima Pandora se había convertido en uno de esos juegos para Dorian. Para el niño era demasiado jugoso que uno de esos desafíos con los que se entretenía se hubiera hecho realidad.

Héctor no podía dejar de ojear los libros. Dorian podría ser una de las personas más inteligentes del país. Quizá una de las personas más inteligentes del mundo. ¿Cómo no se habían dado cuenta antes sus padres? Aunque eso suele pasarles mucho a los adultos. Cuando hay un problema, se focalizan y recrean en él, cegándoles cualquier otra

virtud.

Continuó examinando el habitáculo. No había nada más que tres libros y un montón de dibujos que se amontonaban esparcidos por el suelo. Ninguno de ellos tenía color, excepto uno. Héctor fotografió el dibujo de un huevo pintado de azul, con detalles dorados. No parecía la típica ilustración de un huevo infantil, ni de un huevo de pascua, más bien parecía una joya o un elemento de decoración. Estaba dibujado y pintado con pincel, con un acabado perfecto. El inspector salió más confundido todavía del desconcertante sótano. En cuanto pudo, salió de la finca de los Hume y se encendió otro cigarrillo. Necesitaba un kilo de nicotina para aclararse las ideas. Aunque un *whisky* bien cargado tampoco le vendría nada mal.

CAPÍTULO 23

23 de junio de 2016

22 días antes de la desaparición

Era raro que a las once de la mañana Pandora todavía no hubiera bajado a desayunar. Peter entró en la habitación dando fuertes pisadas para despertarla, como cuando era pequeña. El tío Peter y ella tenían un montón de rituales. El de despertar era uno de sus favoritos. Pandora fingía seguir dormida, Peter se sentaba a los pies de la cama, permanecía inmóvil unos minutos y, cuando menos se lo esperaba, iniciaba la guerra de cosquillas.

—No me apetece que hagas lo de siempre —se adelantó por primera vez Pandora.

—¿Qué es lo de siempre? —su tío estiró la sábana que la cubría y comenzó a toquetearle los pies.

Esa vez no desencadenó la risa, sino la furia. Se deshizo de su tío con una patada al aire, por no partirle la mandíbula que era lo que realmente quería.

—¿Qué coño te pasa, Pando? Es por Malik, ¿verdad? Sé que estáis juntos... ¿Qué te ha hecho?

Pandora puso los ojos en blanco y lo miró con estupor. Peter jamás había visto esa mirada en su sobrina. Agotada del mundo que le rodeaba, imperativa con las personas que la querían.

—¿Esto va en serio? —preguntó con tono irritado—. Con Malik todo está bien. De hecho, es el único que soporta mi mal humor y lo respeta. Me da mi espacio y, si no me apetece salir de la cama, pues no me obliga a salir de ella. En cambio, vosotros me aburrís tanto... Todos. Tú, mi madre, mi padre... ¡Todos! ¿Por qué no os planteáis, por una puta vez en la vida, que las cosas que me pasan no tienen nada que ver con lo de fuera? ¿Nunca se os ocurre que quizá la culpa es vuestra?

—Perdóname, Pandora. Pero es que no sé de qué estás hablando. Si he hecho algo, lo siento.

—¿Quieres saber qué me pasa? Pues toma —le lanzó la carta de su abuela Gloria a la cara, pero impactó en el pecho de Peter y la cogió al vuelo.

Peter todavía no había comenzado a leer, pero Pandora continuaba avasallándole a preguntas. Su voz traqueteaba como un tren a punto de salirse de las vías.

—No tenía ni idea de esto, Pandora —se justificó sin levantar los ojos de las líneas—. Vale, está mal que mi madre tuviera un amante. Yo también estoy flipando, pero ¿qué culpa tenemos el resto de eso? Y ¿dónde has encontrado esta carta?

Pandora detuvo su rabia por unos segundos. La verdad era que aquella carta no significaba nada, pero ella sabía que había algo más. Algo que el abuelo se empeñó en que ella descubriera.

—¿Acaso sabes algo más? —insistió Peter

—¿Y tú? ¿Acaso debería saber algo más? —contraatacó Pandora, que empezaba a sentir que le flaqueaban las fuerzas.

Su tío Peter iba a ganar esta batalla, ella tenía las de perder. La había cagado hasta el fondo enseñándole la maldita carta. Quizás ahora se deshicieran del resto. Tenía que atacar hasta dejar a su presa indefensa. Darle el golpe definitivo. Eso lo había aprendido de los documentales de la 2.

—¿Crees que puedo confiar en ti? Me da a mí que no. Quién se fiaría de un hombre que le es infiel a su mujer...— Pandora cerró los ojos para no ver los daños colaterales que iba a dejar la acusación que acababa de disparar. Y como un dardo, dio de lleno en el centro de la diana.

Peter tiró con rabia la carta al suelo y se puso las manos en la cabeza. Antes de salir de la habitación, miró a su sobrina. Intentó descifrar sus emociones, sus frustraciones, sus miedos, su rabia. Quiso que sus cuatro años de carrera de psicología tuvieran efecto con echar un simple vistazo al sujeto. Pero el sujeto era su sobrina del alma y, sin embargo, no veía a la pequeña ratona, como él solía llamarla. No quedaba un ápice de la niña inocente que soñaba con cambiar el mundo. Ahora veía a una mujer que escupía su veneno hacia la dirección equivocada. Seguía siendo su niña revolucionaria, pero esta vez se había equivocado de rebelión. Y antes de salir por la puerta, Peter levantó el dedo, amenazador.

—Ni se te ocurra destrozar mi matrimonio, Pandora —sentenció—. Mis errores solo yo los puedo subsanar. ¿Te queda claro?

Y sin darle tiempo a contestar, Peter salió dando un portazo que abrió una nueva grieta en el marco de la puerta, y también en el corazón de Pandora. Los portazos conceden razón, aun cuando uno no la tiene. El que da el portazo siente el influjo del poder, el otro se queda con el estridente sonido y una sensación de derrota. Los portazos son como el «y punto final» de una madre, que ya no deja espacio para la persistencia, para el empecinamiento, para la terquedad.

En la habitación de al lado los escuchaba, con dos vasos y un cordel, un niño con un trastorno neurobiológico y un coeficiente intelectual oculto de 199, un rango de inteligencia que tan solo alcanza una de

cada 18 millones de personas.

***

23 de junio de 1985

A SUS 31 años ya no tenía madre. Padre nunca había tenido, cosa que tampoco le había importado demasiado, pero las cosas habían cambiado después de saber la verdad.

Lo que sí tenía a sus 31 años eran doce años de prisión a las espaldas. En su plan de atraco a la sede del Banco Central Italiano, no entraba herir gravemente a un policía. Pero cuando las cosas se tuercen, es prácticamente imposible enderezarlas. En verdad era una buena persona, o eso era, al menos, lo que opinaba su madre.

El director del banco había sido compañero suyo en la escuela. Era el típico niño trajeado, ridículamente disfrazado de hombre de negocios y sabiondo como si fuera uno de ellos. Le pegaba ese trabajo de corbata y billetes. Ricardo Grimaldi siempre le había mirado por encima del hombro, así que el susto que se llevó aquel 5 de febrero todavía le provocaba un enorme placer a Marco. Sus abuelos se habían empeñado en llevarlo al colegio más caro de Venecia, quizá uno de los más caros de Italia. Su intención era que Marco fuese algo importante en la vida, pero un niño que come patatas y huevos toda la semana y va a un colegio de pago con las zapatillas rotas y sucias no puede ser alguien en la vida. Sus abuelos habían delegado en él todas las esperanzas que un día perdieron con su hija. Lo que ellos no sabían era que ella era la mujer más valiente a los ojos de Marco. Su madre había trabajado de todo, hasta de lo que uno no quisiera saber que trabaja una madre. Nunca le había contado por qué tanta miseria. Para la mente de un niño era difícil llegar a entender que mientras ellos vivían en la pobreza, sus abuelos eran uno de los matrimonios más ricos de la ciudad. No podía creer que hubieran renegado de su hija, si era la mujer más buena del mundo.

Llevaba un año en libertad, aunque más preso de sus miedos que nunca. No es fácil ver a una madre retorcerse de dolor, escupir sangre y gritar que desea morirse con todas sus fuerzas. A los 31 años tenía 12 de cárcel, pero ninguno le había servido para estar preparado. Si existe una edad idónea para ver morir a una madre, estaba seguro que no debían ser los 31.

En esos 4382 días durmiendo en la parte baja de una litera con telarañas, había tenido mucho tiempo para arrepentirse de sus delitos. Y lo había acabado haciendo. De hecho, incluso había derramado alguna lagrimita por el sufrimiento ajeno. Estaba dispuesto a ser un hombre nuevo, sin rencores, sin veneno. Pero es que cuando tomó la decisión de ser un hombre bueno, no contaba con la confesión de su madre.

Ella, sin quererlo, había despertado de nuevo el fuego de la injusticia. Y cuando a Marco le quemaba la piel, podía ser el hombre más salvaje del mundo. Por eso, ahora se encontraba alimentando su veneno en la puerta de un aeropuerto. ¿Destino? Madrid, España. ¿Objetivo? Encontrar a su padre y reclamarle lo que era suyo. Porque él sabía que lo que le pertenecía podría acabar con sus problemas y también con los de sus futuros hijos. En verdad, no quería ni por asomo tener hijos. Se quería demasiado como para tener que compartir su amor con un ser indefenso, mocoso y babeante. Pero la frase «acabar con mis problemas y los de mis futuros hijos» quedaba de hombre decente, y habíamos quedado en que él quería ser uno de esos. Sonrió y apuró el cigarrillo. Le iba a sacar a ese tipo hasta la médula, pero lo haría poco a poco, con *pazienza*, tal y como le pedía su madre cada vez que se salía de las líneas en el dibujo y rompía la hoja con frustración.

Cambió la sonrisa por una mordida al dedo índice. Le bullía en la sangre toda una vida de carencias, viendo a su madre envejecida a causa del desgaste. Con lo guapa que era y lo mal que le había tratado el tiempo. Comiendo patatas y huevos, contrayendo salmonelosis, mientras el hombre que había puesto la semillita en su útero vivía a cuerpo de rey en una casa de 2500 metros cuadrados tirando por lo bajo.

Marco se sentó en el asiento de la ventanilla, vio a Italia hacerse pequeña ante sus ojos. Dejaba el país que le vio crecer y pasar hambre. Sacó de su cartera una foto de su madre y la besó. No se podía ser más guapa y buena que Anette Bergoglio y más hijo de puta que el hombre que se atrevió un día a abandonarla: Jefferson Hume.

CAPÍTULO 24

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

ERA MEDIODÍA CUANDO Héctor llegó al apartamento. Malik estaba sentado en el sofá con los pies encima de la mesita de centro, pero los bajó inmediatamente al escuchar las llaves girando la cerradura. El inspector era un maniático del orden y la limpieza. Seguramente habría convulsionado al verlo en esa posición.

Dejó las llaves en la bandeja de piel sintética que tenía en la entrada y se miró en el espejo del recibidor, costumbre que había perdido hacía ya muchos años. Después, arrastró sus pies hasta el lado del sofá que estaba libre y se dejó caer a peso muerto. Héctor era de constitución más bien delgada, pero el sofá se hundió como si el peso de sus preocupaciones también se midiese en gramos. De ser así, pesaría doscientos kilos ahora mismo.

—Por tu aspecto diría que estás molido, inspector. ¿Tienes algo?

Ya habían comenzado a tutearse. Fácilmente podrían ser dos colegas compartiendo sus pajas mentales. Solo les faltaba un tercio de cerveza en la mano.

—¿Qué que tengo? Pues el dibujo de un niño de 7 años... —liberó un suspiro de derrotismo—. Eso sí, un niño más listo que tú y que yo. Y que la mayoría de la población mundial.

—¿Quieres decir que Dorian sabe la verdad?

—La verdad no lo sé, pero apostaría que sabe bastante más que nosotros. Estoy agotado de este juego, Malik. Son 200 horas las que tu novia lleva desaparecida. Los pronósticos no son nada favorables para Pandora.

Escuchar la cantidad de 200 horas, y las palabras novia y desaparecida, todo en la misma frase, acabó por fracturar a Malik que ya venía agrietado desde la infancia.

—No podemos rendirnos ahora... Nos necesita —apostilló en un susurro, tras fallarle la voz.

La mirada de Malik volvía a ser la del niño miedoso que se atrevió a subir a una patera por amor a su hermano. Tenía la esperanza agarrada a sus pupilas y la certeza de no rendirse jamás. Además, ahora no estaba solo, había encontrado en Héctor el hermano mayor que la vida le arrebató y sabía que juntos salvarían la verdad de Pandora Bravo. Sentía que, de nuevo, el destino de la persona que más

quería en el mundo estaba en sus manos. Nunca le gustó estar entre las cuerdas. Tenía miedo de que, al estirar de un extremo, todo se tambalease hasta impactar contra el suelo. En una ocasión el mar fue más fuerte, pero esta vez no iba a dejar que cualquiera se saliera con la suya.

Héctor no había visto a nadie luchar con tanta generosidad. Ni siquiera él había hecho tanto por Marta.

—Tienes razón, Malik. No podemos abandonar ahora que parece que nos estamos acercando.

La sonrisa que se trazó en los labios del chico no podía mostrar más agradecimiento hacía el inspector, pero Héctor no la vio porque estaba enfrascado en la pantalla de su teléfono móvil. Deslizaba los dedos por ella, pasando las fotos de la galería hasta que encontró la que buscaba.

—Mira, este es el dibujo de Dorian. Me ha llamado la atención porque era el único que tenía color. Supongo que el niño pretendía que reparase especialmente en él.

Héctor le pasó el iPhone a Malik, y este estuvo analizando la instantánea durante cuarenta y cinco segundos. Después cerró los ojos y se estrujó la frente buscando la palabra adecuada que ahora parecía no recordar. Mil términos distintos se propulsaban por los pliegues del cerebro, buscando la palabra exacta almacenada en alguna de las áreas. Y la maravillosa maquinaria que se aloja en nuestra cavidad craneal hizo su efecto, evocando un conocimiento que Malik nunca pensó que le serviría de algo el día que lo almacenó.

—¡Lo tengo! Se trata de un huevo de Fabergé.

Héctor se incorporó y, por su gesto, dio a entender que no tenía ni idea de qué se trataba.

—Los huevos de Pascua son muy típicos en la iglesia ortodoxa —aclaró Malik ante el desconcierto del inspector—. A finales del siglo XIX, el zar Alejandro III del Imperio Ruso encargó a un joyero, de apellido Fabergé, que hiciera un huevo único y especial para su esposa. A la emperatriz le gustó tanto, que el zar confió al joyero la fabricación de un huevo nuevo cada año. La única condición era que debía ser exclusivo y alojar una sorpresa en su interior. Se hicieron tan famosos que ahora hay miles de réplicas que se utilizan como decoración.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —preguntó asombrado Héctor.

—Verás... Aunque en el colegio me calificaran de mal estudiante, la realidad es que no lo era. Simplemente odiaba ir a la escuela. O más bien odiaba el vacío y el acoso de mis compañeros y profesores. Así que me dediqué a saltarme las clases, pero me prometí seguir aprendiendo por mi cuenta en las bibliotecas, y la del señor Jefferson me ha servido para ocupar muchas horas muertas.

Héctor lo miraba como si hubiera descubierto un diamante en

bruto. Una joya a la que le faltaban por pulir algunas cosas, como su impulsividad, pero que podía llegar a ser increíblemente valiosa.

Ahora le tocaba al inspector Izquierdo poner en funcionamiento su cerebro. La parte de enlazar un huevo de Fabergé con el caso de Pandora corría por su cuenta. En un principio, parecía una ecuación con una incógnita imposible de despejar, pero entonces recordó la conversación con Peter en la biblioteca de los Hume. La revelación de la misteriosa primera palabra de Dorian cobró sentido. El niño no había dicho Rusia accidentalmente, sino con intención. Héctor se acercó a la pizarra de acero vitrificado que tenía colgada en la pared del salón y con rotulador verde, color esperanza, escribió en letras mayúsculas «RUSIA».

Un torrente de emoción volvía a despertar las ansias de encontrar con vida a Pandora. A pasos pequeños estaban recorriendo un largo camino, pero lo importante era llegar a la meta lo antes posible.

—Venga, te toca. ¿Qué tienes sobre lo de Cristina Farias? —Héctor se frotaba las manos exaltado.

Malik se sacó su teléfono del bolsillo y puso el *play* a la grabación de voz que había registrado de la conversación con el guardia. Héctor escuchaba sin parpadear ni gesticular lo más mínimo. No se podía permitir el lujo de responder a ningún otro estímulo que no fuera esa conversación.

—Lo drogó —susurró Héctor, mientras escuchaba el relato del guardia—. Puede que el marido de Cristina no la asesinara... Quizás los mataron a los dos...

Mientras sonaba la grabación, Malik pensaba múltiples maneras de decirle al inspector quién era la mujer que drogó al guardia con aquel café.

—Tenemos que averiguar quién es esa mujer, Malik. Posiblemente sabía que Cristina iba a contarme algo importante y, por eso, la asesinó.

—Ya lo he averiguado, inspector...

—¡¿Cómo?! —Héctor comenzó a caminar a pasos agigantados por el salón—. ¿Qué eres? ¿El puto Sherlock Holmes?

—Sospeché de una mujer en concreto, busqué una foto por el Facebook y se la enseñé al guardia. Me confirmó que era ella.

—Déjate de hostias y dime quién es. ¡Esto es vital, Malik! Tendrías que habérmelo dicho nada más he entrado por esa puerta y ahora ya estaríamos buscando...

Malik le cortó el discurso en seco cuando le mostró la fotografía de la susodicha. Héctor se quedó petrificado en mitad del salón, como si alguien desde otra dimensión lo hubiese congelado. Pero, rápidamente, pasó de la inacción a la desesperación y de nuevo recorrió el salón haciéndose un kilómetro por minuto. Estaba más

angustiado que un *Sim* cuando le quitas la escalera de la piscina.

Malik se sentó en el sofá queriendo desaparecer. Deseó que los cojines lo tragaran y lo escupieran en una isla caribeña. Eso como mínimo.

Justo cuando el inspector parecía reducir el ritmo de sus zancadas, el timbre de la puerta sonó. Se acercó a la pantalla digital que había adquirido en función de mirilla. Pulsó el botón que tenía un ojo dibujado y al ver quién esperaba tras la puerta, sofocó un «me cago en Dios» tapándose la boca. Si es que cuando la vida se empeña en torcerse, puede llegar a ser muy hija de puta.

—Es ella —le comunicó a Malik vocalizando de forma exagerada y esperando que el chico fuera capaz de leerle los labios.

Y vaya si lo hizo. Malik se levantó del sofá con las manos en la cabeza y sin saber qué hacer. Héctor lo acompañó hasta la habitación y le señaló el arcón de la cama.

—Escóndete ahí —musitó.

Héctor se quitó la ropa, se puso debajo del grifo de la bañera, se tapó con una toalla y gritó un ¡voy! Después contó hasta diez, como le había enseñado el psicólogo. No funcionaba. A la mierda.

Abrió la puerta y fingió la sonrisa más postiza de sus veintinueve años.

—Pensaba que también ibas a ignorarme por aquí —saludó la mujer con cara de fastidio.

—Perdona por hacerte esperar, estaba en la ducha. Y bueno... Con respecto a lo de estos días es que he estado muy ocupado...

—¿No piensas invitarme a entrar? —interrumpió cortante.

—Sí, disculpa. —dijo Héctor dejando un espacio frente a la puerta y señalándole el interior con el brazo izquierdo.

Nada más entrar, la mujer se abalanzó a los labios del inspector, rodeándole el cuello con las manos y esperando que él la sentara a horcajadas.

—Lo siento, Julia. Tengo dudas sobre lo nuestro y es mejor que estemos un tiempo sin vernos.

Ella se despegó rápidamente y lo observó tratando de analizar sus pensamientos.

—¿Te crees que soy gilipollas? —inquirió Julia—. Es por otra, ¿verdad?

A Héctor se le abrió el cielo y lo afirmó con la cabeza. Más valía que pensara que era por otra mujer y no porque sospechara que era una asesina.

Julia salió por la puerta dando un portazo y Héctor sintió que se había quitado un gran peso de encima. Podría investigarla con más tranquilidad, mientras ella pensaba que él se entretenía con otra. Pero la verdad fue que, nada más pisó la calle, Julia hizo una llamada por

teléfono. Cuando el interlocutor descolgó, se lo confirmó:

—Estoy segura de que sospecha de mí. Este cabrón lo va a descubrir todo.

Y sin dejar responder, colgó.

CAPÍTULO 25

13 de julio de 2016

2 días antes de la desaparición

Pandora había vuelto a ser la chica alegre y familiar de siempre. Aunque lo único que estaba haciendo era fingir una falsa tregua. «Si no puedes con el enemigo, únete a él», se recordaba a sí misma.

Tras leer la carta, Pandora buscó las que faltaban. Sabía que había algo más porque lo que había leído no demostraba nada. Era tan solo una hebra de la que seguir tirando. Era el anzuelo que puso el traidor para que ella, como un pececito, picara. Y no. No era suficiente para hacer justicia y convertirla en la única heredera del patrimonio Hume. Pero ella no lo hacía por dinero, sino en nombre de la dignidad del abuelo y la identidad propia. Ni siquiera sabía quién era en realidad, ni por qué su rostro era idéntico al de Anette y no al de su abuela Gloria.

Pero Pandora no era una actriz de Hollywood, era un ser humano con sentimientos reales. La emoción levantó sospechas, y con ella metió la pata hasta el fondo. Primero se le calentó la boca con su tío Peter y después removió toda la biblioteca para poder dar con las cartas que faltaban. Y su falta de disimulo, su poco dominio ante la situación, su enajenación pasajera y sus veintiún años viviendo en una burbuja emocional motivaron a que la descubrieran todos con las manos en la masa. La vieron abriendo cada maldito libro. Zarandeando cada ejemplar como si a la próxima sacudida alguien le gritara su verdad. Incluso presionó al abuelo hasta hacerlo llorar, obligándole a recordar lo que su cerebro había decidido archivar en el cajón de las cosas olvidadas. No se lo iba a perdonar jamás.

Así que decidió darles la razón. «No sé qué me ha pasado, se me ha ido la cabeza». No sonó convincente. Todos sabían que buscaba algo, algunos incluso sabían el qué.

La luz filtrada por los pequeños rectángulos de la persiana le permitió encontrarse con los ojos verdes más bonitos del mundo, que ahora estaban hinchados y entreabiertos.

—¿Otra noche sin dormir? —preguntó Malik acariciando la nariz de Pandora con ayuda de la suya.

La respuesta de Pandora fue un silencio afirmativo.

—Necesito que me lo cuentes, si no, no te puedo ayudar.

—Son solo unas cartas... Debo encontrarlas cuanto antes. Son

importantes para mí y podrían cambiar muchas cosas, pero ahora estoy atada de pies y manos. Encontré una en la biblioteca, pero supongo que se habrán deshecho de las otras después del numerito que me marqué. Quién sabe.

Los dos miraban al techo, se buscaron las manos por debajo de la sabana y continuaron en silencio un buen rato. Ambos estaban pensando en lo mismo, solo que desde perspectivas distintas.

—Ahora que lo dices... —Malik detuvo en seco los pensamientos de Pandora — Unos días antes de que os instalarais en la casa, vi a Oxana guardando algo entre los libros de la biblioteca. Eran unos sobres, pero pensé que le habría quitado dinero a tu abuelo para mandárselo a su familia de Ucrania. Se puso muy nerviosa cuando me encontró allí cambiando unas bombillas.

Ahí estaba. Malik acababa de darle la pista que faltaba para volver a encontrar el extremo de la hebra y tirar fuerte de ella. Esta vez no pensaba soltarla, había aprendido que con la prudencia se remaba más fuerte. Ahora iba a ser otra la que picara en el anzuelo.

Entre los dos idearon un plan para meterse esa misma mañana en la habitación de Oxana. Pandora apretaría el botón de emergencia del abuelo, la ucraniana saldría corriendo para atenderle, dejándose la puerta abierta, y entonces Malik entraría y buscaría los sobres. Tardó en encontrarlos, pero Oxana no fue muy inteligente al ocultarlos bajo la única baldosa suelta.

Pandora esperó en su habitación hasta que llegó Malik con el trofeo entre las manos. La dejó sola y ella, en la intimidad, abrió la segunda carta que revelaría uno de los grandes secretos.

«Querido Neo,

vuelvo a escribirte cuatro años después de la primera vez que lo hice. Durante estos cien meses que has estado viviendo en los cielos, yo he sufrido muchísimo. Te echo tanto de menos que, a veces, me olvido de mi propia existencia.

Me prometí a mí misma que escribiría cada vez que sucediera algo memorable en los renglones de nuestra historia. Hoy mi hija Renée ha terminado sus estudios de enfermería. Es la más inteligente de los tres, aunque Peter todavía es pequeño para saberlo. Sally es una artista haciéndose su propia ropa, pero estudiar nunca ha sido lo suyo. Han estudiado en el mejor colegio bilingüe de la capital, pero eso para Sally no ha sido suficiente. Ahora tiene un novio que está preparándose para ser policía. Yo le digo que vaya con calma porque todavía es muy joven, aunque quién soy yo para darle lecciones acerca del amor...

Si me leyeras desde el cielo, te preguntarías cuál es el fin de esta carta. Solo pretendo contarte que tenemos unos hijos maravillosos. Siento no haberte contado nunca que las vidas que crecían en mi vientre te pertenecían tanto como a mí. Supongo que ahora entenderías la razón por la que ninguno de mis hijos ha salido rubio ni con los ojos azules. La excusa de que la genética es caprichosa está funcionando por el momento, pero si algún día lo descubren, les contaré la verdad. Y les aseguraré que, aunque Jefferson fue un padre maravilloso, el biológico también los habría querido con toda su alma. Tengo que parar de escribir porque el corazón me arde de culpa y los dedos parecen no querer responder.

Mayo de 1989
Gloria»

***

25 de diciembre de 1965

Desde el pasillo del hospital llegaban a los oídos de Gloria algunos deseos de feliz Navidad. Incluso era capaz de percibir los abrazos posteriores, las palmaditas en la espalda de «podríamos estar en casa, pero hoy todo es distinto porque es el día que es». Por la ventana veía a la gente de la calle disfrutar de la nieve en familia, saliendo de los restaurantes con un gesto de felicidad, apartando por un día las preocupaciones banales de la rutina. Pero para ella no eran Navidades. Ni eran Navidades, ni mucho menos felices. Ni siquiera tenía a nadie a quien dedicar las dos palabras más pronunciadas de este día: feliz Navidad.

Jefferson seguía sumido en su particular paz, ignorando todo cuanto estaba pasando. Ajeno a la muerte de Nick, ajeno incluso a su propio dolor. Gloria había estado llorando durante toda la noche, intentando sofocar su llanto lo máximo posible, queriendo convencer al resto de que seguía siendo la mujer fuerte de siempre.

Todavía no había sido capaz de encajar el golpe emocional que le había propinado el doctor el día de antes. Era un dolor que no encontraba su lugar para ser consolado, iba de un punto del corazón a otro esperando que alguien le dijera que era mentira. Pero era verdad. Y la pena se había agarrado al pecho como una alimaña sedienta de sangre. Gloria estaba segura de que, si la pena fuera un animal, debía de ser una garrapata grande, malvada y fea.

«Su marido ha sufrido un traumatismo escrotal y testicular muy grave» recordaba aquejosa Gloria. Alejándonos de la jerga científica y traducido al idioma del familiar del paciente, sería algo así como: *su marido no va a poder tener hijos en su vida, señora*. Y eso para la española había sido un puñal de doble filo entrando y saliendo de su pecho izquierdo reiteradamente.

Gloria había soñado con ser madre desde que acunaba a sus muñecas. Se paraba a mirar cada carrito que pasaba por la calle y estaba segura de que algún día sería ella la que lo empujaría calle arriba. En ese momento toda su certeza se encontraba rota en el suelo, hecha cien pedacitos de dudas. La culpa era de Jefferson. Él la había hecho esperar demasiado y la vida les acababa de demostrar que nadie consigue lo que quiere esperando. A veces los trenes se marchan, mientras decides si subes a ese o esperas al siguiente.

Llevaba mucho tiempo pidiéndoselo a Jefferson, pero su profesión era incompatible con la crianza de un hijo. La insistencia de Gloria los llevó a tomar la decisión de edificar el caserío. Gloria y los niños vivirían allí, Jefferson cuando no estuviese de gira también. ¿Qué haría entonces?... Podían adoptar, pero ella necesitaba saber cómo sería una vida en su vientre.

Un día como ese estarían sus hijos abriendo los regalos bajo el árbol más grande y bonito del mercado. A Gloria se le empañaron los ojos al imaginarlo y formó un quejido seco en su interior que soltó hacía fuera a través de sus labios en forma de *u*. Lo que Gloria no podía imaginar era que, ese mismo día, el único hijo de Jefferson Hume no abriría ningún regalo de Navidad y lo iba a pasar tan solo y triste como ella. Mientras tanto, Anette se dejaba manosear y besar por un hombre que le daría el dinero justo para comprarle un cochecito de juguete a su hijo Marco.

De repente, Gloria dejó de lamentarse al ver a Jefferson removerse en la cama. Se acercó a él y le tocó la frente. No tenía ni gota de fiebre. El cardiograma funcionaba perfectamente. Quiso llamar a la enfermera, pero entonces Jefferson abrió los ojos muy despacio. Llevaba tantas horas con ellos cerrados que era como si el gesto se hubiera vuelto voluntario. Observó el techo y, después, a la mujer que tenía a su lado. La reconoció al instante y le sonrió mostrando todos sus dientes. Pronunció un *Gloria* que se quedó en un simple susurro a causa de la debilidad.

Ella le acarició el pelo, acomodándoselo hacia atrás, y acercando mucho sus labios a los de Jefferson le deseó, con lágrimas en los ojos, una feliz Navidad.

CAPÍTULO 26

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

La fortuita visita de Julia les hizo recordar que la investigación extraoficial era un hilo que podía romperse en cualquier momento. Si eso ocurría, no habría forma de salvar a Pandora. Héctor y Malik caerían en un agujero inaccesible y salir de él conllevaría consecuencias irreversibles para ambos. A Malik le costaría su libertad, a Héctor su trabajo. Y a Pandora la vida.

Malik se había quedado en el apartamento. No tenía cuerpo para salir por la capital, aunque perderse entre la multitud no habría sido una mala opción. Su cabeza era ahora un hervidero de juicios. Ninguno a su favor. Estaba ocultándole información al inspector y eso le hacía sentirse confuso. No le había contado que Pandora encontró las cartas y era sabedora de su contenido, ni tampoco que Oxana era quien las había custodiado hasta entonces. Al principio dudó si revelar un dato tan trascendental como ese, pero luego recordó las instrucciones. Y nunca jamás faltaría a su palabra.

Mientras Malik metía el dedo en el centro de la llaga de la culpabilidad, Héctor paseaba por la calle principal. Aunque en lugar de pasear, esquivaba personas. Sábado, cinco de la tarde, Gran Vía. Nada más que añadir. Se suponía que en verano la gente debía de haber huido a zonas de playa, pero ese año los turistas habían decidido fundir las suelas en el asfalto ardiente de la capital. Entre *perdone* y *disculpe* se hizo hueco hasta llegar a la cafetería donde había quedado con el comisario Castillo. Le apetecía ver al hombre al que quería como si fuese su padre, aunque lo hubiera destituido de la operación Caballo de Troya. Así habían decidido llamarla. En todas las comisarías hay algún compañero creativo que bautiza los casos. En esta ocasión había sido idea del propio comisario. Atribuyó el papel del caballo de Troya a Malik quien, a ojos de Carlos Castillo, había sido un regalo envenado. Actuó utilizando la confianza que los Hume habían depositado en él, de la misma forma que los griegos se aprovecharon para saquear Troya.

El comisario estaba sentado en la mesa del fondo, junto a una ventana que daba a una de las calles contiguas. Sobre la mesa, un café largo y un *croissant* de chocolate, lo que solía pedirse siempre. No advirtió la presencia de Héctor hasta que no lo tuvo encima porque

estaba ensimismado en el ir y venir de los transeúntes. Es curioso cómo un acto tan cotidiano puede llegar a ser tan hipnótico.

—El café no lo perdona usted ni estando Madrid a 40 grados.

—Ya sabe que es uno de mis mayores vicios, inspector.

Carlos Castillo se levantó y abrazó a Héctor dándole dos sonoras palmadas en la espalda. Desde que se conocían siempre iniciaban las conversaciones hablándose de usted y con los apelativos correspondientes a su rango. Pasadas las dos primeras frases, ya tan solo eran Carlos y Héctor.

—¿Cómo estás? —preguntó el comisario, mientras el trozo de *croissant* bailaba en la parte derecha de su boca.

—Siéndote sincero, pensaba que echaría de menos volver al trabajo, pero estas vacaciones mentales me están viniendo muy bien —mintió Héctor.

—Me alegro muchísimo de que por fin hayas desconectado ese condenado cacharro —anotó dándole golpecitos en la frente con el sobre de azúcar.

—¿Y usted cómo se encuentra? —Dudó si añadir algo más y, finalmente, se decantó por hacerlo—. ¿Alguna novedad sobre su sobrina?

Carlos Castillo agachó la mirada y removió el último sorbo de café que quedaba. Luego miró a la ventana buscando una respuesta en las miradas de los turistas ajenos a su desgracia. El camarero se acercó a la mesa para anotar el pedido de Héctor: un granizado de limón y otro *croissant*, pero sin chocolate. En ese espacio de tiempo, el comisario pensó su respuesta. (Todos sabían que el subinspector Fernández de Larrea no iba a hacer nada)

—El subinspector está haciendo todo lo posible, pero de momento no hay nada. Las horas pasan y yo me voy concienciando de que ya no hay mucho que hacer. Una persona que lleva ocho días desaparecida no tiene las estadísticas a su favor.

—Nunca hay que perder la esperanza, Carlos. Nosotros más que nadie sabemos que, a veces, llega alguien para llevarle la contraria a la maldita estadística —sugirió Héctor.

El comisario Castillo asintió en silencio. Su rostro parecía otro, un hombre desvalido y completamente vencido.

—Nos hemos ido del caserío —informó de repente Carlos—. No soportábamos estar allí ni un minuto más. Además, ya no tenía demasiado sentido estar en la casa sin Jefferson. Él fue quien quiso reunirnos en su día.

Héctor se angustió al pensar que las pocas pistas que podía conseguir acababan de decirle adiós en su cara.

—Entonces, ¿ya no hay nadie en la casa?

—Sí, se han quedado Peter, Nekane y el niño —apostilló—. Son los

únicos que no trabajan hasta septiembre, así que han decidido quedarse hasta el inicio de curso. Le vendrá bien a mi sobrino Dorian. Está mucho más tranquilo en Rascafría que en una Madrid llena de estímulos.

Héctor volvió a respirar tranquilo. No todo estaba perdido.

Después de la breve charla en la que el comisario no le había mostrado qué camino debía tomar ahora, comenzaron a hablar de temas banales. Los Juegos Olímpicos que iban a iniciarse en Río de Janeiro dos semanas después ocuparon la siguiente media hora de conversación. Discreparon sobre la polémica de hacer una competición de ese calibre en un país hundido a causa de una crisis social, económica y política sin precedentes. Carlos estaba a favor, alegando que si iban a hacerlo era porque realmente podían. Héctor, sin embargo, opinaba que se trataba de una falta de respeto brutal hacia la población que se moría de hambre. Al igual que en muchos otros temas, no llegaron a ningún tipo de acuerdo.

Se despidieron en la puerta de la cafetería y cada uno tomó una dirección. El comisario había ido con coche y lo tenía aparcado encima de la acera de una de las calles adyacentes. Ventajas de las que no gozaban el resto de ciudadanos. Héctor, sin embargo, buscaba la boca de metro más cercana.

Recordó que en Callao había un Corte Inglés y necesitaba unos auriculares inalámbricos para su iPhone, así que dio media vuelta y tomó la misma dirección que el comisario. Justo en la esquina en la que él iba a torcer, vio a Carlos Castillo hablando con un hombre alto, rubio, de unos sesenta y tantos años. Su apariencia no era agradable, era la típica persona que bajo los juicios morales definiríamos como poco de fiar. Héctor se quedó en un punto intermedio, ni cerca ni lejos. No sabía por qué ni cómo, pero allí estaba, espiando al comisario. La conversación entre los dos hombres fue breve, ni siquiera hubo un gesto de despedida por parte de ninguno. Todo parecía medianamente normal, pero Héctor reparó en un tatuaje que el señor alto y rubio llevaba en la pierna. Lo fotografió con sus ojos y lo estudió para no olvidar ningún detalle. Le sonaba de algo, pero no sabía de qué exactamente. Era una cúpula, eso era lo único que tenía claro.

Héctor entró en el centro comercial y se sentó en el primer banco que encontró. Sacó su iPhone y tecleó en el buscador de imágenes de Google: «cúpulas». Decenas de ellas se amontonaban a los ojos del inspector y, en la decimosexta fila de imágenes de la primera página, la encontró. La misma cúpula que el hombre que hablaba con el comisario llevaba tatuada en el gemelo. Pulsó sobre la fotografía y se desplegó una ventana de la Wikipedia: «Catedral de San Basilio». El corazón de Héctor dio de nuevo un vuelco al descubrir la ubicación de

aquel templo ortodoxo: «Plaza Roja, Moscú, Rusia».

El país más grande del mundo volvía a cruzarse, de casualidad, con el destino de Héctor. Dorian había estado avisándoles desde el principio.

CAPÍTULO 27

14 de julio de 2016

Las horas previas a la desaparición

Había llegado la noche. El momento que había estado esperando durante todo el día. Ni siquiera había estado en el caserío, sino que había preferido perderse, durante parte de la mañana y toda la tarde, entre calcetines, braguitas y jerséis de todos los colores. Su amiga Eva la había notado rara: «con lo que te gusta a ti un Primark...». Pero Pandora no tenía la cabeza para elegir si el pijama de Ariel era más mono que el de Bella. Ella ya sabía su verdad y estaba a un paso de convertirla en una única realidad. Desde que leyó la última carta, sentía un nudo en la garganta que no le dejaba articular una frase completa. El día había transcurrido en un mutismo elegido, un silencio necesario para digerirlo todo. Veintiún años había durado el engaño. No quería pensarlo porque se le inundaba de rabia cada poro de su piel. Los músculos se le tensaban y las manos se le encogían en forma de puño. La primitiva necesidad de aplacar el dolor con más dolor.

Llegó a casa bien entrada la noche e intentó hacer el menor ruido posible. Todos dormían plácidamente, incluso sus padres. No la habían llamado ni una sola vez para saber dónde estaba. Aunque a estas alturas ya nada le parecía extraño.

Subió a su habitación y se quitó las sandalias que le habían hecho una rozadura. Se miró en el espejo de pie que tenía y examinó la figura que reflejaba. Se recogió el pelo y fijó su mirada en los ojos achinados de la chica del espejo. Buscó en ellos la pavorosa solución para sus problemas. Fingió una sonrisa al espejo y analizó sus dientes. Estaban ligeramente salidos hacia afuera. Era un defecto casi imperceptible, pero que ella sabía que había estado ahí toda la vida. Siempre le había acomplejado su sonrisa y por eso se tapaba la boca con las manos al reír. Siguió tratando de encontrar el origen de sus raíces a través de un destello. Le dolía no saber quién era esa persona.

Eran las 23:23. La encontró una hora perfecta para decirle a Malik que lo quería muchísimo. Antes de dar un paso importante, dicen que debes decirles a los tuyos que los quieres. Malik era lo único y lo más suyo que tenía en ese momento. Bajó las escaleras de dos en dos, haciendo malabares con sus pies descalzos para no caerse. En la cocina, Malik cenaba un tazón de leche con galletas. Ella entró sigilosamente y le tapó los ojos con sus manos. La galleta empapada

de leche que sostenía en la mano se partió en dos y se precipitó con ímpetu dentro del tazón. El chapuzón salpicó la barbilla de Malik, a la que se adhirieron algunas gotitas blancas.

—¿Quién soy? —musitó Pandora, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—La chica más guapa de España.

—¿Solo de España? —insistió Pandora, que había comenzado a darle pequeños mordiscos por el cuello.

—Es que en Marruecos hay muchas mujeres guapas...

Pandora le destapó los ojos e intentó aguantarse la risa para parecer molesta. Fingió estar celosa quitándole el trozo de galleta que había sobrevivido en los dedos de Malik. Él le estiró suavemente del brazo y la sentó sobre sus piernas. Ella no opuso absolutamente ningún tipo de resistencia.

—Te he echado de menos durante todo el día —dijo Malik poniendo una forzada cara de pena—. Pensaba que ya habías descubierto con qué tipo de tío estás saliendo y que habías huido.

Pandora le sujetó la cara con las manos, con los dedos pulgares mimando los pómulos de Malik. Detectó preocupación en su rostro y, antes de que le avasallara con alguna de sus preguntas, ella le respondió.

—Si tuviera que huir por algún motivo, te aseguro que no sería por ti. Y si tuviera que escapar a algún lugar, sería aquí, contigo.

Malik la agarró del pelo, que llevaba recogido en una larga cola. Tiró de ella con suavidad y le mordió la barbilla. La reacción de Pandora fue besarle los labios de forma salvaje, como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Él gemía de manera intermitente por debajo de los labios. No podía soportarlo ni un segundo más, le ardía el cuerpo e, inconscientemente, le quitó la camiseta y la tiró al suelo con fuerza. Pandora seguía con los ojos cerrados, buscando los labios y la lengua de Malik, pero los de él habían dejado de moverse. Cuando abrió los ojos, su novio la observaba incrédulo.

—¿Qué pasa? —preguntó confundida.

—Me has cortado todo el rollo, Pandora —emitió un bufido de resignación—. ¿Cuándo vas a contarme qué coño pasa?

Ella seguía confundida hasta que recordó dónde había guardado las cartas. Agachó la mirada y ahí estaban, cortándole el rollo a Malik. Había decidido llevarlas siempre encima y las tenía reposando en su ombligo, sujetadas gracias a la cintura del pantalón.

—Ya sabes que no puedo contarte nada...

Malik la obligó con sus manos a levantarse y él se revolvió en la silla indignado.

—Por el momento solo puedo decirte que mi familia no me ama como tú, Malik —confesó en voz muy baja—. Y que todo esto va a terminar muy pronto. Solo necesito que me prometas una cosa...

—No me pidas promesas que no pueda cumplir.

Pandora le apartó las manos de las piernas y volvió a sentarse en su regazo. Malik parecía molesto por la falta de confianza que ella le demostraba cada día.

—Mírame, cariño.

Él tardó en responder unos segundos, pero cedió y acabó mirándola con ternura. No podía ser de otra forma.

—Ahora prométemelo —insistió de forma imperativa.

—Si todavía no sé ni lo que me vas a pedir, nena...

—Imagina que mi vida estuviera en peligro, ¿me prometerías cualquier cosa con tal de salvarme?

Malik no dudó en responder.

—Está bien. Te lo prometo.

Ella lo abrazó e inspiró con fuerza para retener el agradable olor de su chico. Después se puso muy seria y comenzó a darle instrucciones.

—Bien. Imagínate que un día desaparezco. Todos me buscarían, ¿verdad? Vendría la policía y os interrogaría a todos. A ti el primero. Cuenta siempre la verdad, nuestra verdad, pero nunca, bajo ningún concepto —recalcó, siguiendo el ritmo de cada palabra con el dedo índice—, debes contar que Oxana guardaba estas cartas. No menciones lo de las cartas a nadie. Ni siquiera a la policía. Pase lo que pase.

—Pero no va a pasarte nada. Yo no dejaría que...

Pandora lo calló con un beso.

—Solo quiero que me lo prometas —rogó juntando las palmas de las manos.

—Te lo prometo.

—En el hipotético caso de que esto sucediera, no te fíes de nadie. Búscame tú y recuerda que yo nunca me iría sin ti de forma intencionada.

Estuvieron un buen rato abrazados sin decir nada, tan solo se escuchaban las respiraciones de ambos. Parecían estar sincronizadas, como si de repente los pulmones de uno compartieran oxígeno con los del otro. Pandora presentía lo que iba a suceder, aunque no sabía muy bien el final. Así que se despidió a su manera de la persona que más quería en esos momentos.

Después recogió la camiseta del suelo, se la puso y subió a la habitación de su abuelo. Cuando entró, lo despertó con mimo. Él la reconoció como Anette y Pandora supo que la verdad aún tardaría en revelarse un poco más. Esperó durante un par de horas, sentada a los pies de la cama. Eran las 2:24 cuando el abuelo Jefferson abrió los ojos y la llamó por su verdadero nombre. Ahora sí, que empiece la función.

Pandora se levantó de golpe y encendió la grabadora del teléfono

móvil. Tenía pocos minutos hasta que su abuelo volviera a su infancia espiritual de nuevo.

—Abuelo, he encontrado las cartas —la voz le temblaba y se perdía de forma volátil en el aire espeso de la habitación.

—Bien... Sabía que mi niña lo lograría.... En su día encontré dos... y supe que no tenía hijos biológicos. Pero me faltaba otra... la más importante. Sé que eran tres porque tu abuela me lo confesó justo antes de morir...—la voz del abuelo era fatigosa y extremadamente lenta. No tenía demasiado tiempo—. Sé que eras tú quién debía encontrarlas porque, misteriosamente, eres idéntica a mi Anette —añadió.

—Abuelo, no tenemos tiempo. Voy a leerte la última carta, ¿vale?

Jefferson asintió con los ojos cerrados y la boca excesivamente abierta para reunir todo el oxígeno posible.

Pandora desplegó el folio amarillento y comenzó a leer.

> «Querido Neo,
>
> Hace tantos años que marchaste que empiezo a olvidar ciertos detalles de tu ser. Me castigo mucho por ello, pero es que el tiempo es devastador. Lo arrasa todo hasta convertirlo en olvido. Te escribo porque es un día especial. Hoy ha nacido nuestra primera nieta. Se llama Pandora en honor a tus orígenes. No es una niña cualquiera, es ciertamente muy especial. Nuestra hija Renée descubrió hace un tiempo que su organismo no era capaz de concebir un ser humano. Demasiado débil es sinónimo de demasiados abortos. Así que decidieron acoger a un bebé con un destino frágil y roto. Un bebé al que le esperaba una vida de miseria, pero nuestra hija la ha salvado para darle un hogar lleno de amor y posibilidades. El problema es que a la vida le encanta jugar con el azar y, en ocasiones, puede llegar a ser del todo macabra. Así que investigué y descubrí algo... No sé si espeluznante es la palabra. Y es que Pandora»

Un golpe seco en la cabeza. Pandora escuchó cómo su teléfono se precipitaba al suelo, pero era un sonido lejano, difuso, a mitad de camino entre la realidad y la ensoñación. Pasos crujientes sobre el parqué, también distantes y remotos. Luchó por alzar sus párpados, por volver a la consciencia. Su fuerza inverosímil le ayudó a abrir un ojo y entonces vio unas manos sosteniendo una almohada con fuerza. La apretaba contra el rostro de Jefferson, que se revolvía por debajo de la sábana con pesadez. Pandora reptó por el suelo para alcanzarlo. Intentó subir la mirada para descubrir la identidad de aquel individuo. Tan solo pudo ver un tatuaje en el gemelo de la pierna. De nuevo algo impactó contra su cabeza. Ahora sí. Se sumió en un estado de inconsciencia total, paralizando sus actos, aislando sus ansias de salvar la vida de su abuelo.

Desde el pasillo solitario y oscuro de la madrugada, un niño de siete años observaba la escena. Por cada fracción de segundo, retenía diez detalles en su memoria. Elementos que, el resto de seres humanos daríamos por insignificantes. Después corrió a su habitación y entró en una crisis desmedida. Su madre, Nekane, acudió corriendo tras advertir el llanto desesperado de su hijo. Ella nunca le atribuyó significado a esa crisis, «quizá solo sea una pesadilla». Y mientras lo

calmaba en sus brazos, un hombre sacaba el cuerpo desvanecido de Pandora del caserío de los Hume.

CAPÍTULO 28

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

El inspector Izquierdo continuaba sentado en el mismo banco. No había comprado todavía los auriculares. De hecho, se le había olvidado por completo y se iría sin ellos del centro comercial. Intentaba encajar las piezas que Dorian le había ido dejando, sumándolas a las que el destino le había preparado. Pero podían ser tantas posibilidades que era imposible decantarse por una sola.

De repente, una llamada.

—¿Diga?

—Inspector, soy el agente Sierra. —Se hizo una pausa inquietante, pero afortunadamente breve—. Tenemos un A-17.

Los códigos de comunicación se desplegaron en el cerebro de Héctor y en una milésima de segundo fue capaz de asociar una letra y un número con un suicidio.

—¿Lugar? —preguntó confuso el inspector.

Había olvidado incluso que estaba fuera de servicio. Las falsas vacaciones fueron abandonadas en ese mismo instante.

—Ahora le mando las coordenadas por mensaje. Se encuentra en una zona de la sierra norte.

Impacto contra el pecho, pulsaciones descompasadas, sudor frío. Miedo. Mucho miedo. En otra ocasión, Héctor ya estaría de camino, pero la confusión lo había inmovilizado en el mediocre banco de un Corte Inglés.

—¿Se sabe la identidad? —logró preguntar.

—Sí, inspector. El individuo es Peter Hume, varón, 32 años de edad.

Tocaba encajar el golpe.

—Hemos mandado a la científica y ya están de camino.

—Gracias, Sierra. Voy para allá.

El taxi avanzaba guiado por las instrucciones del inspector Izquierdo, que le había estado insistiendo en que apretara un poco más el acelerador. Pero el taxista había perdido un hijo en un accidente de tráfico. Y nadie cuestiona a un padre que ha visto morir a uno de sus vástagos. «Con todos mis respetos, inspector, le diré que más vale perder un minuto de su vida, que la vida en un minuto». Héctor tuvo que darle la razón. No le quedaba otra.

—Ahora debe usted salir de la A-1, desviándose por la salida 69 —

anotó Héctor, que observaba de forma intermitente el cuentakilómetros y la carretera—. ¡Esta! ¡Esta es!

El conductor dio un volantazo para poder tomar la salida que estaba a punto de pasarse. El Mercedes negro al que estuvo a cinco centímetros de embestir hizo sonar el claxon de forma estridente y repetida. El taxista maldijo al inspector porque le estaba haciendo recordar a su hijo más de la cuenta. Solo podía pensar en él cinco veces al día, eso le había dicho el psicólogo. Y con esta ya era la quinta vez del día que la imagen de un cuerpo saliendo disparado por el cristal del parabrisas se proyectaba en su mente. Puso música para distraerse y se dirigió al noroeste, siguiendo las indicaciones hacia Rascafría. Héctor miraba por la ventana, viendo cómo dejaba atrás el caserío de los Hume, y después el majestuoso Monasterio de Santa María del Paular. A lo lejos, el cordón policial y el despliegue de la científica, analizando cada detalle.

Alrededor del fúnebre escenario, una decena de curiosos observaban el cuerpo ahorcado de Peter. Si quería ser discreto, no había escogido el mejor lugar para acabar con su vida. Las Presillas son unas piscinas naturales que se alimentan del cauce del río Lozoya. En verano es un lugar muy concurrido para los que viven lejos del mar.

Tras el cordón se encontraba el subinspector Fernández de Larrea, comiéndose una palmera de chocolate. Héctor se acercó a él.

—¿Han encontrado algo interesante, subinspector?

—Una carta —dijo con la boca llena— y una colilla. Por lo demás, el escenario estaba limpio.

—¿Han leído la carta? —insistió.

El subinspector guardó el trozo de palmera que le quedaba y resopló irritado por la presencia de Héctor. No era santo de su devoción.

—Sí, la hemos leído. No se trata de una despedida, sino de una confesión. —Provocó un silencio triunfal—. Manifiesta haber asesinado a Pandora Bravo y haber lanzado el cuerpo al río. Los buzos y bomberos están de camino para comenzar las labores de búsqueda.

Fernández de Larrea estaba hinchado como un pavo. Sin haber movido un solo dedo, podía dar una explicación a la desaparición que tenía en vilo a todo un país. Pero Héctor no podía creer que todo fuera tan sencillo, tan obvio... Quizás esto tan solo fuera una jugada más del verdadero culpable. Un movimiento de partida que los distrajera durante algunos días más. Ganar tiempo era lo que necesitaba el secuestrador y nadie parecía darse cuenta de ello. Iban a buscar en el lugar equivocado, iban a invertir en dispositivos que no funcionarían. Para Héctor era una buena noticia. Si había hecho aquello para distraer a la policía, era porque el culpable tenía el agua el cuello y ocultar a Pandora no estaba siendo tan fácil como esperaba.

—En cuanto terminen, procederemos al levantamiento del cadáver

—declaró el subinspector.

Desde algún lugar de Las Presillas se escuchaba un llanto arrinconado, solitario y quebradizo. Héctor rastreó el sollozo hasta llegar a la persona que lo exteriorizaba. Nekane estaba sentada en la puerta de la ambulancia, rodeada por dos técnicos de emergencias sanitarias y una psicóloga que intentaba consolarla. Al ver al inspector, se levantó de golpe y lo abrazó. Héctor se quedó inmóvil hasta que pudo reaccionar rodeando a la chica entre sus brazos. De repente, sentía una necesidad infinita de cuidarla.

—Necesito hablar con usted —le rogó Nekane, con la cara empapada de dolor.

—Claro, estoy aquí para lo que necesite.

—En privado —aclaró.

Héctor le envolvió la cintura con su brazo derecho y juntos se alejaron hasta un rincón donde nadie pudiese escucharlos. La profunda pena de Nekane le había aplacado las fuerzas y era el inspector quién tiraba de ella para ayudarla a caminar.

—Sé que Peter no es el culpable de lo que le ha pasado a Pandora —se secó la cara con un pañuelito que acababa de ofrecerle Héctor—. No piense que intentó exculparlo porque era mi marido. Nada de eso. De hecho... iba a separarme de él después del verano. Sabía que me estaba siendo infiel con otra mujer y ya no podía soportarlo más. He aguantado por mi hijo Dorian... A ver cómo le explico ahora...

Nekane cayó de rodillas al suelo y gritó desesperada, odiando la vida por tercera vez. Héctor se puso de cuclillas justo delante de ella, le sostuvo el rostro con sus manos y le pegó los labios en la frente. Ella volvía a serenarse gracias al inspector.

—Tiene que creerme. Yo solo confío en usted, inspector. Investíguelo todo, por favor. Ellos ya tienen un culpable, pero usted es el único que puede llegar a la verdad. Tiene un corazón noble, eso se nota a leguas. Créame, por favor.

—La creo —afirmó secándole las lágrimas con el pañuelo—. Sé que es difícil hablar de esto ahora... Pero me ayudaría mucho saber la identidad de la mujer con la que... ya sabe.

—Sé quién es. —Nekane sonó más fuerte que nunca—. La mujer con la que me era infiel es Oxana, la cuidadora de mi suegro.

Héctor se puso de pie para poder sacar su teléfono móvil. Iba a llamar a Malik para pedirle que investigara a la ucraniana, pero pensó que quizás le habían pinchado el teléfono, así que esperaría hasta llegar al apartamento.

Nekane seguía en el suelo, tratando de digerir una nueva desgracia. Héctor la miraba desde arriba, con una perspectiva que la hacía tremendamente bella. Se agachó para recogerla del suelo mojado; le acarició la cabeza, recogiéndole el pelo hacia atrás, y, justo entonces,

Nekane le besó en los labios.

CAPÍTULO 29

23 de julio de 2016

8 días después de la desaparición

Había sido el día más largo desde la desaparición de Pandora y todavía no había terminado. Dos visitas a Rascafría, una por la mañana para entrar de incógnito en el caserío de los Hume y encontrar un misterioso sótano repleto de dibujos, y otra visita por la tarde para cerciorarse de que Peter Hume había optado por marcharse de la vida. Sin olvidar el paseíto por el centro de Madrid, con el misterioso encuentro entre un hombre, con un tatuaje de una cúpula en la pierna, y el comisario Castillo.

Pero todavía le quedaba la parte dura: acercarse al domicilio del comisario para mostrarle sus condolencias. Eran las 22:47. Héctor dudó si moralmente estaba bien presentarse allí a esas horas. No presentarse creyó que todavía era peor. Así que se paró en un punto exacto del glamuroso barrio de Salamanca, justo enfrente de una joyería de alto prestigio que iluminaba la acera con su aparador de diamantes. La nueva colección de anillos tenía una escritura imaginaria que a ojos de los transeúntes se leía como e-n-t-r-a.

Levantó la vista hacia el edificio que se situaba encima de la joyería. En el dúplex del comisario había luz, así que resolvió llamar al timbre cuanto antes. Tardaron veintidós segundos en abrir. En esos eternos veintidós segundos Héctor estuvo a punto de largarse a su casa, pero se quedó anclado en la puerta hasta que la voz descompuesta de Sally se emitió por el interfono.

En el trayecto del ascensor deliberó cuál era la mejor forma de dar el pésame a una mujer que acababa de perder a su hermano pequeño de la forma más dramática posible: un suicidio con una confesión de asesinato.

Recordó que era la mágica noche de San Juan, y se imaginó pidiendo un deseo mientras sumergía los pies en la orilla de alguna playa del sur. «Deseo no estar aquí».

Las puertas se abrieron y al otro lado le esperaba Carlos. Los ojos enrojecidos y el rostro pálido. De nuevo, mostraba esa postura de hombros caídos que denota la rendición más absoluta. La pequeña Melba le observaba desde atrás, utilizando a su padre de escudo humano, sujetándolo de una pierna. Carlos Castillo se derrumbó por primera vez bajo la curiosa mirada de su hija. Nunca había visto a

papá ser alguien frágil, así que corrió al interior de la vivienda para cobijarse entre los brazos de mamá. Ella sí que era fuerte.

Héctor abrazó a su comisario, al hombre que le daba directrices todo el tiempo y que ahora parecía pedirle auxilio con la mirada. Era un abrazo de esos que sabes que no van a recomponer, pero que sellarán los trozos durante al menos unos instantes.

Ambos entraron en la lujosa vivienda. Héctor había estado allí muy pocas veces. Las que el comisario le había invitado, ni más ni menos. Le acompañó hasta el salón donde se encontraba Sally. Su aspecto era desgarrador, con el cuerpo vencido sobre una butaca y con su hija en brazos. Ni siquiera la rodeaba para protegerla, era la propia niña quien se agarraba a su madre con el deseo ferviente de que volviera a su estado habitual. Sus extremidades superiores no tenían fuerza para mantenerse sobre el reposabrazos, así que las había dejado caer, una a cada lado de la butaca. La mirada de Sally era imprecisa y desértica, parecía haberla abandonado en algún lugar. Era como si de repente ya no quisiera ver nada más, solo vivir en un recuerdo que ya nunca sería una realidad. A partir de ese momento sus ojos tan solo se fijaban en un punto inexacto y vacío del salón.

Héctor se acercó a ella, pero ni siquiera se percató de su presencia. Le acarició la cabeza y le susurró que lo sentía muchísimo. Ella asintió aceptando sus condolencias, pero lo hizo cómo un acto innato, adquirido después de un día eterno soportando la conmiseración de los demás. Sally se había convertido en un autómata que decía gracias y asentía, mientras estaba ausente del mundo.

Carlos le ofreció una infusión al inspector y en la misma bandeja había dispuesto un botecito de pastillas. Cogió una y la acercó a los labios de su mujer. Ella abrió la boca con tardanza y él le colocó un comprimido debajo de la lengua.

—Esto te ayudará a descansar —dijo el comisario, dándole un beso en la frente.

Sally se levantó con dificultad, como si después de ese duro golpe se hubiera convertido en una anciana. Caminaba con extremada torpeza y, sin despedirse de Héctor, se retiró del salón con su hija Melba de la mano.

Héctor dio un sorbo a la infusión. Sin duda, era manzanilla. Habría preferido un té verde, pero se bebió hasta la última gota. El comisario era un hombre al que no le gustaba que le hicieran un feo, así que Héctor fingió haberse bebido la mejor manzanilla que había probado jamás.

Carlos estaba frente a él, de pie y con las manos en los bolsillos.

—No puedo creer lo que ha hecho mi cuñado —carraspeó—. Y yo culpando al novio de mi sobrina todo este tiempo. Pobre chaval. Me disculparé en cuanto tenga ocasión —añadió.

Héctor no dijo nada. No podía decirle que él no se creía el paripé de la carta de confesión, así que simplemente asintió con la cabeza. Una disculpa a Malik estaría bien.

Después quiso buscar los ojos del comisario, pero de repente algo llamó su atención desde una estantería situada justo detrás de él. Carlos advirtió la curiosidad del inspector y ladeó su cuerpo hasta encontrar el objeto que la había despertado. El comisario se acercó sonriente hacia él y lo cogió con las dos manos. Debía pesar bastante.

—Precioso, ¿verdad? —anotó el comisario—. Es un huevo de Fabergé, pero de los auténticos. Esto vale una pasta. Me lo regaló un viejo amigo hace muchos años.

El huevo era azul celeste con detalles dorados. Exactamente como el que había dibujado Dorian.

—¿También tiene amigos rusos, comisario? Usted tiene conocidos hasta en el mismísimo infierno —sonrió, intentando disimular su desconcierto.

—¡Este no es ruso, pero casi! —se río ahora el comisario—. Es un amigo italiano que tiene allí unos negocios. Concretamente, varias agencias inmobiliarias. Era un tipo corriente y moliente cuando lo conocí, y ahora es uno de los más ricos del país.

Héctor miró su reloj de mano, intentado ocultar la confusión que sentía en ese momento.

—Comisario, es tardísimo. Debería descansar junto a su mujer y su hija. Mañana me pasaré por el tanatorio de nuevo para mostrar el pésame a toda la familia —mintió.

—Gracias por todo, Izquierdo —respondió el comisario dándole una palmadita en la espalda.

Héctor salió del edificio con sentimientos encontrados. Se sentía afligido tras ver a Sally prácticamente sin vida, confuso por la relación del comisario con ese hombre que no auspiciaba nada bueno, y extrañamente feliz de poder ir acortando el círculo. Estaba más cerca de lo que nadie podría creer. Ahora le quedaba descubrir la identidad del sujeto italiano al que Dorian había querido que desenmascararan.

Su teléfono vibró dos veces cortas e intermitentes. Eso significaba que había recibido un wasap. Al mirar la pantalla comprobó que se trataba de un número que no tenía guardado. El mensaje decía: «Necesito verte mañana». Abrió el chat para poder ver la foto de perfil. En ella, Nekane y Dorian le sonreían.

CAPÍTULO 30

24 de julio de 2016

9 días después de la desaparición

Malik salió de la boca de metro Ventura Rodríguez. Miró el mapa desde su teléfono y comprobó que se encontraba a 4 minutos a pie de su destino. El inspector Izquierdo, con el que convivía desde hacía unos días, le había pedido expresamente que investigara a Oxana. Ir a Ucrania le parecía una pérdida de tiempo y *hackear* el sistema de documentación policial demasiado arriesgado, así que optó por visitar la hemeroteca municipal y cruzar los dedos para encontrar algún periódico que les contara que Oxana era una psicópata en potencia.

Era el primer visitante de la mañana, quizás el único. En la entrada se encontró un mostrador de información regentado por una chica joven, a la que solo se le veía el flequillo por detrás de la pantalla del ordenador.

—Buenos días —saludó Malik.

La chica dio un respingo y se puso la mano en el pecho.

—Perdona, no había oído entrar a nadie —dijo sonrojada por el ridículo que acababa de hacer frente a un chico tan atractivo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría consultar algunos documentos de prensa.

—Déjame que lo adivine... ¡Eres estudiante de periodismo! —sonó extremadamente emocionada y absurda.

—¡Vaya! ¿Cómo lo has sabido? —le siguió la corriente.

—Una, que tiene muy buen ojo para estas cosas...—Se sonrojó de nuevo—. Vale, pues... ¿Me enseñas tu carné de lector?

Malik rebuscó en sus bolsillos para simular que se lo había dejado olvidado. Chasqueó excesivamente la lengua, lamentándose de su error.

—¿Lo necesito para poder entrar?

—Sí, es obligatorio ¿no lo sabías? —La chica le sonreía mientras mordía la punta de un bolígrafo Bic de color azul—. Si quieres te puedo explicar cómo conseguirlo... Mira, es muy sencillo, tan solo tienes que entrar a la web de la BNE y solicitarlo. En un período de 72 horas...

—¡Verás! No tengo tiempo para eso —la interrumpió Malik, apoyando los codos en la mesa y acercando, aventuradamente, su cara a la de la joven—. Es para un trabajo de la *uni*. Tengo que entregarlo

mañana y he estado toda la semana cuidando de mi abuela, que está enferma. Hoy era el único hueco en el que podía venir... Me salvarías la vida, cielo —susurró, mientras le acomodaba un mechón de pelo solitario que se había soltado de la coleta.

Tras unos cuantos piropos, Malik accedió a los documentos de la hemeroteca municipal de Madrid. Alucinó con la cantidad de publicaciones que recogía, provenientes de numerosas partes del mundo y abarcando más de cuatro siglos. Se centró únicamente en las publicaciones procedentes de Ucrania y se ciñó al período comprendido entre 2000 y 2006. Pasó largas horas cansando su vista en periódicos en los que no entendía nada. Entre todas las palabras buscaba una en concreto: Oxana. Sin darse cuenta, había pasado de las 9 y media de la mañana a la una del mediodía. Enfrascado en un pasar de hojas que no le servía para absolutamente nada. Laia, así se había presentado la chica de la entrada, le había llevado un par de cafés insípidos de la máquina expendedora, y también le había ofrecido su ayuda acompañada de un par de guiños. Malik fingía sentirse atraído por ella cada vez que se acercaba, necesitaba tenerla de su parte. Sí, era rastrero jugar con los sentimientos de una persona, pero solo de esa forma podría tener tiempo y acceso suficiente como para analizar al detalle cada página.

Justo cuando estaba a punto de rendirse y enviarle un mensaje a Héctor diciéndole que no había encontrado nada, vio el rostro de una joven que reconoció al instante. Oxana aparecía en la portada de un diario fechado el 9 de noviembre de 2005. El titular solo abarcaba una palabra: ЗНАТИ.

Sacó su teléfono, buscó en el navegador un traductor ucraniano-español y cambió el idioma del teclado para poder escribir los caracteres que aparecían en el periódico. Tras un minuto de incertidumbre, descubrió el significado de la indescifrable palabra: desaparecida.

Le hizo fotografías al artículo en cuestión, después salió corriendo de la hemeroteca. Le dio las gracias a Laia y un besó en la mejilla. Ella le respondió con un papelito que contenía su número de teléfono «por si necesitas alguna cosita más». Malik lo tiró en la primera alcantarilla que se encontró. La única cosita que necesitaba era encontrar a Pandora. A poder ser, con vida.

Cuando llegó al apartamento, encendió el ordenador del inspector. Le había dado la contraseña, por lo que podía acceder sin problemas. Con mucha paciencia escribió el artículo en ucraniano y encontró una traducción más o menos legible.

«Tras la pista de Oxana Kohut, la adolescente de 17 años que desapareció hace dos meses en Donetsk, su ciudad natal. Su familia cree que ha sido recluida en contra de su voluntad, ya que nunca

manifestó deseos de marcharse a ningún lugar. La última vez que vieron a su hija fue el pasado 7 de septiembre cuando salía de casa para encontrarse con una amiga. Nunca llegó a reunirse con ella, tampoco volvió a casa. ¿Dónde se encuentra ahora Oxana?».

Malik imprimió la traducción y también la fotografía que había hecho en la hemeroteca. Dejó salir un suspiro de satisfacción por el hallazgo de aquel documento. Luego suspiró de nuevo, esta vez, afligido. Había salido de casa pensando que Oxana era un verdugo, ahora se daba cuenta de que tan solo era otra de las víctimas.

CAPÍTULO 31

24 de julio de 2016

9 días después de la desaparición

No podía parar de pensar en la llamada recibida a las siete de la mañana. Era la forense que había estado realizando la autopsia de Peter durante toda la noche. Sin duda alguna, se trataba de un suicidio. La causa de la muerte había sido una anoxia anóxica. Esta se produce cuando el objeto que ejerce presión se desplaza hacia la parte superior del cuello, bloqueando el paso del aire e impidiendo que el oxígeno llegue al cerebro durante un tiempo mayor del que los mecanismos compensatorios pueden soportar. Además, no se encontró ninguna evidencia de que hubiera sufrido cualquier otra lesión premortal.

No contentos con eso, el peritaje caligráfico también había confirmado que la carta encontrada había sido escrita por el puño y letra del suicida.

El inspector Izquierdo se consumía al mismo ritmo que las agujas del reloj. Junto a la de su hermana Marta, esta desaparición le había arrodillado, golpeado y torturado mentalmente. Odiaba la lentitud con la que se desarrollaban los hechos, se imaginaba a Pandora arañando cada segundo de vida en el que no era encontrada. Héctor tenía la vista en la carretera, pero su mirada se volvió introspectiva. Miraba en su interior y echaba de menos sentir el aburrimiento de un día rutinario. Llegar a casa temprano, después de un día normal en la comisaría. Prepararse una merluza a la plancha, acompañada de unas rodajitas de berenjena rebozadas con harina y huevo, y sentarse a ver capítulos de cualquier serie americana que le hiciera sentirse avergonzado de lo ridículos que eran los casos que él resolvía.

Se sabía de memoria el camino que debía recorrer desde su casa a la de Jefferson Hume. Lo hacía casi por inercia, como un hábito aprendido a lo largo de nueve angustiosos días. Después recordó las palabras del taxista que había perdido a su hijo: «los trayectos más peligrosos son los que se hacen todos los días». Colocó sus dos manos en el volante, se acomodó en el asiento y se esforzó por poner todos sus sentidos en la conducción. No quería ni pensar en la cantidad de intermitentes que no había puesto.

Cuando llegó a la entrada, le esperaba Nekane. Dejó el coche fuera del caserío y caminaron juntos hasta llegar al porche. El recorrido fue algo tenso, apenas cruzaron más de dos palabras. El beso, señores. Ese

era el culpable.

—Te he llamado porque necesito que me hagas un favor.

—Claro, cuéntame —contestó algo preocupado.

—Le damos tierra a Peter a las 12 y necesito que alguien se quede aquí con Dorian. —Tomó una gran bocanada de aire antes de continuar—. Y, visto lo visto, no me fío de nadie. Solo de usted —añadió.

—No se me da demasiado bien lidiar con los niños —anotó recordando la vez que hizo llorar a Dorian—. Pero tu hijo es un chico callado y a mí no hay nada que me guste más que el silencio.

Nekane no pudo evitar reírse y, a la vez, sentirse culpable por hacerlo. «Eres una mujer viuda», se recordó.

—Gracias —dijo, acariciándole el brazo con la palma de su mano—. Prometo venir en cuanto termine. No creo que se haga muy largo porque nuestros conocidos y amigos creen que Peter es un asesino, y nadie asistiría al entierro de un criminal sin escrúpulos.

Nekane le dejó todas las indicaciones necesarias para cuidar de Dorian. Se las dejó en una nota pegada en la nevera:

1. No le hagas demasiadas preguntas ni le fuerces a hablar. No lo hará.
2. Aunque parezca antisocial, le encanta estar acompañado. Siéntate a su lado mientras juega con sus cosas.
3. Ha desayunado temprano, así que te dejo el almuerzo encima de la encimera. (Se lo come todo solo, no lo trates como un bebé)
4. Puede estar toda la mañana mirando libros o montando puzles. En su habitación tiene cuatro nuevos. Uno de ellos ha llegado a primera hora de la mañana, se lo pidió él mismo ayer por correo urgente. (Sí, a veces me coge el móvil y hace de las suyas)
5. Si ocurre algo grave, no dudes en llamarme.
6. En caso de que sufra uno de sus episodios (o brotes, como prefieras llamarlo) debes encender el radiocasete de su habitación. Está puesta su canción favorita en modo repetición. Es la única capaz de tranquilizarle. Dale al *play*, siéntate en el suelo y espera a que sea él quien busque tu cobijo. Cuando lo haga, tararéale la canción en el oído. Muéstrale calma y recuérdale que yo llegaré lo más rápido posible.
7. Vuelve a respirar, inspector. Apuesto lo que sea a que no vas a necesitar la indicación número 5, ni mucho menos la número 6. Pero mi obligación como madre es dejarlo todo anotado.
8. Gracias por todo y no te asustes: tan solo es un niño con autismo.

Cuando Nekane se marchó, Héctor miró con cierta preocupación al

niño. Hacía mucho tiempo que no cuidaba de un ser humano pequeño, y mucho menos tan complejo como Dorian. Malik lo maldeciría de saber que mientras él se dedicaba a desentrañar cada documento de la hemeroteca, Héctor pasaba el tiempo jugando a ser niñero.

—Tu madre me ha dicho que tienes un puzle nuevo, ¿te apetece que lo montemos?

Dorian se dirigió a su habitación sin mediar palabra. Parecía haber captado el mensaje, pero también había sido ignorado con éxito. Una vez llegó a la habitación, se sentó en el suelo a mirar un libro y a Héctor no le quedó más remedio que sacar su teléfono y meterse en el Facebook. La primera foto que vio fue de un viejo amigo que estaba en Tailandia. «La gente sí que sabe tomarse unas vacaciones como Dios manda», pensó. «Deberían incluir la opción "te envidio" en la pestaña de los me gusta»

Al cabo de una media hora, Dorian cerró el libro que tenía en las manos y se sentó en su escritorio con la intención de comenzar a armar el puzle. Colocó una silla vacía junto a la suya, y Héctor entendió que quería que se sentara a su lado. El inspector Izquierdo se imaginaba que el puzle sería uno de esos típicos infantiles, con dibujitos de la Patrulla Canina o Peppa Pig, pero cuando se sentó exclamó un «¡hostia!» que resonó por toda la habitación y provocó una mirada de estupor en los ojos de Dorian. El puzle conformaba la imagen de un bosque y contenía mil piezas. Era imposible distinguirlas unas de otras, pues todas eran de color verde y prácticamente de la misma tonalidad. En un minuto, Dorian ya había armado cinco piezas del extremo izquierdo. Héctor removía las piezas que estaban desordenadas encima de la mesa, pero no sabía ni por dónde empezar. De vez en cuando, Dorian suspiraba con cierto aire de superioridad al comprobar la torpeza del inspector. El pequeño analizaba las piezas huérfanas de la mesa y, en cuestión de segundos, era capaz de encontrar la que buscaba. Sin duda, su capacidad de atención y de razonamiento perceptivo eran fascinantes.

Héctor optó por, únicamente, admirar al diminuto genio que tenía a su lado. La tapa de la caja se mantenía erguida gracias al estuche que habían hecho servir de soporte. Dorian estudiaba la fotografía que aparecía en la tapa para poder dar con la pieza exacta. Héctor se contagió de la actitud del niño y comenzó a examinar también la imagen. «Un bosque precioso, ¿dónde debe ser esto?», pensó. Forzó la vista para leer la diminuta letra que se presentaba en uno de los extremos. Tras mucho esfuerzo, consiguió leer algo: bosque de Aokigahara. El nombre asiático despertó la curiosidad del inspector, que tecleó esas tres palabras para conocer el insólito lugar. Google, esa enciclopedia que tenemos a nuestro alcance las 24 horas del día, resolvió la incógnita.

«El bosque de Aokigahara, también conocido por el bosque de los suicidas, se encuentra a unos cien kilómetros de Tokio. Al margen de su espectacular belleza, se ha convertido en uno de los lugares asiáticos más visitados debido a los hechos siniestros que se han vivido allí. El espacio natural, que alberga 35 hectáreas, está acompañado de carteles que intentan convencer a los suicidas de que desistan de su objetivo. Adentrarse en Aokigahara es penetrar la densidad de un silencio que sacude el alma, en una profunda oscuridad impregnada por miles de árboles. Pese a que las autoridades no son partidarias de dar cifras sobre la cantidad de suicidios, se conoce que superan el centenar anualmente», leyó Héctor en voz alta.

Dorian lo miraba con satisfacción, sonriente. Había conseguido el objetivo marcado. Al inspector Izquierdo le resultó espeluznante que un niño que acababa de perder a un padre de una forma tan atroz escogiera un puzle de un lugar con tanto significado. De nuevo, no podía ser algo casual, intentaba decirle algo a su manera y valoraba, enormemente, el esfuerzo de Dorian por marcarle el camino a seguir. Posiblemente, sin la ayuda del pequeño, Héctor continuaría en la misma posición de salida. Se levantó para recorrer la habitación de arriba a abajo; era el particular ejercicio con el que Héctor se concentraba para pensar. Fue uniendo coincidencias entre el puzle y los hechos de la desaparición. Peter también se había suicidado en un bosque y había seguido el mismo ritual que los suicidas de Aokigahara: ahorcarse con una cuerda utilizando de soporte la rama de un árbol. De repente lo vio claro: tenía que volver a Las Presillas para encontrar una nueva pista.

CAPÍTULO 32

24 de julio de 2016

9 días después de la desaparición

Nekane llegó a la casa justo a hora de comer. Héctor ya contaba con ello, por lo que se había tomado la libertad de cocinar algo para los tres. Desde la muerte de Jefferson y la desaparición de su nieta, los empleados del caserío habían vuelto a sus anteriores vidas. Probablemente, aquella vivienda y las hectáreas de terreno que le acompañaban serían vendidas al mejor postor una vez las aguas se calmaran.

Nekane llevaba las gafas de sol puestas para esconder la profunda tristeza que emanaba de sus ojos. Se acercó a Dorian para darle un beso en la frente, mientras Héctor le llenaba el plato de espaguetis a la carbonara. Al inspector, de repente, le pareció algo cínico haber cocinado espaguetis. En las películas la gente triste come brócoli y zanahoria. Nekane le agradeció el favor una vez más y también las molestias por haber cocinado. Héctor no se atrevió a preguntarle qué tal había ido. De hecho, no habría sido adecuado hacerlo delante del niño. Durante el resto de la comida solo se escucharon los choques del tenedor contra el plato, y los alegres pajarillos que cantaban desde las copas de los árboles.

Dorian empapaba el pan de salsa, apurando los pocos restos de ella que quedaban en el plato. Sus labios y carrillos sucios ratificaban lo mucho que había disfrutado de la comida. Héctor se sentía complacido por haber hecho algo del agrado de Dorian. Ignoraba lo mucho que el pequeño lo admiraba en realidad.

Después de la comida, Nekane preparó café y sacó una bandeja de galletas de jengibre y canela. Héctor rememoró la Navidad al probarlas y pensó en lo tristes que serían este año para la familia Hume. Se tomó el café con rapidez, pues estaba impaciente por llegar al lugar donde se ahorcó Peter. Le prometió a Nekane volver a verse pronto. La besó en la frente antes de marcharse y supo entonces que estaba comenzando a sentir algo más que una simple atracción por ella.

No tuvo que conducir por mucho tiempo, pero el camino fue angustioso. Había tomado una carretera secundaria que resentía las ruedas de su coche. Desde el interior podía escuchar el repiqueteo de las piedrecillas golpeando los bajos y el motor rugiendo por lo

accidentado que se encontraba el camino.

Merodeó por los alrededores del árbol que fue escenario del funesto suceso, analizó el tronco al detalle por si tuviera alguna inscripción, caminó por los alrededores en una cota cada vez más amplia. Se iba alejando de Las Presillas, adentrándose en la frondosidad del paisaje. Llegó a un punto donde reinaba el silencio, no era capaz de percibir el sonido del agua del río a su paso, tampoco ningún vehículo que indicara la cercanía de una carretera. Miró su teléfono móvil y comprobó que entre la boscosidad no tenía cobertura. Decidió rendirse y volver por la misma ruta que había recorrido. Si continuaba, era muy probable que no supiera el camino de vuelta. La orientación no era uno de los fuertes del inspector Izquierdo.

Antes de dar media vuelta, se paró a admirar la majestuosidad de la naturaleza. La paz que el ser humano había corrompido con su afán de edificar, construir y civilizar. Justo en ese instante, le pareció escuchar unos pasos que crujían debido al contacto con las ramas y a la hojarasca que revestía el suelo.

Héctor presentía el peligro, era capaz de oler la tensión en el ambiente. Se tumbó en el suelo, de forma sigilosa, como un cazador camuflándose para poder apresar al despistado cervatillo. A lo lejos, vio unas piernas desnudas que lucían el mismo tatuaje que ya había visto antes. El hombre de la cúpula en el gemelo andaba con pasos apresurados en dirección contraria a donde se encontraba Héctor agazapado. Decidió seguirlo, pero el terreno era un suelo cubierto de minas. Cualquier elemento que pisara provocaba una serie de chasquidos que podrían alertar al sospechoso de su presencia. Debido a ello, el inspector observaba muy bien el suelo, caminando de puntillas para que la suela contactara con el menor espacio de terreno posible.

Tras unos minutos adentrándose por el bosque, el sospechoso entró en una casita de madera que parecía estar abandonada. Llevaba una bolsa de plástico en la mano, se trasparentaba una botella de zumo y un paquete de magdalenas. Héctor esperó desde la lejanía, tumbándose de nuevo en el suelo para que no pudiera divisarlo desde la ventana. La espera se estaba haciendo larga, así que optó por acercarse a la casita reptando. Con suerte podría captar algún sonido, alguna voz, pero no. El silencio seguía siendo dueño del lugar. Después de cuarenta y cinco minutos, el hombre salió de la caseta. Miró a ambos lados, asegurándose de que no había nadie a su alrededor. Después, se fue en dirección a la carretera más cercana. Estaba claro que ese individuo se conocía al dedillo aquel paraje.

Cuando se encontró completamente solo, Héctor salió de su escondite y se acercó hasta la misteriosa casita. Miró por las ventanas anegadas de polvo, casi no se podía ver el interior. La puerta era tan

endeble que, con un codazo, el inspector fue capaz de abrirla. Llevaba la pistola como escudo, no era por inseguridad, sino por protección. En el suelo de la minúscula casa, había una lata de mejillones en conserva a medio terminar y un bote de cerveza. En un rincón se encontraba una silla desgastada con una de las patas mucho más roída que las otras tres. En la otra esquina, un colchón sucio y manchado de sangre. El inspector se dio la vuelta varias veces para cerciorarse de que nadie lo había descubierto. Se acercó al colchón que olía a una mezcla de cosas que Héctor no quería ni sabía descifrar. Se tapó la nariz y la boca con el brazo que empuñaba la pistola, y con la otra mano levantó el colchón. Debajo de él, una trampilla con la serigrafía de una espiral. Se acordó de Dorian, ahí estaba la pista que el niño había ido indicando para que el inspector la encontrara. Levantó la trampilla y deseó encontrar algo más que un dibujo. En la oscuridad se perdían los últimos peldaños de una escalera de caracol. Palpó la pared para dar con algún interruptor que le facilitara la tarea, pero ya habíamos comentado que el inspector nunca había sido un tipo que contara con el factor suerte. Bajó hasta el interior a oscuras, jugando a ser un invidente y tratando de perfeccionar su sentido del tacto en cuestión de segundos. Cuando comprobó que ya no quedaban más peldaños, se sacó a tientas el teléfono y encendió la linterna que, casualmente, iluminó la cara de una joven que cerró los ojos, estrepitosamente, al contacto con la luz.

La chica tenía las manos y los pies amordazados, y en la boca una venda que le impedía gritar. Seguía con los ojos cerrados y temblaba de miedo. Lo hacía tan fuerte que sus rodillas se golpeaban entre sí con violencia. Héctor se acercó hacia ella y le quitó la venda de la boca. La había reconocido nada más la luz penetró en su rostro: era Pandora Bravo. Aunque su aspecto era muy distinto a las fotografías que le habían enseñado de ella. Presentaba una apariencia frágil, con un nivel alto de desnutrición, los ojos hundidos y cubiertos de enormes ojeras, la cabeza rapada al cero, y sus extremidades delgadas, extremadamente delgadas. Solo habían pasado 9 días, pero, al parecer, habían sido suficientes para destrozar la vida de una chica de veintiún años.

—Tranquila... —le dijo llevándosela hacia su pecho—. Pandora, soy el inspector Izquierdo. No voy a hacerte daño. —A Héctor se le salían las lágrimas. Lo había conseguido—. Ya estás a salvo...

La chica no decía nada, pero había abierto los ojos y miraba fijamente a los de Héctor. Su gesto era una mezcla de temor y agradecimiento. El inspector le desató las manos y los pies, y le sujetó el rostro con las dos manos. Ella agachó la mirada.

—Mírame a los ojos, Pandora —le rogó hasta que lo hizo—. Sé que estás derrotada... Lo que has pasado ha debido de ser horrible... Pero

necesito que saques tus últimas fuerzas de donde sea. Tenemos que correr hasta mi coche porque no tengo cobertura para llamar y pedir una patrulla a mis agentes.

Ella asintió cansada, pero era el *sprint* final para terminar con ese calvario. Se puso de pie con la ayuda del inspector, le costaba mucho esfuerzo caminar porque había estado demasiado tiempo arrodillada en el suelo. Salió de la caseta de la mano de Héctor y se tapó los ojos al salir; la luz de la vida le cegaba los ojos. El inspector corría abriéndose paso entre los árboles y las ramas, llevaba a la chica prácticamente a rastras. En la otra mano seguía sosteniendo la pistola, pues el hombre del tatuaje podía aparecer en cualquier momento. En el último tramo, cuando ya podía divisar su coche a lo lejos, cogió a la joven en brazos y corrió con todas sus fuerzas. «Piensa que es Marta. Imagínalo», se decía para motivarse. Cuando llegaron al coche, ambos comenzaron a llorar desconsolados y Héctor hizo la llamada más importante de su vida.

—Agente Sierra, soy el inspector Izquierdo. He encontrado con vida a la desaparecida Pandora Bravo. Se encontraba en una caseta abandonada cerca de la zona de Las Presillas. Nos dirigimos hacia comisaria. Le doy orden para que detenga al comisario Castillo por su posible implicación en este caso. —Colgó con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Ladeó su cabeza hacia la derecha y, sentada en el asiento del copiloto, una joven miraba por la ventana pensando en todo lo que le habían arrebatado.

CAPÍTULO 33

24 de julio de 2016

23:45 DE LA NOCHE. Carlos Castillo se sujetaba la cabeza con las dos manos esposadas, mientras el inspector Izquierdo colocaba la cámara frente al sospechoso. Peleaba con el *zoom* del aparato para encuadrar un primer plano recogiendo la cara y los hombros del comisario. No parecía una toma de una película de Hollywood, precisamente. Sabía que en el momento que le diera al botón *rec*, debería mirar a los ojos del comisario y enfrentarse al interrogatorio más complicado y surrealista de su carrera. Y, por supuesto, se le atragantaba la idea de tratar de aguantar la mirada, que no era nada fácil para el inspector.

—¿De qué va esto, Izquierdo? —preguntó Carlos en cuanto el inspector se sentó frente a él.

—Esto va de que he encontrado a su sobrina Pandora con vida.

Carlos Castillo se quedó petrificado. Golpe inesperado.

—Y tengo pruebas que podrían involucrarle en su desaparición. —Dio un trago de agua y continuó—. Verá, comisario. Podemos hacerlo de dos formas: fácil o difícil. Ya sabe cómo funciona cada una y, por el bien de todos, espero que sepa escoger la que más le conviene.

El comisario se concentraba para detener el temblor de sus manos. Las esposas chocaban produciendo un sonido desquiciante. Tenía que parar el maldito temblor. El poder de la mente tenía que funcionar.

—No parece que se alegre demasiado. ¿No tenía tantas ganas de que encontrara a su sobrina? —insistió sarcástico Héctor.

Sin dejarle contestar, Izquierdo prosiguió.

—Pandora ha sido encontrada en una caseta abandonada cerca de Las Presillas. Justo aquí —aseguró haciendo un círculo rojo sobre un punto diminuto de un enorme mapa desplegable—. Minutos antes, entraba un hombre de unos sesenta y pico años, alto, rubio y con un tatuaje de una cúpula en la pierna. Concretamente, este hombre.

Héctor abrió la carpeta que tenía delante y la deslizó, con cierto desprecio, hacia el comisario Castillo. Eran dos fotos que había sacado él mismo desde su teléfono móvil, mientras estaba agazapado en el suelo.

—Y, ¿qué tengo yo que ver con todo esto? —inquirió Castillo.

—¿Ha visto usted a este hombre antes? —replicó Héctor, ignorando la pregunta del comisario.

—En mi puta vida.

Héctor dio un puñetazo en la mesa y recogió la carpeta.

—Hay dos cosas que odio en la vida, comisario. Una es el tenis. No te imaginas cuánto me aburre. La otra son las mentiras.

Volvió a abrir la carpeta y, en lugar de deslizarla, esta vez la estampó contra la mesa. A Carlos Castillo se le ensombreció el rostro.

—23 de julio a las 18:27. Es decir, ayer por la tarde. Le voy a contar algo, comisario. Yo no soy de creer en el destino, pero a veces la vida te da el empujoncito que te faltaba. Te deja las pistas cerca para que tú seas el que las encuentre. Si me llegan a llamar diez minutos antes contándome lo del suicidio de su cuñado Peter, probablemente no me habría dado el venazo de ir al Corte Inglés de Callao. Pero, como le decía, la vida de vez en cuando se porta bien. Y mientras me dirigía a comprarme unos auriculares, le vi hablando con el mismo hombre que, según usted, no ha visto nunca. Una de dos: o tiene muy mala memoria o me ha visto cara de gilipollas. Y yo creo que es lo segundo.

Carlos Castillo tragó saliva e intentó parecer lo más sereno que pudo, aunque las cosas comenzaban a ponerse feas para él. Pero que muy feas.

—¿Mi sobrina Pandora ha confesado algo? ¿Acaso me ha inculpado a mí de su secuestro? —El comisario Castillo sonreía de forma repugnante al inspector—. Porque si no es así, su prueba de mierda no demuestra nada. Y en caso de que hubiera confesión, ¿dónde queda la presunción de inocencia?

Héctor Izquierdo se levantó violentamente de la silla, apagó la cámara y, acto seguido, estampó la cabeza del comisario sobre la mesa. Pegó sus labios al oído derecho de Carlos Castillo y trató de amedrentarlo. Su experiencia le había demostrado que el miedo era lo único que ayudaba en los interrogatorios.

—Escúcheme bien, Castillo. He pedido una orden de registro al juez. Mañana a primera hora de la mañana estaremos llamando a la puerta de su casa. Su mujer, Sally, nos esperará puesta de Trankimazin hasta las cejas y nosotros le dejaremos su lujoso ático como si hubiese pasado por allí el huracán Katrina. Usted conoce todos los procedimientos y protocolos de la científica. Así que me veo en la obligación de avisarle de que si, de repente, ocurre algo que milagrosamente jode estos protocolos, le puedo asegurar que llevaré a su mujer a rastras hasta prisión por delito de encubrimiento entre parientes.

—Puede estar tranquilo, Izquierdo. No van a encontrar nada y tú te vas a arrepentir de lo que estás haciendo cuando te suspendan de empleo y sueldo de forma permanente.

Soltó la cabeza de Castillo con rabia, haciéndola golpear contra la mesa. Volvió a su lugar y encendió de nuevo la cámara, continuando la grabación por donde la había dejado.

—Se lo voy a preguntar por última vez, comisario. ¿Quién es el

hombre de las fotos?

—Ya le he dicho que no tengo la más mísera idea. Es cierto que me crucé ayer por la tarde con él. No lo recordaba. Pero ese pobre infeliz lo único que quería era saber cómo llegar a la Puerta del Sol.

Héctor soltó una carcajada que hizo sonreír al funcionario de prisiones que esperaba en la puerta para llevarse a Castillo al calabozo. El inspector estaba demasiado cansado como para encontrar un ápice de paciencia dentro de su ser.

—¡Vaya! Corroboro mis sospechas, Castillo. Usted debe de creer que soy gilipollas. Mire, veo que ha decidido escoger la manera difícil de hacer las cosas. Está bien, jugaremos. Pero que sepa algo: me voy a encargar de descubrir qué es lo que esconde y no dude ni por un segundo de que lo voy a llevar por delante. A usted y a quien haga falta. De momento, es sospechoso de secuestro, pero si comenzamos a tirar del hilo quién sabe lo que podemos sacar de la muerte de Jefferson, el suicidio de Peter... Me daría mucha pena que también se le metieran en la mochila dos homicidios, comisario —sentenció irónico y con una sonrisa inquietante en la cara—. Yo, si estuviera en su lugar, contaría lo que supiera. Por lo menos, ganaríamos tiempo si nos dice quién es este hombre. Usted sabe mejor que nadie que, antes o después, identificaremos a este individuo y empezaremos con la orden de búsqueda y captura. Más vale que cuente su versión y no nos deje solo con la versión de los otros.

Carlos Castillo se giró a mirar al guardia que esperaba en la puerta con la vista posada en el suelo.

—Chaval, sí, tú. Llévame ya al agujero. Esta conversación entre viejos amigos ya ha terminado.

Héctor le miraba con desprecio. Nunca habría imaginado que el comisario Castillo, de repente, pudiera darle tanto asco. Hizo un gesto con la cabeza al guardia para que se lo llevara y, cuando se quedó solo en la sala de interrogatorios, gritó para descargar la adrenalina. Estaba feliz de haber encontrado a la chica con vida, pero le dolía el precio que le había costado. Se estaba jugando su placa y no podía acabar mal. No ahora.

Su teléfono comenzó a vibrar. Era Malik. Sin dudarlo, descolgó. Al otro lado de la línea se escuchaba el llanto de un joven. Era un llanto de felicidad, de agradecimiento. Era el final de nueve angustiosos días que casi le cuestan la vida a una mujer. Héctor, irremediablemente, también estalló y comenzó a llorar. No se decían nada. Ya no quedaba nada más que decir. A veces el silencio es capaz de transmitir mucho más que un grito. Era el silencio de la victoria, aunque ambos sabían que una victoria no daba por sentenciada la guerra.

CAPÍTULO 34

25 de julio de 2016

Eran tres las personas que el inspector Izquierdo había ordenado que tuviesen 72 horas de prisión incomunicada. Del comisario Castillo lo único que había podido sacar era un ataque de nervios y unas ganas gigantes de abalanzarse sobre él. Ese cabronazo se sabía todos los procedimientos y tenía una larga experiencia estando al otro lado, en el equipo contrario. Por tanto, conocía al dedillo cada fisura, cada punto débil, cada una de las flaquezas del inspector Izquierdo.

2:30 de la madrugada. La investigación no daba tregua. La siguiente en ser interrogada iba a ser Julia Marín, supuesta psicoanalista. Entró a la sala de interrogatorios con la cabeza bien alta. Pocas cosas en la vida intimidaban a la pelirroja. Una de ellas era volver a casa sola, y de noche. Eso sí que le había cambiado la vida. Eso sí que acojonaba de verdad. Lo demás era pura pamplina.

—Que guapo estás. Te sienta bien el misterio. Te da un aire...enigmático y sexy —dijo Julia dulcificando su voz.

Héctor torció el gesto y puso los ojos en blanco. Lo mejor sería entrar en el mismo juego que ella. Así que cogió la silla y la colocó junto a la de la interrogada. El inspector Izquierdo se sentó apoyando sus brazos en el respaldo de la silla y acercando, peligrosamente, su rostro al de Julia Marín.

—Esto es muy poco profesional, inspector.

—Es para hacerlo más personal, señorita Marín. Ya sabe, en honor a nuestra corta, pero increíble historia de amor —vaciló Héctor—. Quizá, con suerte, podamos solicitar un vis a vis íntimo al mes. Me pongo cachondo cuando te imagino con el uniforme de presa.

La arrogante sonrisa de Julia se desvaneció de repente.

—No me voy a andar con rodeos porque no tengo tiempo para dedicarte —susurró Héctor mientras enroscaba un rizo de Julia—. El comisario Castillo te convenció para que te hicieras pasar por psicoanalista y así, con tus exámenes, inculpar a un inocente. Concretamente a Malik Hasfura. Pero al ver que a mí me importaba una mierda tu opinión, decidiste meterte en mi cama para ganarte mi confianza. La pregunta es muy sencilla: ¿qué te ofreció el comisario a cambio de la farsa?

—Me ofende que te tomes mi trabajo como una farsa —concluyó Julia con una sonrisa.

Héctor se levantó de la silla y comenzó a andar por dentro de la sala

de interrogatorios. Contó hasta diez. Ya no le funcionaba. Su psicólogo debería buscar nuevas estrategias de relajación. Por Internet había visto una que consistía en enroscarse simulando el caparazón de una tortuga, tensando todos los músculos. Pero no era escenario ni momento para la técnica de la tortuga.

—El psicoanálisis me parece una técnica de investigación fantástica. Una práctica psicológica verdaderamente útil... El único fraude aquí eres tú.

Héctor cogió la silla y la arrastró hasta colocarse enfrente de la interrogada.

—Hemos investigado tu identidad, Julia. Y hemos encontrado algo... sorprendente. Incluso, diría que macabro. —Héctor hizo una tensa pausa—. Resulta que estás muerta desde el 2013 y no tenía ni idea de que yo podía ver fantasmas. Y mucho menos que me los podía follar.

Se revolvió nerviosa en la silla, pero continuaba en silencio. Conteniendo el aire en los pulmones para ir soltándolo poco a poco. El tono irónico del inspector le causaba taquicardias.

—Suplantación de la identidad, cómplice de secuestro... calculo unos 15 años de prisión. Pero el juez podría valorar positivamente tu colaboración en el caso. Eso conllevaría numerosos beneficios dentro de la cárcel y, por supuesto, un atenuante de la pena.

—De momento, solo tienes pruebas de la suplantación y dos años en la cárcel tampoco es para tanto.

Héctor se había estado guardando la mejor baza para el final. Era la escalera de color del interrogatorio, la jugada maestra que desestabilizaría por completo a la sospechosa.

—¿Había dicho 15 años de prisión? —vaciló—. Perdona, siempre he sido más de letras. Eran 45. No le había sumado los dos homicidios con alevosía.

Julia comenzó a sudar como si estuviera en una sauna. Los definidos rizos pelirrojos se le aplastaban en la frente, presos de la humedad.

—Cristina Farias, abogada de Jefferson Hume. Y su marido Pedro Cardozo. ¿Le suenan de algo, señorita Marín?

Julia ni siquiera levantó la mirada para ver las fotos de las dos víctimas. Toda la fuerza que había estado entrenando durante años empezaba a fallarle. No había dejado de ser la adolescente que miraba más de tres veces hacía atrás cuando volvía sola de noche. No dejaba de ser la que apretaba las llaves con fuerza y se hacía heridas en la palma de la mano. No dejaba de ser la joven que susurraba «ya estoy a salvo» al entrar en el portal de su casa y que celebraba victoriosa haber llegado con vida. Seguía siendo la que no estaba loca cuando afirmaba que alguien la perseguía al salir de la academia de estudios.

—Está bien, Julia. No colabores. Pero ¿sabes qué creo? Que tienes más pinta de víctima que de verdugo. Y pocas veces me falla la

intuición.

—No tienes pruebas de que sea cómplice de secuestro y menos aún de los dos homicidios —se defendió Julia que, de pronto, era frágil y vulnerable.

—Tenemos un testigo que te sitúa en la escena del crimen, ese mismo día a esa misma hora —sentenció el inspector.

CAPÍTULO 35

25 de julio de 2016

El inspector Izquierdo estaba que echaba humo. Cuando los investigadores forenses llegaron a la caseta abandonada para hacer magia con el luminol ultravioleta, la encontraron hecha un polvorín de cenizas. El hombre de la cúpula en la pierna había sido lo suficientemente inteligente como para rociarla con gasolina y prenderle fuego. A dos minutos estuvo de arder toda la sierra madrileña.

El lugar donde más pruebas biológicas podían haber encontrado ardía, dejando cualquier semilla de esperanza arrasada de maldad. Los situaba de nuevo en la casilla de salida. No tenían nada que pudiera acercarles a la identidad del secuestrador.

Ahora se encontraban frente a la puerta del ático del comisario Castillo, vestidos con monos blancos y cargados de reactivos químicos que les ayudaran a encontrar la huella que faltaba en la historia para darle un final digno. Un final de película. Una vecina los observaba desde el último escalón mientras llamaba por teléfono a Concha (la del 3ºB) para contarle lo más interesante que iban a vivir en todo el año.

Dejaron el ático del comisario patas arriba. Pero el luminol no detectó restos de sangre. Encontraron pelos que correspondían a los individuos que vivían en la casa y ninguna pista que llevara al comisario a ser sospechoso del secuestro de Pandora Bravo.

Héctor se quedó en el salón, mirando cada rincón como si sus pupilas también tuvieran rayos ultravioleta o magia. Porque lo que necesitaba era un milagro. Justo entonces, reparó en el huevo Fabergé que le había dibujado Dorian. Reposaba en el mismo lugar, escondiendo el mismo misterio.

—Gutiérrez, analizad el huevo que hay en esa estantería —ordenó Héctor al jefe de la científica.

Pasados unos minutos, la ninhidrina destapó tres tipos de huellas distintas sobre la superficie del huevo. Podrían ser las huellas del comisario, su mujer y su hija, pero le costaba creer que le hubieran dejado coger a la niña un huevo que valdría más de lo que valía aquel ático. Reunieron las tres huellas dactilares en la cinta adhesiva y después Gutiérrez las metió, delicadamente, dentro de una bolsita de plástico.

—Que esto sea lo primero que analicéis en el laboratorio. Quiero la

identificación cuanto antes —exigió el inspector.

Acabaron las labores de registro pasadas las 12 del mediodía, así que Héctor comería algo rápido y se dirigiría hasta Rascafría para conseguir una declaración de la víctima.

***

Pandora admiraba el paisaje sentada desde el porche del caserío de los Hume. Había soñado muchas veces con la libertad, pero era distinta a como lo había imaginado. En sus sueños corría por el bosque, tocando con la yema de los dedos las hojas más altas, con una brisa cálida golpeándole el rostro, con los olores de su infancia penetrándole muy adentro. Se imaginaba sonriendo, pero la realidad era otra. Se encontraba sentada en el sofá de un porche, ausente, inmóvil, sin ganas de correr ni tampoco de reír.

No era la libertad que había soñado. Se sentía como un pájaro al que han pasado de tener en una jaula pequeña a otra más grande. Había más espacio, sí. Pero todavía le impedía alzar el vuelo.

Renée se sentó a su lado y le acarició la mano. Pero ella parecía no sentir nada, ni una migaja de consuelo.

—Cariño, está llegando el inspector Izquierdo. El hombre que te encontró —puntualizó Renée, mientras observaba lo consumida que estaba su hija—. Sé que es muy difícil recordar y contar todo lo que has vivido, pero solo así podemos ayudarte y hacer justicia.

En ese instante, sí parecía que Pandora había vuelto a conectar con la vida y clavó una mirada inquisitiva a su madre. Qué sabría ella lo que había vivido y lo que era la justicia. Pero sin responder, volvió a perder su mirada en el paisaje.

—Esta mañana han ido a registrar la casa de los tíos —continuó hablando Renée para ganarse de nuevo la confianza de su hija—. Solo dime si tu tío Carlos tiene algo que ver con todo esto.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Pandora. Se acababa de sentir muy culpable al pensar que, quizás, estaban destruyendo la vida de personas inocentes. Pero no dijo nada. Un rayo de sol le iluminó el rostro, cerró sus ojos y acarició su rapada cabeza. No recordaba lo viva que se sentía una bajo el sol. Ahí parecía un milímetro más libre.

A los pocos minutos, Héctor Izquierdo cruzaba la finca hasta llegar al porche. Luís, el padre de Pandora, le estrechó la mano y luego lo abrazó. Había salvado a su hija.

—¿Cómo está? —preguntó Héctor.

Hoy la chica le parecía mucho más débil, más derrotada.

—Acabamos de llegar del hospital —anotó—. Tras las 24 horas de observación, nos han dado el alta para que se recupere en casa. El informe médico es para echarse a llorar: numerosas contusiones, desnutrición, relaciones sexuales forzadas y, lo peor de todo, trastorno de estrés postraumático. Ha entrado en una fase de mutismo selectivo.

—¿Qué quiere decir eso?

El inspector Izquierdo sabía perfectamente lo que quería decir. Otra cosa era que quisiera saberlo.

—Pues que no habla, inspector. Se muestra evasiva, lejana, ausente. Es como si se lo hubieran quitado todo y tan solo quedara un cuerpo. El psiquiatra nos ha dicho que es completamente normal y que los síntomas pueden alargarse en el tiempo tanto como grande y traumático sea lo vivido. Sé que usted ha venido para hablar con ella y sacarle todo cuanto pueda. Inténtelo, pero por favor no la fuerce.

Héctor asintió con la cabeza y se frotó la frente tratando de encontrar una solución. No tenía tiempo. Tenían a Pandora con vida y no podían hacer nada por saber la verdad. Ella ni siquiera se había percatado de la presencia del inspector.

Ella solo se detenía en su infancia. Ese era el único lugar al que quería y necesitaba volver. Su mente parecía haber borrado la mayoría de sus recuerdos. Los que dolían habían ido a la papelera y no pensaba restaurarlos. Pero su niñez seguía esperándola paciente. Y había descubierto que, durante todo ese tiempo, el sol había estado muy cerca de la piel, aunque no pudiera tocarlo. Había aprendido la importancia de un abrazo y, sin embargo, ahora no reconocía ninguno de esos brazos como el refugio añorado. En ese verano se había apropiado del cariño ajeno y ni siquiera tenía fuerzas para cuidarlo. Se miraba sus brazos, que eran un puñado de huesos alimentados de tristeza, y los veía vestidos con una piel pálida y fina que no guardaba cicatrices, pero sí una pena que tardaría mucho en sanar. Su paladar se apropiaba del sabor de una limonada que con mimo había preparado su madre. «Siempre te ha encantado, Pandora». Pero ella no reconocía ese sabor como suyo, porque *siempre* había cambiado y ella ya nunca sería la misma.

Al inspector Izquierdo se le ocurrió que había alguien que podía facilitar las cosas. Una persona con la que Pandora podría abrirse. Malik bajó del coche de Héctor. Le temblaba hasta el alma. Era difícil reconocer a su novia en la mirada perdida de aquella chica que odiaba la vida. Reflejaba el cuerpo de una mujer devastada con el espíritu de una niña huérfana de esperanza. Se sentó a su lado sin proyectar ninguna emoción. Nunca había imaginado que su reencuentro fuera así de frío, un desierto de besos, un océano de silencio.

—Me alegro de que todo haya terminado—anotó Malik.

Pandora ni siquiera lo había mirado, pero su cuerpo se había vuelto muy rígido de repente.

—Te he echado tanto de menos... —susurró el chico con un hilo de voz quebradizo—. Tenía mucho miedo de perderte. Sé que ahora estás enfadada con el mundo y que no estás para nadie. Y me parece bien, Pando. Sé que necesitas tiempo para asimilarlo todo, para darte

cuenta de lo fuerte y valiente que has sido. Pero quiero que sepas que te voy a esperar y me da igual una semana, cuatro meses o cien años.

La respiración de Pandora era descompasada de repente, como si se sintiera removida por lo que acababa de escuchar. Malik le acarició suavemente la mano que reposaba sobre el sofá, pero se revolvió incómoda y la apartó con recelo.

Al otro lado de la finca, Héctor paseaba junto a Nekane y Dorian. Disfrutaba de su compañía y, sin darse cuenta, estaba forjando unos lazos muy fuertes con ellos. El teléfono del inspector Izquierdo comenzó a sonar. Descolgó. Dos segundos largos de silencio e interferencias.

—Tenemos la identificación de las huellas.

—¿Y bien?

—Tal y como esperábamos, dos de ellas pertenecen al comisario y su mujer. Pero con respecto a la tercera huella, tenemos algo sorprendente. Los informes revelan que corresponde a un hombre italiano con antecedentes penales por atraco a la sede del Banco Central Italiano. Su nombre es Marco Bergoglio.

CAPÍTULO 36

25 de julio de 2016

Héctor le sonreía de forma tonta a la pantalla de su teléfono móvil. Acababan de verse y ya tenía un WhatsApp de Nekane. No solía contestar a los mensajes cuando estaba en la sala de interrogatorios, pero es que era Nekane. Su nueva y desconocida debilidad. Al inspector Izquierdo le faltaba un testimonio, el de Oxana Kohut. La había tenido un día entero en aislamiento, sin ver ni oír a nadie. No era muy ético por su parte, pero a estas alturas de la historia la moralidad la dejaba para otros. Oxana era, quizás, el eslabón más débil, por eso tenía que derrotarla mentalmente antes del interrogatorio.

Los pensamientos de Héctor eran como un cajón de viejos utensilios esparcidos por el suelo. Parecía que no había nada de valor, pero todo lo que estaba guardado allí era por algo. Por algún valioso motivo.

El funcionario de prisiones traía cogida del brazo, casi a rastras, a Oxana. Su belleza caucásica se había escondido tras unas ojeras de color violáceo y un rostro hinchado de tanto llorar. La ucraniana temblaba como si tuviera 39 de fiebre, pero en realidad era miedo. Héctor se descompuso al verla, de pronto le venía toda la moralidad de golpe. «Es parte del procedimiento» se convencía.

—Soy inocente de lo que sea que se me acusa —masculló Oxana.

Héctor escupió una sonrisa insípida.

—¿Qué sabe sobre el secuestro de Pandora Bravo? Lo que sea, Oxana. Necesito detalles.

—Le juro que no tengo nada que ver. Yo no sé nada.

—De acuerdo, no sabe nada acerca del secuestro. Pero, ¿qué puede contarme acerca del suicidio de Peter Hume?

—Tampoco sé nada... —sollozó.

—Voy a cantarle el artículo 143 del Código Penal. Quizás así pueda hacer memoria —declaró con gesto cansado el inspector—. Punto uno: el que induzca al suicidio de otro será castigado con la pena de prisión de cuatro a ocho años.

Carraspeó e hizo una pausa para analizar la mirada de Oxana, de la que salían lágrimas a borbotones.

—Punto dos: se impondrá la pena de prisión de dos a cinco años al que coopere con actos necesarios al suicidio de una persona.

El llanto de Oxana había pasado de ser silencioso a emitir unos leves gemidos que no podía controlar.

—Punto tres: será castigado con la pena de prisión de seis a diez años si la cooperación llegara hasta el punto de ejecutar la muerte.

Las manos de la ucraniana bailaban descompasadas sobre la mesa, el temblor era casi una súplica.

—Punto cuatr...

—¡Yo no obligué a Peter a suicidarse! —gritó desesperada Oxana—. Estaba enamorada de él. Jamás podría haberle hecho daño.

Héctor registró la imploración en su pecho. No tenía dudas de que Oxana decía la verdad, pero tenía que ponerla al límite para que confesara lo que sabía.

—Peter y yo teníamos una aventura desde hacía unos meses.

Héctor la premió con una sonrisa de agradecimiento.

—Nunca pensé que podría hacer algo así... Quitarse la vida de esas maneras. Pero Peter no era feliz. Lo tenía todo y, sin embargo, nada era suficiente para él. Ni siquiera yo. Su hijo era lo único por lo que se despertaba cada mañana y lo que mantenía unido a ese matrimonio. —Oxana se pasó la manga de la camiseta por la cara y recogió todas las lágrimas—. Le juro, inspector, que yo no sé nada. A mí me mandan lo que tengo que hacer y lo hago. Sin preguntar.

—¿Y qué le mandan, Oxana?

Se hizo un silencio que duró una eternidad. Como los cinco minutos antes de comenzar la tanda de penaltis en mitad de un final de la Champions.

—Carlos Castillo me pidió que guardara unas cartas que, bajo ningún concepto, nadie podía encontrar. Tampoco podía hacerlas desaparecer.

—¿Y usted por qué lo hizo?

—Por miedo.

—¿Le tiene miedo al comisario Castillo?

Oxana miró preocupada a su alrededor y asintió con la cabeza. No sabía las consecuencias que su confesión podría tener. No quería ni tan solo imaginarlo.

—Me amenazó con hacer daño a mi familia y quitarme definitivamente la libertad.

Héctor no podía verla sufrir más. Su testimonio era suficiente para ir tirando del hilo y para ganar tiempo. Hizo un gesto con la mano al funcionario, que se acercó para quitarle las esposas a Oxana. Después dejó un teléfono sobre la mesa. Se escuchaba una respiración agitada al otro lado de la línea.

Los ojos de Oxana rebotaban de la pantalla del teléfono hasta los ojos del inspector. Seguía inmóvil, a la espera de una orden. Tantos años de esclavitud la habían acostumbrado a ser una marioneta que se movía por los impulsos y decisiones de los demás. Héctor la cogió de la mano y, sin poder decir nada, se sacó de la carpeta una copia de la

noticia que había conseguido Malik de la hemeroteca. Oxana, que no había dejado de llorar todavía, se rompió aún más.

—Te han estado buscando casi once años. —Héctor alargaba las palabras en un intento de contener la emoción—. Cógelo.

Oxana sujetaba con su mano izquierda la mano del inspector y con la otra acercó el teléfono al oído. Dos segundos bastaron para que la ucraniana, con la voz rota y llena de esperanza a la vez, susurrara la palabra que llevaba años soñando con pronunciar.

—Mama...

CAPÍTULO 37

25 de julio de 2016

Tenían a Marco Bergoglio. No había sido fácil encontrarlo, mucho menos detenerlo. Dos vidas le había costado al inspector Izquierdo ese maldito operativo. El agente Sierra no volvería esa madrugada a arropar a sus gemelos. La agente Arcos ya no le diría a su abuela que la quería muchísimo de aquí hasta la luna, ida y vuelta.

Marco Bergoglio era el hombre de la cúpula en la pierna. Héctor lo había podido comprobar con sus propios ojos, mientras lo retenían en el suelo para colocarle las esposas.

Residía en un chalet en Las Rozas, utilizaba una identidad falsa que le permitía ingresar en su cuenta corriente cantidades ingentes de dinero sin levantar sospecha. Eso sí, el dinero se daba un paseíto antes por las Islas Bermudas, paraíso fiscal para los amigos.

Marco miró a su alrededor con la cara pegada al suelo. Dos agentes muertos dentro de un charco de sangre. Al agente Sierra lo había matado él, un tiro en la frente con orificio de salida. Limpio, eficiente. Siempre se le había dado bien el tiro. A la chica la había matado uno de sus guardaespaldas, el cargador entero descargado en su pecho. Una de las balas había trazado la dirección perfecta para colarse por debajo de la axila, haciéndole un quiebro al chaleco antibalas. Un poco más lejos, sus dos guardaespaldas también habían sido abatidos. Después de hacer el recuento de la escena, levantó la vista y sonrió al inspector.

—Estamos empate: dos a dos —su carcajada sonó como un ruido ensordecedor.

Héctor puso su pie sobre la cabeza de Marco y pisó fuerte hasta sentirla rebotar sobre el asfalto.

—No te equivoques. A ti no te abatimos porque te prefiero vivo, hijo de puta —sentenció el inspector Izquierdo, que volvía a estrujar la cabeza del detenido antes de levantar el pie.

Mientras metían a Marco en el furgón policial, el jefe de la científica salía de la casa de Bergoglio a la carrera.

—Izquierdo, hemos encontrado esto —avisó Gutiérrez, entregándole un archivador.

Héctor lo colocó sobre el capó de uno de los coches de policía y al abrirlo, en la primera página, apareció la cara de Oxana Kohut. Junto a la foto había una descripción física de la chica, edad, país de origen y, dato que sobresaltó al inspector, un precio. Pasó a la siguiente

página, otra chica triste miraba sonriente a cámara. Amelie Lebeau, edad 17 años, Francia, 1,71 metros de altura, 51 kilos, virgen, 75 000 euros. Las lágrimas comenzaban a apretar con fuerza el lagrimal de Héctor, que sentía una necesidad acuciante de matar a Marco Bergoglio, y pasaba las hojas hecho una furia.

De repente, Julia Marín o, mejor dicho, Elizabeth Kirchner también figuraba en el perverso catálogo primavera-verano. En la foto era bastante más joven que en la actualidad. 23 años cuando la secuestraron, de origen suizo, y lo más trágico de digerir era que ya había sido vendida por 33 000 euros. No era virgen, por lo que su puja era inferior.

Héctor colocó sus manos en la nuca y cerró los ojos. Rompió a llorar como un niño huérfano el primer día de orfanato. Como un adolescente al que acaban de romper el corazón por primera vez. Lloró como una madre que pierde a un hijo, pero después de muchos años logra hacer justicia. Héctor Izquierdo acababa de destapar la red de trata de blancas más grande del mundo.

***

Elizabeth y Oxana habían sido puestas en libertad esa misma madrugada. Las embajadas españolas en Ucrania y Suiza ya trabajaban para devolverlas a sus países de origen con sus respectivas familias. Elizabeth había confesado su colaboración en el asesinato de Cristina Farias y su marido, pero objetó que había sido extorsionada por Marco Bergoglio y Carlos Castillo para hacerlo. Sería juzgada en su país, pero ya se sabía de antemano que la confesión serviría de atenuante de cara al juez. Héctor les prometió, a ambas, seguridad 24 horas porque la mafia para la que trabajaba Bergoglio no se andaba con chiquitas. Y ellas acababan de desafiarla con su libertad.

Les esperaban meses de duro trabajo para encontrar a todas las mujeres que había sido vendidas y que constituían la más dolorosa realidad de aquel archivador. Héctor Izquierdo sintió una punzada de odio cuando vio entrar a Marco en la sala de interrogatorios.

—Su cara me suena de algo, inspector —anotó Marco con un acento italiano bastante marcado—. Es como si le conociera de otra vida.

—Si nos hubiéramos conocido en otra vida, yo le habría matado —respondió con sequedad Héctor.

Marco Bergoglio dejó entrever una magnífica dentadura blanca tras una sonrisa maliciosa. El detenido tenía 62 años, pero su apariencia podría ser la de un hombre de unos cuarenta y pocos. O la genética le había tratado demasiado bien o el dinero hacía milagros, pensó Héctor.

—¿Seguro que no nos hemos visto en alguna de las pujas, inspector? —siguió picando el italiano.

—No me haga reventarle la cabeza antes de tiempo. Prefiero

dejarles el trabajo sucio a sus compañeros de celda. No imagina lo que les gusta que entre en prisión un proxeneta.

La sonrisa de Marco se desvaneció. Le esperaba una gran aventura de supervivencia ahí dentro.

—¿Qué tal si comienza por contarme cuál es su relación con Carlos Castillo?

—Somos socios.

—Matice... —contestó Héctor alargando la *i* para darle un tono de pesadez.

Marco Bergoglio no matizaba. No le salía de ahí abajo matizar. Héctor contaba hasta diez, para variar.

—Cuénteme qué interés tenía usted con respecto a Pandora Bravo —probó suerte el inspector.

A Marco Bergoglio le dio un ataque de risa.

—Qué coño iba a querer un proxeneta...Pues venderla.

—Habiendo millones de mujeres en el mundo, decide vender a la sobrina de su socio. Voy a tomarme la licencia de advertirle que eso es un poco raro.

—Y la vida siguió... como siguen las cosas que no tienen mucho sentido —citó el italiano a Joaquín Sabina. Entonando entre risas la canción del maestro.

Héctor lo retaba con la mirada.

—Pregúntele al comisario. Yo no puedo responder también las preguntas de su examen.

El inspector Izquierdo se levantó con furia, pegó su frente a la de Marco y estuvieron unos segundos rivalizando miradas. Le cogió con fuerza del mentón y le golpeó. Un puñetazo por Pandora. Otro por Oxana. Otro por Elizabeth. El funcionario de prisiones lo separó al grito de «no vale la pena, inspector. Te lo vas a cargar».

La cara de Marco estaba empapada de un rojo brillante y espeso, la sangre se cobraba un poco de justicia. Héctor se fue a descansar, pero dejó la orden de tener al detenido en la sala de interrogatorios hasta que él volviera. 20 horas estuvo Marco Bergoglio solo, sin comer, sin beber, sin poder estirar las piernas.

El inspector Izquierdo volvió a entrar con un aire más relajado, pero su mandíbula apretada era una declaración de autoridad en toda regla.

—Si no vas a hablar, solo te diré que Guantánamo te va a parecer un parque de atracciones en comparación con lo que vas a vivir aquí. Tú decides.

Marco Bergoglio se quedó callado. Sopesaba las palabras de Héctor, la debilidad apremiaba, ya no tenía edad para huelgas de hambre. Movía la cabeza como si tuviera un debate interno y, tras unos segundos que parecieron siete años, se pronunció.

—Está de suerte, inspector. Le voy a contar todo porque yo ya no tengo nada que perder. Y aquí si caigo yo, caemos todos —sentenció.

Héctor abrió la palma de la mano. Significaba un «siga».

—En 1985, tras la muerte de mi madre, decidí venir a España. No fue una elección al azar, tenía un motivo de peso. —Hizo una pausa para beber el agua con la que le estaba premiando el inspector—. Yo había vivido siempre con mi madre, en la pobreza más absoluta. Pero antes de morir, ella me susurró el nombre de mi padre: Jefferson Hume. El famoso guitarrista de los *Broken Hearts*. Imagine mi cara, inspector. Imagine mi rabia.

Héctor estaba sumido en la confesión de Marco. Cuánta información en cuestión de 60 segundos. Un minuto basta para descolocarte todas tus suposiciones.

—Vine a España con la intención de pedirle lo que era mío. No me importaba si era a las buenas o a las malas. Yo ya no tenía nada que perder —continuó—. Estuve años indagando, investigando, observando a la familia Hume desde la sombra. Y descubrí lo que me iba abrir las puertas hacia una cuenta corriente millonaria... Tras el accidente que Jefferson tuvo a finales del 65, quedó estéril. Por tanto, yo era su único hijo biológico y, a mi forma de ver, el único que merecía su patrimonio. Pero en esta parte de la historia entra su querido amigo Carlos Castillo. En 1990, el comisario descubrió lo mismo que yo y supo que yo estaba en España estudiando mis posibilidades de dejarles sin nada. Él acababa de casarse con una de las hijas de Jefferson, lo que también le acercaba a los millones de los Hume, así que me propuso un negocio en el que salíamos ganando todos. Ellos se quedarían los millones de Jefferson, pero yo ganaría infinitamente más con la venta de mujeres. En aquel entonces, Carlos Castillo era inspector como usted, un mindundi. Pero un mindundi que hacía la vista gorda a los narcos más buscados del país a cambio de favores. Al poco tiempo, se convirtió en comisario y delegó en mí todos sus contactos. Gente con pasta que compraría las mujeres que yo secuestraba. Al principio era yo el que lo hacía, pero, con el tiempo, ganaba tanto dinero que pude permitirme tener discípulos en todos los países de Europa. Ellos actuaban por mí y yo movía mujeres de aquí para allá. El comisario borraba pruebas, nos allanaba el camino.

—Bien —Héctor no era capaz de decir nada más—. Ahora cuénteme qué tiene que ver Pandora Bravo con todo esto.

—Ella descubrió unas cartas en las que la difunta mujer de Jefferson contaba que sus hijos no eran del guitarrista. El plan de mantener el secreto oculto comenzaba a ponerse en peligro, así que decidimos quitarla de en medio. No fue una decisión fácil para el comisario —Marco gesticulaba de forma excesiva, le tiraba la piel de los golpes. Le resultaba incómodo hablar.

—¿Por qué mataron a la abogada de Jefferson? ¿Qué tenía ella que ver?

—¿La verdad, inspector? Era un simple cabo suelto. Queríamos un nuevo abogado que recuperara, de forma ilegal, el antiguo testamento de Jefferson. Antes de morir, el viejo solicitó un cambio, convirtiendo a Pandora en su única heredera.

—Vaya, creo que no solo queríais quitarla de en medio por haberlo descubierto todo... Había un móvil económico bastante importante —interrumpió Héctor—. ¿Por qué cambió el testamento?

—Esa niñata aprovechó la demencia del viejo. No sabemos cómo lo hizo, pero debe de ser lista la muy puta.

Héctor dio un puñetazo en la mesa. Era un aviso.

—¿Qué pasó con Peter?

—Peter, Peter... —pronunció vacilante el italiano—. Era el individuo perfecto para cargarse el muerto. Sinceramente, no creíamos que usted iba a encontrar a Pandora. De hecho, sigo pensando que era totalmente imposible. Es un fenómeno, inspector, un fuera de serie. Seguro que sus padres están orgullosos de usted.

—Al grano.

—Le obligamos a suicidarse y escribir una carta confesando un crimen que nunca cometió. Pobre desgraciado... —musitó apretando los labios para no liberar la risa que se le escapaba.

—¿Cómo se convence a una persona de que se suicide?

—Inspector, no imagina lo que es capaz de hacer un ser humano por proteger aquello que ama cuando se siente amenazado...

CAPÍTULO 38

26 de julio de 2016

El caso de Pandora Bravo había sido cerrado. El testimonio de Marco había sido más que suficiente para el juez. El móvil de la herencia daba una justificación al secuestro. El dinero mueve montañas, y las destruye si hace falta. Pero Héctor no las tenía todas consigo. En la historia había grietas, fisuras que no había conseguido sellar. Para su salud mental lo mejor era aceptar que todo había terminado. No podía seguir reclutando pensamientos conspiradores. Pandora estaba viva, aunque más muerta que nunca.

El inspector Izquierdo entraba de nuevo en la finca de los Hume. Al final iba a ser más suya que de Jefferson. Pero esta visita era distinta, había dejado en casa su versión profesional. Su placa, su pistola, su recién conseguido cargo de comisario. Cruzaba el portón siendo Héctor, con la única intención de pasar tiempo con Nekane. Olvidar el reciente pasado iba a ser complicado. ¿Quién se olvida de la peor tormenta de su vida? Pero querían intentarlo. Dar calma, recibir amor. Ese era el trato. Qué curioso que el amor pueda llegar a ser la tormenta y, a la vez, el refugio de la misma.

En el caserío solo vivían Nekane, Dorian y Pandora. Los padres de la última habían decidido marcharse a su hogar, pero Pandora no quería irse con ellos. Ella continuaba sumida en su silencio, pero había manifestado su intención de quedarse negándose a subir al coche de sus padres. Nadie podía decirle que no. Todo aquello, ahora, era suyo.

Héctor bajó de su coche. Nekane le sonreía mientras se acercaba al coche del comisario Izquierdo. El sol iluminaba sus ojos, más verdes que nunca. El dolor parecía no haber hecho mella en su belleza. Hasta sus ojeras tenían su *nosequé*.

—Hola...—susurró ella, poniendo la mejilla a la espera de un beso que, finalmente, recibió en los labios.

Los dos proyectaron una sonrisa escurridiza con los labios pegados. De repente, el tormento se había difuminado. A veces, para olvidar la guerra solo se necesita una milésima de paz, dos centímetros de amor y tres besos de hoy que venzan el ayer.

Dorian se abrazó a la pierna de Héctor y él le respondió con una caricia en el pelo. Tenía ganado al tipo más duro de la familia.

—Eh, colega. Te he traído algo... —dijo Héctor abriendo la parte trasera de su coche—. Sin tu ayuda, no habría sido posible.

Nekane los miraba desconcertada.

—Ya te lo explicaré... —apagó Héctor las dudas.

¿Cómo sería explicarle a una madre que su hijo es uno de los seres humanos más inteligentes del planeta? Con paciencia y tacto. Mucho tacto.

Dorian cogió el regalo de Héctor y lo desenvolvió con torpeza. Un puzle de 1500 piezas para cimentar la catedral de San Basilio, Moscú. Dorian dejó escapar una media sonrisa que recibió como premio un guiño cómplice de Héctor.

—Le ha gustado mucho —confirmó Nekane—. Puedes sentirte afortunado de esa media sonrisa.

Héctor pasó el brazo por los hombros de Nekane y la acercó cariñosamente hacia su pecho. Observaban a Dorian alejarse hacia el interior de la casa con el puzle en las manos.

Pandora estaba sentada en el sofá del porche. Se había convertido en el lugar donde mataba las horas, donde difuminaba la realidad y viajaba a su infancia. Allí estaba Pandora... arrastrando sus preocupaciones en los párpados, con las aristas de la esperanza desgastadas, con el corazón tan roto que era incapaz de bombear la vida. De repente, algo interrumpió su viaje espiritual. Volteó la cabeza y vio a Dorian erguido, observándola, con la caja del puzle en las manos. Ella le sonrió. Era la primera sonrisa que rescataba de sus labios desde que había sido liberada. Pero, de pronto, Dorian bajó la mirada hasta chocar con el brazo de Pandora, y entonces lo entendió todo. La caja se deslizó de sus manos, impactando contra el suelo y dejando esparcidas las 1500 diminutas piezas. Comenzó a dar vueltas y aletear los brazos, a la vez que lloraba de forma desconsolada. Pandora se tapó los oídos, recogiendo sus piernas con los brazos. En posición fetal. La única postura que el ser humano almacena como instinto de protección. Acababa de descubrir que el llanto de Dorian era una amenaza para ella. La angustia se le agarró al pecho. El perro rabioso de la ansiedad había vuelto para morderle la paz. Ella estiraba de un lado para conseguir la calma, la ansiedad estiraba del otro para que ganara el miedo. No podía dejarle ganar. Inspiraba. Espiraba.

Nekane corrió hasta Dorian y se sentó en el suelo para susurrarle su canción. Héctor se sentó al lado de Pandora y le acarició la cabeza rapada para tranquilizarla también. «¿Qué carajos ha pasado aquí?» se preguntó a sí mismo.

3 meses después

CAPÍTULO 39

26 de octubre de 2016

Bajó la mirada y comprobó su brazo lleno de marcas. ¿Cuántos chutes más necesitaría para que se le parase el corazón? Llegaba cada día un tipo distinto para inyectarles la dosis de heroína suficiente para mantenerlas inactivas, anuladas sobre el colchón pulgoso que llamaban cama. Pocos minutos después del pinchazo, metía los pies en la arena cálida del mar. Sentada en la tumbona con una tostada de aguacate y un vaso de zumo de naranja. Le encantaba desayunar en el mar. Era el momento perfecto para disfrutar del océano sin los turistas invasores, sedientos de trocitos de sol. El agua del mar bailaba con un ritmo extremadamente relajante, la brisa se metía en sus oídos y parecía tan real que su cerebro no daba abasto en la creación de endorfinas, serotonina, dopamina... Ella sonreía con unos labios tristes y, por un instante, parecía ser feliz.

Pero en cuanto abría mínimamente el ojo, el dolor flotaba en el aire. Se hacía pesado, difícil de respirar. Los llantos se enroscaban en las sucias paredes. Cada sollozo tenía una historia que gritar, una libertad que arañarle a la esclavitud. Si las paredes hablaran, ellas no estarían allí. Ninguna persona con un mínimo de empatía podría consentirlo. Cerraba los ojos y deseaba que hubiera mujeres quemando contenedores ahí fuera. Ojalá las plazas se hubieran vestido de morado con su nombre por bandera. Apretaba los párpados y salían imágenes de miles de compañeras llevando pancartas con orgullo: «somos las nietas de las brujas que no pudisteis quemar». Ojalá hubiera mujeres rasgándose la voz por arrebatarle el precio a su vida, y pegarle una pegatina fosforita que amenazara: «no está en venta». Porque mientras esas mujeres seguían luchando, a pesar de tenerlo todo, ella, que no le quedaba nada, se alimentaba de la esperanza de que todo era posible. Porque, aunque no nos pase a todas, aunque sea solo una mujer en el mundo la que viva este infierno, vale la pena salir a partirse la cara por ella.

Si alguien fotografiara el macabro escenario en el que vivían, vendrían a salvarlas de este campo de concentración. Miraba a su alrededor y solo veía camas repletas de mujeres tan drogadas como

ella. Desnudas sobre un colchón a la espera de que llegara su turno. Cada día entraba una de ellas a la cúpula. La obligaban a contonearse desnuda, tenía que venderse bien para que los postores pujaran por encima del precio de inicio. Ellos, que eran jeques, narcotraficantes o, simplemente, tipos ricos y con poder, observaban tras las mamparas y apretaban al botón que encendía el micro. Cincuenta mil... Contoneo hacia abajo. Sesenta mil... Contoneo hacia arriba. Ochenta mil...Ochenta mil a la de una, a la de dos, a la de tres... Vendida.

Ella todavía no había estado en la cúpula, pero algunas compañeras le habían contado cómo funcionaba. «Hazlo bien porque si no te compra nadie, se desharán de ti». Menos mal que la droga no dejaba hueco a la ansiedad. Al miedo.

Levantó la vista. Sobre el cabezal de su cama estaba la seguidilla de rayas verticales y diminutas que realizaba con sus uñas sobre la pintura roída. Era su forma de recordar cuántos días llevaba allí. Era su calendario con días borrados, con sueños rotos, con sensaciones en *pause*.

Abrió los ojos de nuevo. La habitación le daba vueltas, pero era un balanceo placentero. Era como estar en el vientre de mamá. Una compañera lloraba arañando las paredes. Tenía mono. Cuando se portaban mal, las dejaban unos días sin heroína. Mientras miraba los dedos ensangrentados de Catrina clavándose en la pared, se percató de un objeto que había debajo de la cama de la portuguesa. Recordó entonces el zarandeo que Catrina y uno de los hombres habían tenido. Ella exigía su dosis de heroína, él se deshacía de ella con patadas. De repente, un sonido hueco en el suelo que fue enmudecido por los gritos de Catrina. Un teléfono móvil se escapaba del bolsillo para esconderse debajo la cama. Era la señal: todo es posible.

Se levantó. Tenía las piernas débiles como el que ha cruzado un desierto de cicatrices. Y un andar confuso, del que recorre un camino entre la verdad y la ensoñación. Cogió el teléfono tras varios intentos. La mano no se coordinaba con el objeto. Volvió a su cama y, acurrucada, escribió un mensaje. Las letras bailaban y tenía que borrar y repetir reiteradamente. Al fin lo consiguió. La memoria le rugía una serie de números que no recordaba a quién pertenecían. Pero si se lo sabía era por algo. Le dio al botón de enviar y un SMS cruzó el continente:

Mi nombre es Pandora Bravo. Necesito ayuda. Llevo 125 días secuestrada. SOS.

CAPÍTULO 40

26 de octubre de 2016

HACÍA MUCHO TIEMPO que no la veía, aunque Héctor le había estado informando cada tanto de sus progresos. Estaba nervioso. Le sudaban las manos y luchaba por dejar pegado el sudor en sus pantalones vaqueros. Pero la hiperhidrosis de manos volvía con más fuerza. Finalmente, resolvió llamar al timbre.

El portón de la finca se abrió con un gemido intermitente. El largo camino hasta la casa estaba lleno de hojas secas que Malik trataba de esquivar. Odiaba el ruido crujiente que producen al pisarlas. Pandora le esperaba en el porche. Le había crecido el pelo, y ahora tenía una melena corta y despuntada con aire surfero. No estaban juntos, lo habían dejado tras el secuestro. Ella ya no era la misma y necesitaba encontrarse. Aun así, había aceptado ver a Malik. No podía arrancar a las personas de su vida sin más. Si arrancaba una hoja escrita, el libro perdía parte de sentido. Sentía que le estaba fallando a la veracidad de la historia.

—Estás preciosa... —musitó Malik acariciando el rostro de ella.

Le respondió con una efímera sonrisa. Habían cambiado muchas cosas en tres meses, pero el silencio de Pandora continuaba siendo impermeable.

—¿Quieres que vayamos al balancín? —le preguntó sin esperar una respuesta.

Ella estiró el brazo y rozó la mano de Malik hasta lograr entrelazar los dedos. Después, con un andar afligido, lo condujo hasta el balancín. Pasaron cuarenta y cinco minutos disfrutando de la compañía y las vistas. Malik la observó todo ese tiempo y comprendió que Pandora había dejado de ser una mujer para ser una niña toda la vida. Su rostro estaba en paz, ya no era tan lúgubre y triste, pero estaba abandonado de vida. Esos ojos ya no tenían sueños, simplemente se alimentaban del recuerdo de una niñez constante. Era como chapotear en la orilla de la memoria sin la necesidad de construir un castillo de futuro, sin tomar una gota del sol del presente.

A los lejos lo saludó Héctor, que paseaba junto a Nekane y Dorian por el inmenso jardín. Habían comenzado una relación, y estaban tan hechos el uno para el otro que el comisario Izquierdo había decidido mudarse con ellos. Por su parte, los padres de Pandora intentaban romper la barrera que había entre ellos y la joven, pero hasta el momento les había sido imposible. Pandora solo toleraba la compañía

de Nekane y Héctor, que la cuidaban con un amor paciente y, a ratitos, correspondido. Sin embargo, el pequeño Dorian la evitaba a toda costa. Cuando se encontraban por la finca, él clavaba sus ojos en ella hasta llegar al punto de incomodarla.

—Ahora vuelvo —avisó Malik.

Se levantó del balancín y caminó hasta llegar a Héctor. Se fundieron en un abrazo sincero. Eran grandes amigos desde que unificaron fuerzas en la investigación.

—¿Cómo la ves? —preguntó Héctor instalando su mano sobre el hombro de Malik.

—Menos triste...—resopló con cierta pena en su respiración—. Sé que necesita tiempo, pero también sé que nunca será feliz, ni siquiera será la Pandora que un día conocí. Esa historia no volverá... Y me jode.

—Tienes que olvidar el pasado, Malik. Eres joven, estás lleno de vida...Tienes mucho tiempo para crear otras historias... Con otras personas.

—Esa es la historia de mi vida...—se resignó Malik, mientras señalaba con la mirada a Pandora—. Yo no quería vivir otra. Quería repetir la misma historia todos los días... Y ahora... ¿qué hago con un libro en blanco?

Héctor se frotó la nuca sin saber muy bien qué decir y observó el rostro agotado de su amigo. La verdad era que el psiquiatra no tenía buenos augurios con respecto al cuadro clínico de Pandora. Parecía que el dolor le hubiera arrebatado también la madurez. Ahora era una niña atrapada en el cuerpo de una mujer.

—¿Cómo te va por el bar? —cambió de tema Héctor.

—Pues me va bien... Trabajo muchísimo, pero es tiempo que no invierto en pensar.

—Me alegro mucho por ti, tío.

Malik no respondió. Se quedaron callados observando desde lejos a la chica que les había robado el sueño hacía tres meses. Malik y Héctor continuaban en silencio cuando un *bip bip* se coló entre los cantos de los pájaros. Malik se sacó el teléfono y, como si acabara de recibir la peor noticia del mundo, las facciones de su cara se turbaron. Se le desorientó la mirada. Se dio la vuelta con ímpetu y atisbó a los lejos una Pandora ausente que se balanceaba haciendo fuerza con sus piernas.

—¿Estás bien, Malik?

No lo estaba, no. Conteniendo la respiración, dirigió la pantalla de su teléfono hacia los ojos del comisario Izquierdo. Héctor le arrebató el móvil y se quedó petrificado. Un espasmo frío le recorrió por la espalda tras leer dos líneas que desmoronaban la verdad:

Mi nombre es Pandora Bravo. Necesito ayuda. Llevo 125 días

secuestrada. SOS.

CAPÍTULO 41

27 de octubre de 2016

—El número pertenece a una tarjeta prepago comprada en el mercado negro. El repetidor sitúa la llamada en Moscú.

Esa había sido la afirmación que los había llevado a coger el primer vuelo con destino a la capital rusa. Habían sido 24 horas de pura locura, rayando la certeza y el desatino. Se preguntaban, constantemente, quién había enviado el mensaje. Dudaban sobre la veracidad de la llamada de auxilio, pero la intuición les hizo plantarse en el país más grande del mundo.

Héctor había contactado con la INTERPOL para conseguir la colaboración de las autoridades rusas. Había detallado el caso de Pandora Bravo y puesto sobre la mesa nombres tan importantes como el de Marco Bergoglio. Hombres buscados desde cientos de países del mundo se ponían en el punto de mira.

Llegaron a la Plaza Roja de Moscú, donde se habían citado con uno de los colaboradores de la INTERPOL. Guadalupe Canché los esperaba en el corazón del Kremlin, un conjunto de edificios emblemáticos que conforman 8 hectáreas amuralladas. La mezcla de colores envolviendo los edificios y el andar sosegado de los turistas regalaba un soplo de aire cálido a la situación. Al fondo, el río Moscova susurraba un agradable vaivén.

—¿Comisario Izquierdo? Soy Guadalupe Canché —dijo una mujer de unos treinta y cinco años, con un marcado acento mejicano.

Estrecharon las manos y disimularon viendo los solemnes edificios.

—¿Ven este edificio? —preguntó con voz de guía turística, mientras señalaba un edificio rectangular color mostaza—. Aquí trabaja Vladimir Putin.

Malik y Héctor fingían estar interesados, aunque su único propósito era resolver la incógnita que parecía la historia interminable. Siguieron andando, camuflando el cansancio de no haber pegado ojo en el avión. Y es que habían tenido una buena sesión de turbulencias para rebajar la ansiedad. Se lo habían contado a Guadalupe Canché, por romper el hielo de alguna forma.

Un grupo de turistas chinos se agolpaban alrededor de un cañón gigante de bronce. Unos minutos más tarde, otro grupo de asiáticos se tomaban fotos con una campana de enorme tamaño. También de bronce. El comisario Izquierdo comenzaba a sentirse abrumado. No estaban allí para hacer *sightseeing* o, como dirían los adolescentes de

nuestro país: *turisteo que te veo*.

No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de la incomodidad que desprendían Malik y Héctor. Así que Guadalupe Canché dio por finalizada la toma de contacto.

—Si les parece, podemos ir al furgón para fijar los detalles de la operación —anotó Guadalupe casi en un susurro—. Tengo novedades que contarles.

—Por favor... —suplicaron al mismo tiempo Héctor y Malik

Salieron del Kremlin andando por un puente que conectaba dos torres: la de Kutafia y la de la Trinidad. Esta última de ladrillo rojo y de una longitud de 80 metros. Pero ya nada impresionaba al comisario Izquierdo. Tan solo era capaz de percibir un ir y venir de transeúntes que se paraban a fotografiar cada minúsculo detalle.

Cuando llegaron al furgón, Guadalupe les preparó dos cafés cargados y les mostró la foto de un hombre de aspecto sudamericano. Los quería bien despiertos.

—Este compatriota mío se llama Oscar Alberto Rosales Yáñez. Desde INTERPOL llevamos mucho tiempo tras su pista...

—¿Delitos? —atajó Héctor.

—Tráfico y contrabando de estupefacientes, traslado ilegal de armas y, ahora, le sumamos tráfico de personas.

—Vaya... una joyita —apostilló Héctor Izquierdo.

—¿Y qué tiene que ver este tipo con Pandora Bravo? —preguntó Malik.

Guadalupe lo miró con desconfianza. Estaba segura de que no era inspector de policía tal y como Héctor había afirmado. Pero todos sabían que era un buen cebo.

—Creemos que trabaja para Marco Bergoglio. Estas últimas semanas hemos estado a punto de dar con él. Teníamos sospechas de que Rosales estaba actuando aquí, en este país. Pero previamente hicimos una investigación exhaustiva de su familia. Allá en México. En dicha investigación averiguamos un dato que fue trascendental en su búsqueda. La madre de Rosales nos confió que su hijo toma Rophinol para combatir su adicción a las drogas. Dimos con todas las farmacias de Rusia que estaban vendiendo dicho medicamento e investigamos a cada uno de los pacientes que la compraban. ¿Imagina cuántas farmacias hay en Rusia? ¿Cuántos exadictos? Nos llevó muchísimo tiempo, pero así es como dimos con Oscar Alberto. Le hemos estado siguiendo estas últimas semanas, íbamos a detenerle de forma inmediata. Pero, tras la llamada que usted realizó ayer, hemos decidido esperar. Miren esto...

Guadalupe les acercó otra fotografía tomada hacía tres días.

—Oscar Alberto visita este lugar todos los días —dijo señalando con un rotulador una puerta de una barbería.

—La barbería tiene como logo una cúpula...—anotó Héctor forzando la vista—. La misma que tiene tatuada Bergoglio.

—Efectivamente... Creemos que la barbería es una farsa para llevar a cabo sus negocios allí dentro. —Hizo una pausa y sacó un puñado más de fotografías—. Es una forma de no levantar sospechas. Pero, lo más sorprendente, es que cada viernes por la noche sucede esto... Maseratis, Lamborghinis, Ferraris... Todos apiladitos a la puerta de una barbería en los suburbios de Moscú...

—¡Vaya! Frijolito no parece ser muy listo... —musitó Malik.

Guadalupe lo fulminó con la mirada. Y Héctor lo fulminó todavía más.

—El Frijolito... ——anotó Canché con tono sarcástico— lleva en busca y captura más de once años. Yo no dudaría de su inteligencia y, menos aún, de su peligrosidad.

Héctor se frotaba la nuca. Gesto que solía hacer para que las ideas fluyeran más rápido.

—Eso es...Los viernes hay puja en la barbería... —pensó en voz alta Izquierdo—. Es el día que los tipos con poder van de compras...

—Y la mercancía son mujeres...—completó Malik.

—*Touché* —apuntó Guadalupe.

Héctor pulsó el botón de desbloqueo de su teléfono. La pantalla se iluminó mostrándole la fecha: jueves, 27 de octubre.

—Mañana habrá una nueva puja... —susurró.

—Y ese será nuestro turno, comisario. Hemos trazado un plan para acabar con estos hijos de puta. Les cuento rápidamente y luego váyanse a descansar. Comienza la Operación Aves Enjauladas —sentenció Guadalupe Canché.

CAPÍTULO 42

28 de octubre de 2016

HABÍA LLEGADO EL DÍA. Encendían la mecha de la Operación Aves Enjauladas. El plan era el siguiente: Malik Hasfura se infiltraría en la puja de esa misma noche. Dentro del furgón policial, Guadalupe Canché le daba todas las indicaciones. Malik se haría pasar por el hijo del jeque Abdel Salâm, uno de los clientes más cotizados de Bergoglio. Era una idea peligrosa, pero estaba dispuesto a asumir riesgos.

Eran las nueve y cuarto de la noche cuando Malik aparcó un Porsche 911 de color granate a las puertas de la barbería. El coche se lo había prestado un multimillonario ruso que colaboraba con la policía. Para él era como haberle dejado el Ford Focus del abuelo.

Estaba tan nervioso que le castañeaban los dientes. Si lo descubrían sería una muerte anunciada. Miró a su alrededor. Los suburbios rusos tenían una parte lúgubre. Todo era gris, o Malik lo veía todo más gris que nunca. Le rezó a Alá antes de bajarse del coche. Se despidió de la tapicería acariciándola con los dedos. Como si fuera la última vez que iba a estar tan cerca del lujo.

Salió del coche recogiéndose la túnica que llevaba hasta los pies, prenda que daba realismo al asunto y le permitía estar armado y cableado, lo que quería decir que llevaba micros hasta en los huevos.

En la cabeza llevaba una kufiyya blanca con los ribetes de color negro. Malik agradecía llevarla puesta, porque disimulaba el sudor nervioso que emanaba de su frente.

Llamó a la puerta metálica de la barbería con siete golpes de nudillos. Tres suaves y rápidos. Tres sonoros y esparcidos. El último, acompañado de un silbido. Esa era la contraseña. La INTERPOL lo había descubierto durante las últimas semanas de espionaje a Rosales. La puerta se abrió, pero, antes de entrar, Malik dio una última mirada al furgón que estaba aparcado al final de la calle. Cuando la puja comenzara, llegarían seis furgones más de refuerzo.

—¿Nombre? —dijo en inglés un señor de metro cincuenta y con aspecto terriblemente ruso.

—Soy Ibrahim Salâm —contestó con voz ronca Malik.

El hombrecito miró la lista y, al comprobar que no había ningún Ibrahim, metió la mano para sacarse la pistola.

—No está en la lista —amenazó con la mano en el interior de la chaqueta.

Guadalupe Canché le traducía por un pinganillo que se escondía tras

la kufiyya. Y a la vez le decía en inglés lo que tenía que responder.

—Soy hijo del jeque Abdel Salâm. Es mi cumpleaños y este es el regalo de mi padre. No le hará usted ese feo, ¿verdad?

Un *déjale entrar* se escuchó desde el interior y el portero se apartó dejando paso a Malik. Recorrió un pasillo oscuro, con las paredes agrietadas. Nada de lujo en el interior. Siguió la luz del fondo, aunque si hubiera podido, habría echado marcha atrás y salido corriendo.

Llegó hasta una sala enorme, con las paredes acristaladas y con numerosos sofás de piel. En uno de ellos estaba sentado Oscar Alberto. Lo reconoció al instante.

—Bienvenido, es un honor tenerle en la puja —le estrechó la mano —. Hoy ofrecemos una mercancía de calidad. Espero que se vaya con las manos llenas a Dubái.

Malik asintió sonriente. Aunque Guadalupe le susurraba cosas en inglés, él quería evitar a toda costa abrir la boca, no fuera cosa que se la llenaran con el cañón de una pistola.

Una de las paredes no estaba acristalada y en ella había tres puertas doradas. Rosales lo acompañó hasta la tercera y lo invitó a pasar con un ligero movimiento de cabeza. Penetraron a una sala oscura que recibía una luz roja tenue de otra estancia. La sala tenía una curvatura poco usual, tres paredes de cemento y una de cristal. La pared de cristal conectaba con una sala hexagonal con una intensa luz roja. Esa era la famosa cúpula.

—Hay seis salas como esta —explicó Rosales—. Todas alrededor del hexágono donde presentamos la mercancía. La luz roja molesta a los ojos... lo sé. Pero así nos aseguramos de que los pujadores no sepáis las identidades de los otros. Es por seguridad. Nada más.

Adosada a la pared acristalada había una mesa negra con un micrófono y un botón blanco. Malik tomó asiento y espero más indicaciones de Rosales.

—Cuando quiera hablar por el micrófono, pulse el botón. Le daré un consejo para principiantes: las cabezas rapadas son mujeres de segunda mano. Las auténticas son las que todavía conservan su melena.

Oscar Alberto salió de la sala y Malik se quedó solo. Guadalupe le pedía que mantuviera la calma por el pinganillo.

De repente una voz en *off* comenzó a hablar, inundando todas las estancias.

—Bienvenidos a todos, pujadores. Hoy traemos tres mujeres irresistibles, jóvenes. Una mercancía que solo podrán encontrar en La Cúpula.

Tras dar las indicaciones de juego, apareció en la sala central una mujer con la cabeza rapada. Se contoneaba con ropa interior frente a cada pared acristalada. Incluso, llegó a desabrocharse el sujetador. Era

una mujer de tez morena que acabó siendo vendida por diez mil euros al pujador número 5. Malik era el número 3, así lo indicaba el botón blanco. Una señorita rubia entraba a cada sala para tomarles nota. Malik pidió un *gin-tonic*. Cuando se quedó solo comenzó a relatar cada detalle para que Guadalupe Canché y Héctor Izquierdo supieran lo que estaba pasando allí dentro.

—Gran puja la que acabamos de vivir...—volvió a anotar la voz en *off*—. Damos paso a la mujer número 2.

Justo en ese momento, una silueta aturdida entraba en la sala poniéndose las manos sobre el rostro debido a la ceguera que provocaba la luz roja. La chica se quedó en el centro, apenas se contoneaba. Estaba de espaldas a Malik y fue dándose la vuelta poco a poco.

—Tres mil euros —apuntó el jugador 4

—Diez mil —aseguró el número 5.

—Esta puja está que arde. Mercancía traída desde España... Diez mil a la de una... —intervino la voz en *off*.

—Quince mil.

La chica se dio la vuelta fijando su mirada a la pared acristalada de Malik. Y entonces la reconoció.

—¡Es Pandora, Héctor!

Desde el furgón recibieron la noticia como un gol de Iniesta.

—Cien mil... —sentenció Malik, pulsando el maldito botón blanco.

—¡Cien mil euros! ¡Qué locura! Cien mil a la de una... Cien mil a la de dos...Cien mil a la de tres... ¡Vendida al pujador número 3!

Malik se levantó del asiento y comenzó a gritar con las manos en la cabeza. Suerte que las salas estaban insonorizadas, aunque poco faltó para destrozar el tímpano de los que escuchaban desde el furgón.

A los pocos minutos, Oscar Alberto abrió la puerta de la sala con Pandora Bravo cogida de la mano.

—¡Enhorabuena! Ya puede disfrutar de su compra. No sé qué tienen las españolas que revolucionan todas las pujas.

Le dejó sobre la mesa un papel.

—La garantía del producto... —guiñó un ojo Rosales.

Pandora seguía en el umbral de la puerta. Apoyada sobre el marco con la vista clavada al suelo. Levantó la mirada para conocer al que sería su nuevo dueño.

—Malik... —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Oscar Alberto miró la cara de Malik, que acababa de descomponerse. No todo podía ser tan fácil. Rosales se metió la mano en el interior de la cazadora, pero Malik descifró mucho antes sus intenciones. Sacó la pistola antes que él y le dio un tiro en la frente. Rosales cayó a plomo en el suelo con los ojos en blanco. El hombrecillo de la puerta comenzó a gritar cosas en inglés que Malik

no entendía. Se abalanzó sobre Pandora y la inmovilizó en el suelo, protegiéndola con su cuerpo, a la vez que disparaba en dirección al hombrecillo que le respondía con más balazos. Y justo cuando vio a la muerte mirarle fijamente a los ojos, la puerta de la falsa barbería fue derribada. Decenas de agentes entraban al grito de «¡alto, policía!».

CAPÍTULO 43

28 de octubre de 2016

Mientras Héctor se jugaba la vida, Nekane apremiaba a Dorian para lavarse las manos e ir a cenar. Eso era lo que más le preocupaba en ese momento. Quizá si supiera que Héctor acababa de meterse, pistola en mano, dentro de una barbería llenita de delincuentes potencialmente peligrosos, tendría otra preocupación. Pero en ese instante, Dorian centraba toda su atención. Y es que cuando su hijo se ausentaba, era muy difícil reconducirlo y conectarlo con la realidad de nuevo. El pequeño estaba sentado con las piernas abiertas en el suelo de su habitación. Entre las extremidades refugiaba una hoja, sobre la que trazaba un dibujo que debía llevar a la escuela.

—Tienes todo el fin de semana para acabarlo, cariño —intervino Nekane, poniéndose de cuclillas junto a su hijo.

Dorian ni siquiera le prestaba atención. Trazaba la silueta perfecta de un sofá. Sobre él dibujó a cuatro personas: Héctor, Nekane, Pandora y él mismo. Nekane acabó sentada a su lado, concentrada en cada trazo que realizaba Dorian. Le impresionaba ver la increíble capacidad que tenía su hijo para plasmar la realidad. El sofá era tan largo como la hoja y los dibujó a ellos tres muy juntos. En cambio, la figura de Pandora permanecía triste en una esquina. Con una separación de, por lo menos, cuatro dedos. La psicóloga de la escuela le había pedido un dibujo de la familia para analizar posibles preocupaciones en la mente de un niño que no se comunicaba de otra forma. Cuando terminó de dibujar a Pandora, la única que vestía manga corta, le rodeó el brazo derecho. Después miró a su madre.

—¿Qué es eso, cielo? —preguntó Nekane tiernamente.

Dorian comenzó a rodear el brazo con impulsividad. Su madre no estaba entendiendo la señal y eso le hacía sentir frustración, agotamiento. Arrancó otro papel del cuaderno y dibujó un puño en alto con una anotación debajo: mujer libre. Nekane ahogó un gritito de sorpresa al ver a su hijo escribir con tanta naturalidad. Había muchas cosas que Nekane desconocía. Fue entonces cuando reconoció el dibujo. Era uno de los tatuajes de Pandora.

Se dirigió hacia la ventana y, confusa, miró a la chica que, como cada día, deambulaba silenciosa por el jardín. Llevaba manga corta, lo que le facilitó a Nekane el descubrimiento. No había ni rastro del tatuaje.

CAPÍTULO 44

29 de octubre de 2016

El operativo había sido otro triunfo que seguiría enalteciendo la exitosa carrera del comisario Izquierdo. Excepto Oscar Alberto, que había sido abatido por Malik, y Arsen Usmanov, el portero de metro cincuenta que había sido abatido por Guadalupe Canché, el resto de pujadores habían sido arrestados y, lo mejor de todo, cincuenta y seis mujeres habían sido puestas en libertad. Cerraba los ojos y una imagen le perforaba el alma. Mujeres desnudas y drogadas pedían auxilio desde un sótano en el culo del mundo. Si Malik no llega a recibir ese mensaje, cincuenta y seis vidas habrían sido robadas para siempre. Héctor acariciaba la ventanilla con la yema de los dedos y recordaba los arañazos en las paredes, las pupilas desorientadas buscando una brújula de esperanza, los llantos de mujeres que acababan de recordar que su identidad no tenía precio.

Héctor Izquierdo se acomodaba en el asiento del avión. Le había tocado ventanilla. Odiaba las alturas, pero quiso comprobar que dejaban atrás el país que supuso la primera palabra de Dorian. Pandora iba en el mismo avión, pero en primera clase. Detalle de la INTERPOL.

En ese momento les rondaba otra cuestión en la piel... ¿quién diablos era la chica que rescataron hacía tres meses? Todavía no le habían dicho nada a Pandora para no provocarle más ansiedad.

Hablando de ansiedad, es importante recordar que Héctor Izquierdo llevaba más de 72 horas sin dormir. Así que puso el comprimido bajo la lengua y apoyó la cabeza en la ventanilla. A los pocos minutos, la pastilla se fue fundiendo con la mucosa, llegando a cada recoveco del cuerpo del comisario para destensarlo y eximirlo de toda preocupación. Tras una cruenta, pero dulce batalla, los ojos de Héctor se cerraron. Hacía tanto tiempo que no soñaba... Trazaba con mimo el dibujo de un superhéroe. La capa roja seguro que le gusta. No, mejor azul. Había olvidado que los superhéroes no te abandonan cuando los necesitas. Cada línea en el papel era esbozada con la ternura de un niño que mataría por dos o tres minutos de afecto. En el centro del papel, el superhéroe llamado papá. Alrededor, la nada más absoluta, el blanco de un papel que refleja el vacío de recuerdos que nadie se preocupó por construir. Sale de la habitación el superhéroe, que de repente tiene una cara de villano que no corresponde con lo dibujado. Mamá le mira desde el fondo de la habitación, Héctor detecta un

montón de pena en esos ojos de adicta. Levanta el dibujo con el optimismo de que el villano se reconozca como superhéroe. Pero ni siquiera mira la hoja, lo aparta con desprecio y camina hasta la puerta sin decir adiós. Héctor se queda erguido en el salón, con el dibujo en la mano y una tristeza que no sabe en qué cajón guardar. Alza la mirada para retener un último recuerdo de su padre. Y se le quedan en la retina unos pantalones de camuflaje tipo bermudas y el tatuaje de una cúpula en la pierna.

El comisario Izquierdo abrió los ojos, con una opresión que le obligaba a recoger oxígeno de forma descompasada. Intentó escapar del avión, levantándose con ímpetu del asiento. Intento fallido. Tenía puesto el cinturón de seguridad. Cada vez le faltaba más aire y un sudor frío comenzaba a desatascar sus poros. La mujer del asiento de al lado lo miraba asustada, como si acabara de ver algo fuera de lo normal. Pero es que no era lo habitual, darse cuenta a 12 mil metros de altura de que el padre de Héctor Izquierdo era Marco Bergoglio y que su madre, Lola, no llevaba una niña en el vientre, sino dos.

CAPÍTULO 45

30 de octubre de 2016

Héctor Izquierdo no fue a su casa tras aterrizar el avión. Las dos cabezaditas de media hora durante el vuelo debían de servirle para mantenerse en pie. La piel de debajo de los ojos se había oscurecido, le ardía y palpitaba con un persistente latido que rogaba tregua.

Entró a la prisión de Alcalá-Meco y exigió hablar con el preso Marco Bergoglio. Uno de los funcionarios que estaba de guardia le puso tantos inconvenientes a Héctor como ganas tenía él de pillar su cama.

—No me toques los cojones, Calleja... —rezó Izquierdo—. Acabo de llegar de Rusia. Hemos desactivado una red de trata de blancas que lideraba Bergoglio. He visto cincuenta y seis mujeres drogadas, apaleadas y medio muertas. Así que te diré una cosa, Calleja... ¿sabes por dónde me paso yo la solicitud de visitas? Por el forro de mis mismísimos cojones.

Y Calleja accedió. No le quedaba otra. A Héctor todavía le quedaba el argumento de las dos hermanas por si Calleja no daba su brazo a torcer. Pero no hizo falta sacar ese as de la manga.

Prepararon a Bergoglio para la visita, mientras que Héctor analizaba al resto de presos con sus respectivos familiares. Algunos se acariciaban la mano cuando el funcionario no los veía. Otros se tiraban los reproches a la cara. Otros pasaban el rato en silencio, iban por cumplir, por temas de conciencia y conciliación del sueño tranquilo.

Sentaron a Bergoglio frente a Héctor, que lo repudiaba con la mirada. En tres meses había envejecido muchísimo. La cárcel pasa más factura que el tiempo.

—¡Qué grata sorpresa, inspector!

—Comisario —aclaró Héctor.

—Vaya... La resolución de mi caso le ha valido un ascenso. Mis felicitaciones. Cuando quiera me puede invitar a una cervecita...

Estaba claro que Marco no había perdido su amenazador sentido del humor.

—Yo a ti no te debo nada, hijo de puta. ¿O prefieres que te llame papá?

Marco Bergoglio tragó saliva. Sonrío. Tragó saliva de nuevo. Se humedeció los labios con la lengua y volvió a sonreír. Todo esto en dos segundos que a Héctor le parecieron doce años. Justo los que se había perdido de Marta.

—Creía que eras tan torpe como tu madre, pero veo que eres tan inteligente como yo...

—¡Quiero respuestas! —gritó Héctor dejando a todo el mundo de la gran sala en silencio.

—Y ¿por qué iba yo dártelas?... Yo ya no tengo nada que perder.

—Seguro que los del módulo 3, el de presos peligrosos, están encantados con tener un nuevo compañero. Sobre todo, un proxeneta.

—Está bien... —se resignó Bergoglio—. Se te da bien convencer a la gente, hijo.

—Para ti soy el comisario Izquierdo —declaró Héctor.

Bergoglio asintió con la cabeza.

—Conocí a tu madre una noche de debilidad en un bar. Era muy guapa antes de echarse a las drogas. Hicimos el amor apasionadamente y nueve meses después vino reclamándome una pensión de manutención. Yo no quería tener hijos, ni que me diera mucho la tabarra. Así que le ofrecí un trabajo en el que ganaba mucho dinero. Dinero rápido y fácil. Lo que no me imaginaba era que iba a acabar enganchándose a la mierda que ella misma vendía. Yo no quería que descubrieras mi identidad nunca. No quería ningún hijo que me llevara a la tele para decirme lo mucho que me había echado de menos. Así que periódicamente le daba dinero en negro. Suficiente para que sobrevivierais. Mi nombre no aparecía en ningún lado.

—Si tanto asco te producía tener un hijo, ¿por qué volviste siete años después para hacerle dos más?

—Había tenido un mal día de negocios y necesitaba el calor de tu madre. No sé por qué siempre pensaba en ella cuando las cosas me iban mal. Algunos dicen que estaba enamorado de ella. Puede ser. Aunque nunca he tenido sentimientos por nadie. Excepto por mi madre. Tu abuela Anette.

—Yo no tengo ni padre ni abuela que lo parió. Continúa —coaccionó Héctor con la mirada.

—Debíamos de ser el árbol de la fertilidad, porque volvió a quedarse embarazada. Yo me volví loco y Carlos Castillo me ofreció una solución... —trazó una sonrisa en su rostro—. Su cuñada Renée quería un hijo desesperadamente y no lo conseguía. Lola era una drogadicta que te habría vendido hasta a ti por un gramo de coca. Así que le ofrecimos suministro a cambio de un niño. Y tres mil euros. Aceptó. Y tanto que aceptó.

Héctor se sentía más decepcionado que nunca. No echaba de menos a su madre, pero a veces se esforzaba por recordar algún momento bueno con ella. Ya nunca volvería a intentarlo.

—Lo que no esperábamos... —continuó Marco— era que estuviera embarazada de gemelas. Dimos una a Renée y la otra no tuvo más remedio que quedársela.

Los ojos de Héctor se llenaban de rabia. Estaban rojos, brillantes, le quemaban.

—¿Por qué tuvisteis que jodernos más quitándonos a Marta?

—No entraba en nuestros planes, comisario. Tuvimos que hacerlo. Esas niñas eran idénticas. Si alguien veía a Marta, sabría de inmediato que era hermana de Pandora. El plan se desestabilizaba. No podíamos dejar cabos sueltos, tenía que desaparecer antes de que fuera tarde.

Héctor se levantó con furia y quiso lanzarle la silla a Bergoglio. Deseó golpearle con ella hasta dejarlo en el suelo envuelto en un charco de sangre. Pero no lo hizo. Necesitaba ir corriendo a abrazar a Marta.

CAPÍTULO 46

30 de octubre de 2016

Héctor irrumpió en la finca de los Hume. La velocidad con la que entró su coche provocó una nube de polvo que rodeaba el vehículo. Derrapó frente al porche y se bajó, ignorando la presencia de Nekane que lo observaba entre sorprendida y asustada.

Miró a su alrededor en busca de doce años clavados en el pecho. Doce años de insomnio y pastillas antidepresivas. La vio en el balancín, con los ojos cerrados, encontrando su calma espiritual, su viaje diario al pasado. Corrió hacia ella y, de repente, Héctor era el adolescente obligado a ser adulto. Se sentó al lado de su hermana. Le costaba hablar. Le acarició la mano y cerró también los ojos. Era el lenguaje de la memoria, el que se escribe a través de viejos abrazos, el que se habla con los recuerdos que el tiempo no puede borrar. No entendía cómo no había podido reconocerla. Pero era una niña alegre la última vez que la vio, y ahora una mujer triste.

Marta volvió al presente y miró a los ojos de Héctor, que estaban llenos de infancia. Tenía reflejados los lugares donde quizá podría haber ido, lloraba los momentos que les habían robado.

—¿Marta?... Soy yo, Héctor —susurró, acariciándole el pelo.

La chica se quedó inmóvil. Necesitaba dos minutos de infancia para reconocerlo.

—Rayando el sol... Rayando por ti... Esta pena me duele, me quema, sin tu amor... —susurraba melódicamente Héctor, invocando a la memoria a través de la canción favorita de Marta.

—No me has llamado, estoy desesperado... —intentaba Héctor.

Una nube tapó el sol justo en ese instante. Marta miró hacia el cielo y una lágrima trazó una veloz travesía por su mejilla.

—Son muchas lunas las que te he llorado... —continuó Marta.

Se abalanzó sobre Héctor, rodeando su cuello con los brazos y derritió su dolor sobre los hombros de su hermano. Volvió a sentirse en casa después de haber viajado por tantos infiernos. Acababa de bajar la marea de golpe. Esa misma marea que la había engullido durante tanto tiempo y que, de pronto, le daba una tregua para que llegara a tierra firme.

—Perdóname... —sollozó Héctor.

—Pero no me sueltes nunca más —suplicó Marta.

Desde el porche, Nekane los observaba con una emoción que brotaba de sus ojos. Y Dorian sonreía al saber que, por fin, lo habían

conseguido.

***

30 de octubre de 2016

JUSTO en ese mismo momento, en otra parte de Madrid, Malik se derretía al besar la frente de Pandora. Ella estaba tumbada en la camilla del hospital, recuperándose de las múltiples lesiones que le había dejado la peor vivencia de su vida.

—Perdóname... —lloró Malik.

—No tienes la culpa —le respondió hundiendo sus dedos en el pelo negro azabache de su novio—. Prometiste buscarme y lo has cumplido.

Malik negaba con la cabeza. No era suficiente. No soportaba la idea de no haber sido capaz de distinguirla de Marta.

—Has ido hasta Rusia, el país con mayor extensión del planeta. Y has tenido el valor de encontrarme... Has puesto tu vida en peligro por salvar la mía. ¿Cómo iba a culparte de nada?... —le convenció Pandora, que también lloraba.

—Te quiero —interrumpió Malik. Y la besó.

Ella le sonreía cansada y, cuando se daba cuenta de que tenía las marcas de los brazos a la vista, trataba de esconderlos bajo las sábanas.

—No tienes que avergonzarte de esto... —Malik le descubrió los brazos—. Esto tampoco es tu culpa, Pandora.

—Ya... Pero la gente pensará que he sido una yonqui —musitó con tristeza.

—A mí qué me importa lo que piense la gente —objetó Malik besándole con ternura cada cicatriz—. Son tatuajes de supervivencia. Son para sentirse orgulloso, no para avergonzarse.

Pandora le sonrió y se deslizó hacia un lado de la cama para dejarle un hueco a Malik. No tardó ni un segundo en quitarse los zapatos y meterse bajo las sábanas. La abrazó y protegió entre sus brazos. Ella volvía a sentir el hogar de una piel, el refugio de un aroma, el castillo amurallado de unos brazos.

—Sabía que volvería a verte, Malik.

—Te he echado tanto de menos... —le respondió—. No quiero tener que volver a hacerlo. No podría soportarlo más.

Ella lo besó y acarició hasta que lo notó tranquilo, en paz. Después cogió una servilleta limpia que había sobre la mesita de los medicamentos y la enroscó en un churrito para poder darle forma de círculo. Malik la miraba confuso y Pandora se sentó en la cama.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó ruborizada y dejando escapar una risa nerviosa.

—¿En serio? —se reía a carcajadas mirando la servilleta.

—Ya sé que es muy cutre, pero ¿quieres o no?

Malik la rodeó con los brazos y la tumbó en la cama hasta dejarla debajo de él.

—Pues claro que quiero —y la besó.

CAPÍTULO 47

1 de noviembre de 2016

Pandora se había dado un par de días para asimilar todo lo vivido. Dos días en los que había pasado de estar en el hospital al diminuto apartamento de Malik. Pero todavía no estaba preparada para ir al caserío. No era sencillo dar carpetazo a 127 días de horror, pero Pandora tenía un instinto de superación demasiado desarrollado para su corta experiencia de vida. Corta, pero intensa.

Era el día de Todos los Santos y Pandora había decidido salir de la cama para ir al cementerio. Sujetaba un ramo de doce rosas blancas que depositó sobre la tumba de Jefferson Hume. Malik sostenía otro idéntico en sus manos, y lo colocó sobre la de Peter. Estuvieron unos minutos en silencio, ese tiempo en el que uno recuerda lo vivido y no entiende por qué ciertas personas no son para siempre. Malik buscó la mano de Pandora, que le respondió entrelazando sus dedos.

Ambos se miraron, y sin decirse nada, percibieron que el momento había llegado. Fueron a la finca de los Hume, aunque en realidad le pertenecía a Pandora. Le ardían las mejillas a causa del nerviosismo, le sudaban las manos y sus piernas temblaban como un pajarillo recién nacido.

—¿Seguro que estás preparada para hacerlo? —preguntó Malik, que también estaba nervioso—. Podemos volver en otro momento si quieres...

—No —se apresuró a decir Pandora—. Necesito conocerla.

Se adentraron por el largo camino, que nunca les había parecido tan corto como ese día. Nekane se abalanzó sobre Pandora nada más bajó del coche. La abrazó desconsolada y le cogió las manos en cuanto tuvo oportunidad.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien, Pando...

—Lo sé... Os he echado de menos —lloró también, mientras se agachaba para abrazar a Dorian. Él se dejó, quedándose inmóvil y de puntillas.

En el porche estaban sus hermanos: Héctor y Marta. Era idéntica a ella y eso le acentuó el pulso. Marta tenía los ojos inundados de lágrimas, su pulso cantaba la misma melodía irregular y sus mejillas también ardían de emoción. Pandora puso los pies sobre el suelo de madera y recordó las veces que había correteado por allí. Se acercó lentamente hasta su hermana, pensando qué decir en cada paso que daba. Cuando estuvo a un metro de distancia, Marta estiró su brazo y

rozó los dedos de Pandora. Los cogió tímidamente y la acercó hacia ella. Se abrazaron. Cerraron los ojos e imaginaron las veces que habrían estado así en el vientre de su madre. Inseparables hasta que la maldad humana las arrancó de sus raíces. Pandora olía el cuello de su gemela, quería registrar ese aroma en su corazón. Pero se dio cuenta de que ya lo conocía, que ya lo había almacenado en su memoria.

—Eras tú... —le susurró, resguardando la cara de Marta entre sus manos—. Tú fuiste la chica que me abrazó en la oscuridad de aquel zulo.

Marta también lo recordó en ese instante, y ambas lloraron abrazadas durante mucho tiempo. El destino había querido que Marta consolara a su hermana el día que la lanzaron a un sótano oscuro. El increíble instinto de protección que tienen los hermanos había aflorado ya sin darse ellas cuenta. Sin saberlo, sus corazones habían latido juntos fuera del vientre de su madre, aunque solo fueron veinte segundos. Pero fueron los veinte segundos con más paz que Pandora había experimentado nunca.

Dieron un paseo por la finca que duró dos horas. Cuando volvieron, Nekane y Héctor habían preparado la comida; Malik y Dorian, mientras tanto, habían comenzado a montar un puzle. Se sentaron en la larga mesa del salón y charlaron animadamente como una familia normal. Pero el instinto policial de Héctor no tardó en manifestarse.

—Pandora, no quiero incomodarte... Pero necesito saber qué pasó con Jefferson.

—Cariño, creo que no es momento para eso... —declaró Nekane, acariciándole la mano por debajo de la mesa.

—No, está bien... —sonrió Pandora—. Cuando me raptaron estaba en la habitación de mi abuelo. Nuestro abuelo —rectificó con rapidez —. Había encontrado unas cartas...

—Sí, sé lo del tema de las cartas —comentó Héctor.

—Pues nuestro abuelo no conocía el contenido de esas cartas, pero sabía que estaban en algún lugar y que tenía que encontrarlas. En la última carta, Gloria contaba que había descubierto que Jefferson tenía un hijo con Anette y que yo era su nieta biológica. El día que Gloria murió le confesó a Jefferson que había unas cartas que contaban algo muy importante que cambiaría mi vida para siempre. También le pidió que no se lo contara a nadie, excepto a mí. Por eso Jefferson sabía que tenía que ser yo quién las encontrara. Jefferson buscó las cartas sin éxito y, poco tiempo después, le diagnosticaron Alzheimer. Una enfermedad que, en su caso, se desarrolló muy rápido. Olvidó lo de las cartas, pero un día la idea volvió a aparecer repentinamente en su cabeza y se lo contó a su abogada Cristina Farias. Ella le enseñó una foto mía, hacía mucho tiempo que mi abuelo no me veía y enseguida supo que algo pasaba porque yo era exactamente igual que

Anette. Decidió cambiar el testamento sin saber el contenido de las cartas. Pero yo las encontré y, justo cuando iba a contarle la verdad, Marco entró en la habitación. Me golpeó la cabeza y asfixió con la almohada a Jefferson, que ya estaba muy débil. Murió sin saber la verdad.

El salón se sumió en un silencio sepulcral. Nekane le pidió a Dorian que subiera a su habitación. Aunque los secretos no existían para la persona más inteligente de la familia.

—Valoro tu esfuerzo, Pandora. Y no quiero forzarte a que cuentes nada más, pero ya sabes que cualquier detalle es importante para la investigación —señaló Héctor, que quería conseguir el testimonio de su hermana, pero intentando evitar todo el daño posible.

—Después de eso, todo lo que pasó es muy similar a lo que vivió Marta. Primero me vendieron a un jeque árabe que ya había tenido a Marta... —aseguró con un hilo de angustia en la voz—. Me debió rechazar al comprobar que era exactamente igual que ella.

—El hijo de puta se había cansado del mismo modelo de mujer —espetó con rabia Malik.

Marta tenía la mirada clavada en el plato, para ella era demasiado duro. No significaban lo mismo tres meses que doce años.

—Hijos de puta... —añadió Héctor, afirmando con la cabeza. Siempre hacía lo mismo cuando descubría algo—. Marta fue devuelta porque Abdel Salâm ya se había cansado de ella. Acababan de raptarte y tenía que deshacerse de ti. El problema se les había multiplicado. Así que, sin pensarlo mucho, te vendieron a ti. Tenía que deshacerse rápido. Pero el jeque te devolvió a España y estuviste unas horas en la caseta, junto a Marta. Después te llevaron hasta Rusia donde serías vendida sin dejar rastro. Mientras íbamos descubriendo cosas, tenían que pensar cómo deshacerse de Marta. El plan fue sencillo: obligarían a Peter a suicidarse y autoinculparse, probablemente amenazándole con hacer daño a Nekane y Dorian. Esperarían unos días, para que no resultara tan evidente, y entonces aparecería el cuerpo sin vida de Pandora, que en realidad sería Marta. Cerraríamos el caso ante la evidencia de las pruebas. Con lo que no contaban era con que encontraríamos a Marta mucho antes y con vida.

Marta no pudo soportarlo más y abandonó el salón con sollozos. Héctor y Pandora fueron tras ella. La encontraron sentada en el sofá del porche.

—Lo siento, pero todavía me cuesta revivir las cosas... Y me duele escuchar que yo era la parte insignificante de la historia —se sinceró Marta.

—Para mí nunca fuiste insignificante, Marta... Toda mi vida ha girado en torno a ti. Me he pasado la vida buscándote en cada mujer desaparecida —se emocionó Héctor. Conmoviendo también a sus

hermanas.

—Para nosotros siempre vas a ser alguien importante —la consoló Pandora, tomándola de una mano y dejando la otra libre para que la cogiera Héctor.

—¿Ya no nos vamos a separar más? —murmuró Marta.

—Nunca más —dijeron a la vez Héctor y Pandora.

EPÍLOGO

1 de noviembre de 2017

Dorian se mecía en el balancín del jardín. Estaba sumido en la lectura de un ejemplar de misterios matemáticos y criptografía. Marta se sentó a su lado a ojear también las páginas. Se lo había regalado ella con motivo del cumpleaños de Dorian, y estaba muy satisfecha de verlo tan contento.

Dorian había cambiado mucho a lo largo de un año. Cuando Nekane comprendió que el funcionamiento cerebral de su hijo era muy distinto al resto, contactó con especialistas de todo tipo. Con mucho trabajo, destruyeron la barrera que impedía a Dorian comunicarse con los demás, y comenzó a mostrar al mundo todo lo que sabía, y todo lo que era capaz de aprender. Asistía a cursos de astrorobótica para persona con altas capacidades y, cuando nadie le veía, ayudaba a Héctor a resolver intrincados casos. De mayor quería ser criminólogo y, probablemente, se convertiría en uno de los mejores del mundo.

—¡Dorian! —le llamó Nekane desde la distancia.

—¡Dorian! —repitió con insistencia—. Tienes que arreglarte, vamos muy justos de tiempo.

—Ya voy, mamá... —respondió alargando las palabras con pesadez.

Marta se quedó sola en el balancín. Ella también había dado grandes pasos. Las pesadillas continuaban, pero cada vez eran menos recurrentes. Había comenzado a estudiar en una escuela de adultos. Quería aprender todo lo que ignoraba del mundo, y llegar a ser algún día bióloga marina, su sueño de la infancia. En la escuela de adultos había conocido a Esteban. De momento, eran solo amigos y lo había invitado a acompañarla en un día tan especial. Le costaba confiar en la gente, pero con Esteban era distinto.

En el salón, Nekane le hacía el nudo de la corbata a Héctor.

—Así no es, Nekane.

—Cariño, lo he hecho ciento de veces antes. Entiendo que estés nervioso, pero intenta calmarte.

—¿Y si me quedo en blanco en mitad del discurso? —preguntó angustiado. Sentía el nudo de la corbata como una soga.

—Eso no va a pasar porque lo has preparado cientos de veces, y hoy nada puede salir mal. Es tu día.

Héctor sujetó las caderas de Nekane y la acercó hacia él, permitiendo que sus bocas estuvieran a un soplo de rozarse.

—Ahora no... No podemos llegar tarde —soltó con una risita

nerviosa Nekane—. No todos los días le dan a alguien la medalla de la Comunidad de Madrid.

Héctor se acercó al ventanal pensando que todavía no era del todo consciente de ello. Era un héroe para los madrileños, pero él se veía más de carne y hueso que nunca.

En una de las habitaciones, Pandora buscaba algún anillo que, con suerte, le valiera.

—Nada, no me pongo ninguno...—cerró con exasperación el joyero.

Malik la observaba sonriendo desde la cama.

—¿No es suficiente con estar así de gorda? —se preguntó acariciando los seis meses de vida que protegía en el vientre—. No, no es suficiente. Los dedos también tenían que hincharse hoy —se contestó.

Malik se levantó y la abrazó por la espalda.

—No necesitas ningún anillo. Estás preciosa con este complemento —le susurró, mientras acariciaba el vientre de su futura mujer.

Pandora puso sus manos sobre las de Malik, y volvió a sentirse agradecida con la vida. A veces tenía miedo. No sabía que ser madre daba tanto vértigo; no era fácil traer a un ser vivo al mundo. Mucho menos cuando has comprobado, en tus propias carnes, que el mundo puede ser un lugar muy injusto y doloroso. No, definitivamente no era fácil traer a un ser vivo al mundo. Sobre todo, si sabes que va ser mujer. Sobre todo, si tú has estado a punto de perder la vida por serlo.

—Es niña, y se llamara Keila, que en hebreo significa fortaleza.

Un grito desgarrador estalló en el jardín. Pandora y Malik se desprendieron del abrazo y corrieron hasta la ventana. Esteban yacía en el suelo sobre un río de sangre que, cada vez, era más caudaloso. Marta, arrodillada frente a él, trataba de parar la hemorragia con sus manos. Erguido frente a ellos, Dorian sujetaba un puñal manchado de sangre. Las gotas descendían hasta el suelo, perdiéndose entre la hierba del caserío de los Hume.

LA AUTORA

Laura Ventura Burdeus

(Octubre de 1994, Castellón)

Soy maestra de Educación Infantil y, cuando lo necesito, escritora. Tengo un poemario publicado, titulado Alma Inmarcesible, y ahora me atrevo con un género distinto: la novela.
Sigo creyendo, con la inocencia con la que devoraba libros de niña, que la literatura es capaz de cambiar el mundo.
Si quieres descubrir un poco más de mí (por cierto, nunca dejes de descubrir cosas), puedes hacerlo en:

Instagram: @laura_vb16
Twitter: @estonosonruinas
YouTube: Laura Ventura

Table of Contents

SINOPSIS
CRÉDITOS
EN LOS OJOS DE DORIAN
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
La autora
Laura Ventura Burdeus